

ÚLTIMOS TESTIGOS

VOCES DE HIJAS E HIJOS DE PERSONAS
QUE SOBREVIVIERON A LA PRISIÓN POLÍTICA

MAURICIO WEIBEL - NADIEZHDA OLIVA



ÚLTIMOS TESTIGOS

VOCES DE HIJAS E HIJOS DE PERSONAS
QUE SOBREVIVIERON A LA PRISIÓN POLÍTICA

MAURICIO WEIBEL - NADIEZHDA OLIVA

Fundación PIDEE, Protección a la Infancia Dañada por los Estados de Emergencia,
Proyecto financiado por la Unidad Programa de Derechos Humanos de la Subsecretaría de
Derechos Humanos del Ministerio de Justicia y Derechos Humanos y en colaboración con
el Museo de la Memoria y los Derechos Humanos.



Chile
en marcha



Octubre 2019

ÚLTIMOS TESTIGOS

Voces de Hijas e Hijos de personas que sobrevivieron a la prisión política

I.S.B.N: 978-956-7123-17-9

Registro de Propiedad Intelectual: N°

Equipo PIDEE:

Mauricio Weibel Barahona, Nadiezhda Oliva Plaza, Vivian Murúa Arroyo,
Natalia Mella Silva

Equipo Museo de la Memoria y los Derechos Humanos

María Luisa Ortiz R., Walter Roblero V., Cristóbal Aguayo G.

Diseño y Diagramación:

Alejandro Peredo Gómez

Foto Portada: Arpillera

Archivo Museo de la Memoria y los Derechos Humanos

Fotografías interiores:

Aporte de testimoniantes a Fundación PIDEE

PIDEE

Holanda 3607, Of. 1, Ñuñoa, Santiago Chile

Primera Edición octubre 2019

Se prohíbe la reproducción total de este documento sin la autorización de los autores.

Agradecemos quienes dieron su testimonio, a la Unidad Programa de Derechos Humanos de la Subsecretaría de Derechos Humanos del Ministerio de Justicia y Derechos Humanos y al Museo de la Memoria y los Derechos Humanos y a todos quienes hicieron posible la realización de este libro, especialmente a:

Alejandro Villablanca Rojas, Sociólogo, oriundo de Victoria, es hijo de la exprisionera política Vilma Rojas, detenida en la cárcel de Coronel, perteneciente de una familia ligada durante varias generaciones al Partido Comunista.

Carolina Tapia Caris, Trabajadora Social y madre de dos hijos. Su padre, Germán Tapia Hermosilla, interventor de una empresa textil en el gobierno de Salvador Allende, fue prisionero político en 1973, en el Estadio Nacional.

Claudia Troncoso Sazo, Periodista, hija del exdirigente comunista, Sergio Troncoso Cisternas, de la Confederación Nacional de Trabajadores de la Construcción. Su familia enfrentó diversos episodios de detención y relegación durante la dictadura cívico militar (1973—1990).

Eduardo Martínez Santos, Arquitecto, es casado y tiene dos hijos, su padre Jorge Martínez Muñoz, ex militante del MIR quien estuvo detenido en la cárcel de Talca y en la ex Cárcel Pública entre 1982 y 1989.

Isabel Plaza Lizama, Pedagoga en Danza y madre de 2 hijos, coordina el Observatorio de Educación en Derechos Humanos de la Facultad en la que trabaja. Su madre, Rosa Lizama y su padre Francisco Plaza, fueron detenidos y llevados a Villa Grimaldi, ambos pertenecían al MIR.

Ivonne Zúñiga Escalona, Profesora de Educación Física y madre de dos hijos. Primero, su padre, Luis Zúñiga Acevedo, debió enfrentar la detención del abuelo, Neftalí Zúñiga Contreras, en los albores de la dictadura cívico militar. Luego, ella tuvo que encarar la misma situación en la década de 1980.

Lorena Hermosilla Rivera, Dueña de casa, es la mayor de cuatro hermanos. Está casada y tiene tres hijos. Su padre Ricardo Hermosilla Díaz, miembro de las Juventudes Comunistas, pasa a formar parte del Frente Patriótico Manuel Rodríguez y cae detenido en agosto de 1984 en la ex cárcel Pública.

Lorena Oñate Salinas, Trabajadora Social, tiene cinco hijos y pertenece a una familia de histórica raigambre comunista afectada por diversas violaciones a los derechos humanos, durante la dictadura cívico militar. Hija de Baltazar Acosta Galaz, expreso político y nieta de Alfredo Salinas Vázquez, detenido desaparecido.

Mariana Dastres Quezada, Nutricionista, madre de una niña, su padre Hernando Dastres González, militante de las Juventudes Comunistas, fue detenido en Quinta Normal y llevado a la Cárcel de Talca y luego a la ex cárcel pública. Su madre embarazada de seis meses esperaba a su hermano menor en ese momento.

Tamara Vidaurrázaga Aránguiz, Periodista, se dedica a la docencia e investigación universitaria, en temas de derechos humanos y memoria. Es hija de Ignacio Vidaurrázaga y María Soledad Aránguiz, ambos militaban en el MIR y caen detenidos en la Operación Alfa Carbón en el sur de Chile en 1984.

«Nuestra riqueza no proviene de ninguna herencia»

René Char, poeta partisano francés.



Fotografía 1. *En homenaje a nuestra fundadora María Eugenia Rojas Baeza en los 40 años de Fundación PIDEE.*



Fotografía 2. Fiesta de los Niños de PIDEE

«Yo quería simplemente ser un hombre entre otros hombres. Hubiera querido llegar igual y joven a un mundo nuestro y edificar juntos»

Frantz Fanon, Piel negra, máscaras blancas.

Contenido

Palabras iniciales	15
El contexto de la represión	17
Un concepto polémico	21
Estandarización global de las PSG	22
Los modelos del horror y de la coerción	25
PSG y travesías familiares de las víctimas	29
Las memorias de Alejandro Villablanca Rojas	33
Las memorias de Carolina Tapia Caris	43
Las memorias de Claudia Troncoso Sazo	51
Las memorias de Eduardo Martínez Santos	65
Las memorias de Isabel Plaza Lizama	73
Las memorias de Ivonne Zúñiga Escalona	89
Las memorias de Lorena Hermosilla Rivera	99
Las memorias de Lorena Oñate Salinas	105
Las memorias de Mariana Dastres Quezada	115
Las memorias de Tamara Vidaurrázaga Aránguiz	121
Aprendizajes de la resistencia a las PSG	137
El impacto de la detención	137
La necesidad de asumir el rol que falta	144
El impacto de los allanamientos	145
Un proceso de duelo silencioso	146
El diálogo y la memoria entre generaciones	149
El papel de Fundación PIDEE	151
Bibliografía	155

Palabras iniciales

Este estudio persevera en un esfuerzo de rescate, sistematización y divulgación, impulsado esta década por la Fundación de Protección a la Infancia Dañada por los Estados de Emergencia (Fundación PIDEE), el cual persigue poner en circulación las memorias articuladas por las niñas y los niños, cuyas familias fueron víctimas de violaciones a los derechos humanos durante la dictadura cívico militar (1973-1990).

En esta ocasión, los testimonios corresponden a quienes eran hijas o hijos de personas que sobrevivieron la prisión política durante el régimen militar, en el cual unas 30.000 personas pasaron por recintos donde se practicaba de manera sistemática la tortura, según el Informe de la Comisión Nacional sobre Prisión Política y Tortura.

Alejandro Villablanca, Carolina Tapia, Claudia Troncoso, Eduardo Martínez, Isabel Plaza, Ivonne Zúñiga, Lorena Hermosilla, Lorena Oñate, Mariana Dastres y Tamara Vidaurrázaga, en estricto orden alfabético, contribuyeron con sus relatos a hilvanar estas páginas, lo que agradecemos profundamente.

Entendemos la fuerza, el dolor y el coraje que hay detrás de sus palabras. Para ellos, y sus cercanos, todo nuestro afecto y respeto.

El texto, que nace del amor y la reflexión, comienza con un capítulo intro-

ductorio, titulado El contexto de la represión, el que reconstruye conceptual e históricamente las políticas y acciones de represión que afectaron al pueblo chileno.

Los capítulos posteriores articulan analíticamente los testimonios recogidos, los que permiten visualizar y, sobre todo, articular las memorias de quienes fueron testigos activos de la resistencia contra uno de los principales genocidios reorganizadores que ha existido en la historia de Chile y cuyas consecuencias perduran hasta la actualidad, expresadas en segregación política, económica y social de millones de personas.

También interesa conocer las travesías de resiliencia de estos últimos testigos de la barbarie que enfrentó el país, cuando ya estamos a casi medio siglo del golpe militar de 1973.

A todos ellos, nuevamente, nuestros agradecimientos.

Vivian Murúa Arroyo
Secretaria Ejecutiva
Fundación PIDEE

El contexto de la represión

El hallazgo en 2013 de miles de archivos secretos de la dictadura militar chilena (1973-1990), en las bóvedas del Archivo Nacional, permitió reconstruir el despliegue cotidiano de lo que teóricamente diversos autores latinoamericanos han definido como prácticas sociales genocidas.

Es decir, el uso de una serie de tecnologías de poder dispuestas selectivamente desde el Estado, para facilitar o provocar una transformación de las relaciones entre Estado, economía y sociedad.

Por cierto, esta perspectiva de análisis se enmarca en los debates sobre los «politicidios» acontecidos en el siglo XX en Europa, Asia o África, concepto desarrollado por autores como Barbara Harff y Ted Gurr (1988, 329-371) y, para los casos de América Latina, por las contribuciones de Daniel Feierstein (2007), quien acuñó el concepto de «genocidio reorganizador».

Los primeros subrayan que, a diferencia de la concepción clásica de genocidio (definido como el exterminio masivo de una etnia o pueblo), el «politicidio» apunta a «la promoción y ejecución de políticas por parte del Estado o de agentes de éste, las cuales resultan en «la muerte de un número sustancial de personas de un grupo» (Feierstein, 2007: 60), en función de su oposición

política a un régimen autoritario, es decir a un proyecto político.

Feierstein —desde esa lógica— define el genocidio como una práctica social. Es decir, como «aquella tecnología de poder cuyo objetivo radica en la destrucción de las relaciones sociales de autonomía, cooperación e identidad de una sociedad, por medio del aniquilamiento de una fracción relevante de dicha sociedad (ya sea por su número o por los efectos de sus prácticas)» (2007:66).

Ergo, el uso del terror y el aniquilamiento de un sector social tiene por objetivo estratégico establecer nuevas relaciones sociales y nuevos modelos identitarios.

Eso es —de hecho— lo que sucedió en Chile bajo el régimen militar. En efecto, los documentos secretos de la dictadura cívico militar, que abarcan desde las directrices de contratación de personal hasta las estrategias para el desarrollo de las relaciones internacionales, facilitan observar la institucionalización de un conjunto de prácticas sociales que legitimaron tanto una campaña de exterminio como de control cotidiano, las cuales fueron funcionales para las diversas transformaciones realizadas en ese período y que perduran hasta hoy, en algunos casos.

Efectivamente, al incorporar en los análisis los conceptos de «prácticas sociales genocidas» y de «genocidio reorganizador», es posible observar cómo las acciones gubernamentales contribuyeron a la realización de dispositivos simbólicos (estigmatización, negación de la identidad, inversión de la culpabilidad) y materiales (control, coerción, delación, vigilancia) que fueron imprescindibles para establecer nuevos sentidos y nuevas relaciones de poder al interior de la sociedad.

Los dolores de las víctimas, por tanto, no fueron la consecuencia de la mera maldad de agentes del Estado sin control, sino el resultado de un proceso esquemático de represión y transformación, el que tuvo consecuencias políticas, pero también humanas y cotidianas para amplios sectores de la población y de la oposición militante.

En los hechos, las prácticas sociales genocidas operaron en un momento de pre—producción, que fue la construcción de otredades negativas, un momento de producción, que implicó el exterminio, primero, y la transformación social, después; y un momento de post—producción que consistió en la validación simbólica de la transformación (e incluso del exterminio).

La revisión de los oficios secretos y reservados de la dictadura militar encontrados en el Archivo Nacional permitió observar, adicionalmente, que estos momentos en realidad se entrecruzaron y requirieron mutua y permanentemente, pero que también estuvieron limitados por las acciones de resistencia y memoria de diversas organizaciones y colectivos.

En términos esquemáticos, las prácticas sociales genocidas que operaron al interior de la sociedad chilena fueron básicamente los siguientes: i) Construcción de identidad y otredades negativas, ii) Articulación de Estado y políticas públicas con perspectiva de seguridad, iii) Contención ofensiva y defensiva de actores autónomos (las ONG y la Iglesia católica, por ejemplo) y v) Cristalización simbólica y constitucional de la transformación.

Es importante subrayar que, pese a las resistencias sociales, el despliegue global de estos procesos permitió —tras el fin de la dictadura— consolidar una transformación neoliberal que modificó estructuralmente las relaciones sociales en Chile. Y que ello fue acompañado por un discurso de negación y odio que persiste hasta hoy en determinados sectores, incluso de la prensa.

Este proceso, tema que por ahora sólo enunciamos exploratoriamente, perduró en democracia a través de la persistencia de las prácticas sociales genocidas, a través de modelos alternos de coerción, tales como la criminalización de la protesta social, la desmovilización de los actores sociales, la segregación socio-territorial de la población y la concentración de los medios de comunicación, entre otros.

El genocidio reorganizador acaecido en Chile no sólo constituyó la desarticulación y el exterminio físico de un grupo, si no que esencialmente repre-

sentó la transformación de una sociedad a través de mecanismos sociales e institucionales coercitivos que buscaron construir nuevas relaciones y equilibrios entre sociedad, economía y política.

En su forma más radical, supuso la suplantación de una cultura por otra y la negación de las violaciones a los derechos humanos. Este es el punto central. Por cierto, no todos los genocidios ni todas las prácticas sociales que los apuntalan derivan en transformaciones de las relaciones entre Estado, economía y sociedad. Tampoco todas estas transformaciones se naturalizan, como sucedió en Chile.

Es decir, las prácticas sociales genocidas (PSG) desplegadas por la dictadura del general Augusto Pinochet (1973-1990) derivaron en la naturalización de dispositivos de poder y de una nueva concepción de desarrollo —y de país— a lo largo de estas últimas tres décadas, transformación asumida como válida incluso por amplios sectores de quienes lucharon contra la misma dictadura cívico militar.

En este punto, es necesario resaltar que lo sucedido en Chile no fue un proceso aislado en América Latina. Ni un accidente histórico dentro del proceso global de estandarización de la violencia política estatal.

Bajo el influjo de la Doctrina de Seguridad Nacional, la región y muy especialmente su Cono Sur fueron escenarios de persistentes y coordinadas prácticas sociales genocidas en la segunda mitad del siglo XX, cuyo objetivo fue instaurar sociedades atomizadas socialmente, despolitizadas en lo político y de corte neoliberal en lo económico.

Esto se expresó en transformaciones estructurales en el mercado laboral, la seguridad social y la segregación socioterritorial, entre otra variedad de dimensiones, las que con distintas profundidades persistieron naturalizadas en las democracias que advinieron tras las dictaduras militares de la segunda mitad del siglo XX.

En ese marco, quizá lo central sea comprender que el problema de la violencia represiva estatal es antes que nada un problema civilizatorio, como plantea Enzo Traverso (2001).

De hecho, en tanto práctica social e histórica, los genocidios han existido por siglos, pero sus tecnologías y despliegues han variado.

El genocidio armenio, del cual se cumplieron cien años en 2015, es considerado el primero de la modernidad por la acción directa del Estado en él.

Estos procesos, ya fuera en Armenia, Camboya, Chile o Timor Oriental, tuvieron como característica distintiva el uso de tecnologías de poder estatales que buscaron mediante el exterminio y el terror provocar cambios estructurales en las relaciones sociales. Esto es central.

UN CONCEPTO POLÉMICO

El concepto de genocidio surgió como un neologismo acuñado por Raphael Lemkin (1944), el cual a lo largo de los decenios siguientes concitó consensos y divergencias en torno a su concepción jurídica y teórica.

Los horrores de la II Guerra Mundial, entre ellos la Shoah, no impidieron que inicialmente los gobiernos redujeran el concepto de genocidio a eliminaciones étnicas, descartando sus dimensiones políticas, sociales y culturales, por ejemplo.

Esto generó una serie de divergencias y debates sobre la intencionalidad del genocidio, el carácter de los grupos incluidos (étnicos, políticos, sexuales) y el grado total o parcial del exterminio. Surgieron perspectivas como las de Frank Chalk y Kurt Jonassohn (1990), de Israel Charny (2000) y de Vahakn Dadrian, entre otros autores, quienes coincidieron en que el genocidio es la destrucción intencionada de un colectivo por parte del Estado.

No obstante, divergieron respecto de la amplitud y alcances (objetivos) de ese exterminio. Debido a estas diferencias, autores como Feierstein (2007) caracterizan estos procesos históricos como prácticas sociales genocidas, las que para su despliegue requieren determinados «modos de entrenamiento, perfeccionamiento, legitimización y consenso» (2007: 35).

En esta perspectiva, es posible afirmar que las prácticas sociales genocidas no concluyen con el aniquilamiento de determinados grupos poblacionales o políticos, sino que prosiguen al apuntalar y preservar el proceso de reorganización social, incluyendo para ello mecanismos de realización simbólica (y negación del otro).

Estas transformaciones, según Feierstein (2007) implican una redistribución de la riqueza y el poder. Eventualmente, la cristalización de un armisticio constitucional y la imposición de cambios estructurales, como sucedió en Chile.

Estas prácticas son posible desarrollarlas, si es que ocurre previamente una transformación de la identidad y la alteridad en las sociedades donde éstas ocurren, lo que supone estigmatizar e invisibilizar las travesías de resistencia y militancia, precisamente de las y los perseguidos.

Es decir, «las prácticas sociales genocidas requieren de un momento conceptual inicial», el que Feierstein (2007) denomina «la construcción de otredades negativas». Se trata de una reducción de las identidades multiculturales que pueden existir en un Estado, a través de la deshumanización del semejante, como un paso previo a la normalización identitaria.

ESTANDARIZACIÓN GLOBAL DE LAS PSG

En este punto, es importante entender que la violencia política utilizada por los Estados latinoamericanos en la segunda mitad del siglo XX fue producto de un proceso de estandarización de prácticas sociales genocidas, desplegado globalmente en el marco de las guerras coloniales surgidas tras el fin de la II Guerra Mundial y la contención de luchas político—sociales en diversos países (Salazar, 2012).

En diversos continentes, la represión y la defensa de regímenes que ejecutaban transformaciones estructurales a través de estos métodos supuso convertir a los Estados en organizaciones que planificaron y ejecutaron acciones político—represivas permanentes.

Este proceso estuvo ligado además a la idea de las potencias, en especial Francia y Estados Unidos, de que era aceptable o incluso legal desplegar este tipo de intervenciones a gran escala (Weiner, 2008).

Paralelamente, en la Guerra Fría, el enfrentamiento en operaciones abiertas y clandestinas entre el mundo capitalista y el bloque socialista, posterior al fin de la II Guerra Mundial en 1945, marcó transversalmente la ideología y sentido de los cuerpos militares latinoamericanos y su accionar político en la región.

Entre 1947 y 1949, emergieron el Tratado Interamericano de Asistencia Recíproca (TIAR) y el Tratado del Atlántico Norte en Europa, como estrategias para garantizar la influencia de Washington en zonas clave para su acceso a materias primas y tecnología, respectivamente.

Luego vinieron tres hechos que construyeron parte importante de la base ideológica de las fuerzas armadas latinoamericanas y chilenas, sustentando las políticas represivas y su estandarización.

Primero, la creación en Panamá, en 1946, de la Latin-American Ground School, precursora de la Escuela de las Américas, la institución que formó a miles de oficiales y represores que operaron desde 1960 a 1990 en el continente, entre ellos Manuel Contreras¹, primer director de la DINA y alumno de Pinochet en la Academia de Guerra (Weibel, 2012).

¹ *El general Manuel Contreras Sepúlveda (1929—2015) fue el director de la Dirección de Inteligencia Nacional (DINA), organismo represivo que asesinó a cientos de chilenos. Además, en 1976 participó en la formación del Plan Cóndor, la coordinación represiva de las policías secretas de Chile, Uruguay, Paraguay, Bolivia, Perú, Argentina y Brasil. Murió en prisión, con más de un centenar de sentencias en su contra.*

Segundo, la apertura de la Escuela Superior de Guerra en Brasil, país donde fue consolidada la Doctrina de Seguridad Nacional y su tesis del «enemigo interno», a partir de la dictadura militar instaurada en 1964, después del derrocamiento del presidente Joao Goulart.

Finalmente, el exitoso y mencionado descabezamiento del gobierno reformista guatemalteco de Arbenz, a través de la misión «PB Success», lo que validó tempranamente en Washington la eficacia de las operaciones encubiertas de la CIA en la región.

La derrota francesa en Vietnam en la batalla de Dien Bien Phu en 1954 y el triunfo de la Revolución Cubana en 1959, ratificaron paralelamente en las academias militares de Occidente la necesidad de impulsar el adiestramiento en estrategias contra insurgentes.

El objetivo de este esfuerzo fue frenar el avance comunista, confundido con cualquier reclamo social o guerra de liberación nacional.

La detallada construcción de fichas con antecedentes de personas, la estandarización de los enemigos internos, los métodos de exterminio y los manuales represivos o de torturas tuvieron esos orígenes. No fue azar. No fue simple banalidad del mal espontánea o inconsciente. Hubo un derrotero históricamente situado en el marco de las guerras coloniales y la Guerra Fría, además de la supremacía geopolítica de Estados Unidos en América Latina.

La lucha contrainsurgente y la necesidad de transformar neoliberalmente las sociedades fue convertida en una actividad central del Estado y los cuerpos represivos tuvieron, por tanto, un papel siempre político (Weibel, 2012).

Todo ello, como requisito, para instalar una contrarrevolución neoliberal, imposible de llevar adelante en una democracia representativa (Álvarez, 2008).

El horizonte de sentido de este proceso fue sin duda la Doctrina de Seguri-

dad Nacional asumida como cuerpo ideológico por las fuerzas armadas y de orden latinoamericanas en la segunda mitad del siglo XX.

Esta doctrina definió la existencia de «enemigos internos», asociados a los movimientos sociales y revolucionarios, al tiempo que formalizó el concepto de «guerra de baja intensidad» como espacio de operación. Es decir, justificó ideológicamente la ocupación cívico-militar de los Estados y el espacio público en América Latina, a través de prácticas de violencia política.

LOS MODELOS DEL HORROR Y DE LA COERCIÓN

Este proceso de estandarización global de la violencia política no es por tanto un accidente histórico, si no que puede y debe ser interpretado teóricamente además desde la ciencia política.

Como explica Policzer, «desde Hobbes a Weber, la coerción define nuestras instituciones públicas» (Policzer, 2014), a través de diversos modelos que abarcan desde los países que viven bajo regímenes democráticos hasta los sometidos al totalitarismo, sea este político o religioso.

La coerción también es una dimensión de la acción política de organizaciones no estatales que alcanzan en algunas circunstancias determinados niveles de dominios territoriales, como movimientos guerrilleros, organizaciones terroristas o carteles de las drogas (Policzer, 2006).

En este punto importa comprender, como plantea Tilly (2000), que el Estado hace la guerra y que la guerra hace al Estado. Es decir, el despliegue de distintos niveles de coerción requiere necesariamente una transformación del propio Estado, lo que supone diferentes esfuerzos y recursos.

En el caso chileno esto ocurrió por medio de un esfuerzo cívico-militar indispensable para el despliegue de una práctica social genocida, cuyo objetivo fue posibilitar una profunda transformación neoliberal en las relaciones sociales.

La coerción y su institucionalidad son, por tanto, actos eminentemente políticos. Parafraseando a von Clausewitz, y su famosa frase sobre la guerra, la coerción es la continuación de la política por otros medios.

Lo anterior supone que la organización y despliegue de la coerción son también procesos políticos, que implican definir desde los ámbitos de acción de los equipos (agencia) coercitivos hasta sus modos de organización y lo que Policzer (2014) llama mecanismos de monitorización (control) interno y externo.

¿Cuánto influyen la cultura y la historia oficial, en tanto ideología, en la formación de estos modos de coerción? ¿De qué forma los modelos de organización de la coerción influyen además en la profundidad y alcance de las violaciones a los derechos humanos? Por ahora estas interrogantes están abiertas.

En el caso de Chile, la coerción operó estructurada bajo un modelo que se puede definir como burocrático global.

Es decir, como un despliegue político represivo del Estado, en el que participaron coordinada y activamente civiles y militares en espacios de macro, meso y micro—política.

Esta coerción burocrática global, expresada en dispositivos de control, mecanismos de administración y un Plan de Guerra Interno que incluyó a los ministerios, fue respaldada por la construcción de dos anillos de seguridad externos.

El primero de esos anillos, en las lógicas de la Guerra Fría y la Doctrina de Seguridad, fue el Plan Cóndor, creado en noviembre de 1975 en Santiago de Chile con la participación de las policías secretas de Argentina, Bolivia, Brasil, Chile, Paraguay y Uruguay.

El segundo fue el Plan de Guerra Exterior, el que esencialmente fue una operación de información y guerra psicológica contra colectivos chilenos o progresistas en todo el mundo.

Las coordinaciones partieron desde septiembre de 1973, pero es a partir de 1975 que el poder de la DINA, y su capacidad para coordinar a ministerios y reparticiones, creció con el apoyo del general Pinochet (Weibel, 2012).

Un primer paso ocurrió el 20 de febrero de 1975 cuando Pinochet otorgó poder absoluto a la DINA para revisar la contratación de todos los funcionarios públicos.

La medida, que perduró hasta el final del régimen, fue aplicada para evitar que ningún opositor ingresara a la administración pública.

En 1979, la CNI escaló otro peldaño institucional. Su director, Odlanier Mena, informó a los ministerios que la policía secreta no sólo emitiría fichas sobre los funcionarios, sino que además requería tener el organigrama directivo de los ministerios, con una explicación de todos los movimientos de funcionarios.

Pero las relaciones institucionales de la DINA y la CNI con los ministros y sus subalternos fueron mucho más hondas, de estrecha colaboración político—estratégica.

Hubo traspaso mutuo de información obtenida por infiltrados que reportaron a los ministerios o la policía secreta indistintamente.

Existieron también operaciones conjuntas, distribución de análisis e intercambio de opiniones políticas ante el escenario externo. Todo estrictamente membretado como reservado o confidencial.

De esta forma, las estrategias más íntimas de la dictadura transitaron sin problemas por los escritorios de las autoridades bajo la coordinación de la CNI, incluidas las operaciones de inteligencia asociadas a la entrega del poder hacia 1990.

Las golpizas y las aplicaciones de electricidad en los campos de exterminio convivieron con las discusiones políticas sobre cuáles eran los límites de las

políticas represivas. «¿Cuántos presos tener? ¿Cómo desvirtuar las acusaciones por violaciones a los derechos humanos? ¿Qué hacer con los opositores? ¿Expulsarlos del país o relegarlos a los pueblos cordilleranos?» (Weibel, 2012; 77).

El horror de esos años no fue una salvajada.

PSG y travesías familiares de las víctimas

Las prácticas sociales genocidas, y la consiguiente reorganización de las relaciones entre Estado, economía y sociedad en Chile, tuvieron secuelas en las memorias individuales y colectivas de víctimas y familiares. En colectivos y territorios, en los modos de interpretar el pasado y litigar el futuro, incluso intergeneracionalmente.

Esta investigación incursiona justamente en las miradas y resignificaciones construidas por las hijas y los hijos de las personas que sobrevivieron a la prisión política, durante la dictadura cívico militar. Un encarcelamiento que en muchas ocasiones fue otra expresión de una variedad de dispositivos de represión que afectaron a estas familias, en el marco de su travesía militante, de oposición a la dictadura cívico militar.

Es un trabajo² que reconstruye subjetividades, reinterpretadas desde el presente, desde los avances y deudas en Verdad, Justicia y Memoria, que ha

² *Es importante precisar que este libro es parte de otra serie de investigaciones realizadas por La Fundación de Protección a la Infancia Dañada por los Estados de Emergencia, (PIDEE), las que han reconstruido procesos similares en las hijas y los hijos de personas y familias que sufrieron diversas violaciones a los derechos humanos, tales como exilio, desaparición y ejecución de algunos de sus integrantes.*

experimentado el país desde la recuperación de la democracia en 1990³.

Es un texto que intenta auscultar cómo se expresaron en las familias perseguidas los dispositivos estructurales de las prácticas sociales genocidas. Y, sobre todo, cómo éstas pudieron encarar esa violación persistente de sus derechos humanos.

Son las voces, a veces concordantes y otras divergentes, de los últimos testigos de una barbarie que, como hemos planteado, fue profundamente política y reorganizadora. Una tecnología de poder que, en palabras de Feierstein (2007), tiene siempre como objetivo la destrucción de las relaciones sociales de autonomía, cooperación e identidad de una sociedad, a través del aniquilamiento de un sector político específico.

Es la mirada —insistimos— de los dispositivos de represión desde quienes fueron negados y silenciados. Aquellos a quienes, incluso legalmente, era posible perseguir y cercenar política y socialmente, como establecía la Constitución en aquella época.

En definitiva, es el relato de quienes, por diferentes caminos subalternos, fueron capaces de construir memoria, como parte de un litigio con la historia oficial.

En este punto, es importante subrayar que el genocidio reorganizador ocurrido en Chile, estructurado en torno a sucesivos planes y anillos de seguridad y control, desplegó metódicamente una serie de dispositivos simbólicos y materiales de coerción y control. No fue azar. Ni maldad desbocada.

Entre estos dispositivos simbólicos figuraron —entre otros— procesos de estigmatización, negación de la identidad e inversión de la culpabilidad. En

3 *El abogado demócrata cristiano Patricio Aylwin Azócar (1918—2016) fue el primer presidente de Chile, tras la recuperación de la democracia en 1990. Por su parte, el general Augusto Pinochet (1915-2006) se mantuvo como comandante en jefe del Ejército hasta 1998, cuando asumió como senador designado, cargo que le tenía reservado la Constitución de 1980, aprobada en un plebiscito sin registros electorales.*

los dispositivos materiales de la represión, en tanto, asomaron el control, la coerción, la delación y la vigilancia, por nombrar algunos (Weibel; 2019).

Por cierto, estas prácticas se expresaron de manera institucional y sistemática. Asimismo, sus consecuencias no sólo fueron la reorganización de las relaciones entre Estado, economía y sociedad. También afectaron el tejido social y las travesías cotidianas de las personas y familias perseguidas, como hemos advertido.

La represión, como denotan los testimonios recogidos, no fue por tanto un acto aislado y particular en la vida de estos hogares, sino una amenaza permanente que afectó los modos de vida, el lenguaje y las relaciones sociales de los afectados, por ejemplo.

Ante ello, emergieron en estas familias diversos dispositivos de resistencia y memoria, los que, interesa relevar en este libro. También las dificultades, silencios y conflictos.

Estas historias sociales y políticas son reconstruidas desde las miradas de las niñas y los niños sobrevivientes (hoy adultos), testigos de las detenciones de sus padres y madres. Víctimas, asimismo, de los allanamientos de sus casas y de los mecanismos carcelarios de registro y control.

También víctimas de las prácticas de negación del otro, expresadas en sus propias relaciones sociales en los colegios, además del entorno mediático e incluso territorial en que debieron crecer y formarse.

Las memorias de Alejandro Villablanca Rojas

Alejandro Villablanca Rojas⁴ (1977), oriundo de Victoria, al sur de Chile, es hijo de la exprisionera política Vilma Rojas y miembro de una familia ligada durante varias generaciones al Partido Comunista, organización que enfrentó la clandestinidad en el siglo XX, durante el gobierno de Gabriel González Videla (1946—1952)⁵ y la dictadura cívico militar de Augusto Pinochet (1973—1990).

«Así es, o sea, mi familia, mi abuela fue una de las primeras militantes del Partido Comunista, ella es del sur también, ella nació en Tortel, pero posteriormente se trasladaron a Victoria y ella, como te decía, fue una de las primeras militantes del Partido. Creo que su madre también tenía, tenía una fuerte tendencia, yo creo que, por lo que ella contaba, una influencia

⁴ Entrevista disponible tanto en el Archivo Audiovisual de la Fundación de Protección a la Infancia Dañada por los Estados de Emergencia (PIDEE), como en el catálogo del Museo de la Memoria y los Derechos Humanos de Santiago de Chile.

⁵ Gabriel González Videla fue un político radical que gobernó el país entre 1946 y 1952. Tras llegar al poder con el apoyo de los comunistas, firmó en 1948 la Ley de Defensa de la Democracia, la que proscribió al PC. La medida desató una represión sistemática, uno de cuyos símbolos fue el campo de prisioneros de Pisagua, en el norte del país.

bien marcada de la Guerra Civil Española⁶, de toda la influencia que había en esa época».

Su familia, según su relato, estuvo inserta por décadas en el tejido social y productivo de la región, ligada a la actividad sindical de Ferrocarriles⁷ y al mundo obrero. Eso encuadró sus travesías militantes, principalmente en el Barrio Norte de Concepción.

«Y claro, vengo de una familia de una raíz de clase obrera. Bueno, mis tías casi la mayoría, después, posteriormente fueron del Partido, tíos que también militaron en el Frente Patriótico⁸, que era como todos sabemos, para la gente que no sabe fue una época bien difícil, porque en esa época el Partido decidió armarse frente a una dictadura que los estaba matando. En ese sentido, se entiende una legítima defensa, si se podría decir, así.

Parte de mi familia, unos tíos tomaron ese camino, otros siguieron por la senda del partido, y mi madre en esas celdas, cae detenida, cae con otra tía más que es Angélica Rojas, que también, ella estuvo cinco años detenida, fue una militante activa también».

En ese marco de militancia y resistencia a la dictadura, su familia padece la crisis económica desatada a partir de 1982 y 1983, cuando se produce la quiebra de la banca, la crisis de la deuda externa y el alza del desempleo, el que llega a un 27 por ciento, según cifras del Instituto Nacional de Estadísticas (INE).

6 La Guerra Civil española fue un enfrentamiento de matices políticos e incluso religiosos, que enfrentó al bando republicano, defensor de la Segunda República, con un bando sublevado, de stirpe fascista y monárquica, liderado por el militar Francisco Franco, quien instauró una dictadura que se extendió entre 1939 y 1975.

7 La historia del ferrocarril en Chile comenzó en 1848, con la construcción del trazado entre Caldera y Copiapó, de uso preferentemente minero. Su mayor esplendor duró hasta la primera mitad del siglo XX, cuando llegó a tener 7.658 kilómetros de vías, distribuidas desde Arica hasta la isla de Chiloé.

8 El Frente Patriótico Manuel Rodríguez (FPMR) fue una organización guerrillera creada con el apoyo del Partido Comunista y Cuba, principalmente. Su primera acción ocurrió el 14 de diciembre de 1983.



Fotografía 3. Alejandro Villablanca con su madre Vilma Rojas, Tamara Vidaurrázaga junto a su madre María Soledad Aránguiz y su hermana Katia (Cárcel de Coronel).

«Y al principio de los 80' también, se pasaban hartas necesidades igual, había mucha pobreza, lo pasábamos bien mal, me imagino yo la mayoría de los chilenos en aquella época. Y bueno, eso poh».

Es en ese contexto socioeconómico en que Alejandro comienza a advertir los problemas de represión que afectan a su familia, cuando él transita por los primeros años de escolaridad.

«Tengo esos recuerdos todavía, de aquella época, que fue bien, bien especial, fue bien dura, como te decía la época, de cuando uno es niño, no tenemos, no tiene mucha conciencia de las cosas que están sucediendo en el país, pero sí obviamente, sentíamos que estaba pasando algo grave, porque estaba la familia desunida, habían problemas, allanaban la casa,

bueno yo por lo menos presencié, experimenté dos veces allanamiento en la casa, y se llevaron la segunda vez que yo viví eso, se llevaron detenida a mi madre.

Pero también, como uno tampoco tiene mucha conciencia de las cosas, igual uno sigue haciendo su vida de infancia, uno sigue teniendo sus amiguitos, seguir jugando, seguir teniendo sus amistades, pero, así como te digo sentíamos que estaba pasando algo igual bien grave. En ese tiempo había apagones, había barricadas, había mucha protesta. Ya después con el tiempo uno se fue dando cuenta que estaba bien grave la situación en aquella época».

El allanamiento y detención de su madre ocurre en 1986, el año de mayores protestas contra la dictadura cívico militar. Inicialmente, Alejandro no advierte lo que ha sucedido.

«Aquella mañana despierto, no sé como a las 9- 10 de la mañana, recuerdo a mi abuela llorando en la cocina, cuando la veo que está llorando y le pregunto qué está pasando, no me daba cuenta qué estaba pasando en ese tiempo, pero miro... empiezo a mirar la casa y la casa está toda destruida, me voy pa'l comedor y había una biblioteca que está toda desarmada, los muebles rotos, como que hubiese pasado un huracán por la casa, y entre llanto me dice mi madre, mi abuela, que se habían llevado detenida a mi madre, ese recuerdo así, lo tengo bien latente, después no sé, no sé cuánto tiempo habrá estado incomunicada, después dieron con su paradero y posteriormente se supo que estaba en la cárcel de Coronel».

Las visitas al presidio y la separación de su madre son para Alejandro un momento de tristeza, matizado por el afecto familiar, el que está enmarcado, además, en la trayectoria militante de tíos y abuelos.

«Yo en ese momento tenía unos diez u once años, 86' 80' y... 86' fue. Entonces, empecé, empezamos a ir a visitarla, estaba con otras compañe-

ras, unas del MIR⁹, otras del Partido. Y empecé a ir los fines de semana, a veces días de semana. Pero más que nada en la semana. El día domingo yo compartía con ella. Esa también fue una etapa bien, bien triste igual porque el hecho de estar sin la madre de uno igual es complicado.

Pero suerte, siempre tuve una familia numerosa y siempre fuimos bien unidos, no faltó nunca el cariño y trataban de hacerme comprender que las cosas que pasan eran por los problemas que estaban sucediendo en el país».

El apoyo de la familia extendida, no siempre presente en otros casos, coincide con la articulación de una estrategia de contención emocional de parte de las propias prisioneras políticas.

«Entonces en aquel tiempo, bien duro, porque esperábamos la visita, a veces no nos dejaban entrar, siempre hacían problemas los gendarmes, en ese tiempo, pero, igual siempre era bonito encontrarse con la madre.

Y después también claro, había otras presas también, que también tenían a sus hijos detenidos, o sea tenían a sus hijos también, que las iban a ver. Y en ese tiempo claro, éramos como familia, las presas, mi madre era bien amiga de la... eran todas amigas, tenían como una familia, era como una casa, tenían su salamandra, tenían sus literas ahí ordenadas y era bien acogedor, yo me acuerdo que nos recibían muy bien. A mí y a las otras chiquillas, en ese tiempo, bueno la Tamara, la Katia, que ya no está con nosotros, el Germán, el hijo de la Cristina, no recuerdo, hay otro muchacho que estaba en Cuba en ese tiempo, que era el hijo de las señora Linda, que en ese tiempo no estaba, pero hablaban mucho de él, entonces si pob, bien fuerte, bien fuerte, pero bonito el hecho de compartir todo el fin de semana con tu mamá, bueno, el día domingo, nos pasamos todo el

9 Movimiento de Izquierda Revolucionaria, colectividad fundada en 1965 por Miguel Enriquez Espinosa (1944—1974), y que pregonaba una conquista armada del poder en las décadas de 1960, 1970 y 1980. Enriquez murió el 5 de octubre de 1974 en un enfrentamiento con agentes de la Dirección de Inteligencia Nacional (DINA), la policía secreta de la dictadura.



Fotografía 4. María Soledad Aránguiz y Vilma Rojas junto a otras presas políticas en la cárcel de Coronel.

día abrazaditos, conversábamos harto, conversábamos hartas cosas, bien fuerte igual, a veces sentía que me hablaba cosas demasiado de adulto a veces, claro en ese tiempo uno, producto de toda esta misma situación uno madura un poquito, madura un poco más, quizá, porque no estaba viviendo una infancia normal, no estaba viviendo una infancia como cualquier niño».

La situación, pese al esfuerzo de contención emocional de parte de los adultos, se agrava de manera paulatina, debido a que varios miembros de la familia son detenidos, lo que deja a varios niños y niñas sin sus padres.

«No, mi abuela se quedó, perdón, mi abuela se quedó a cargo de mí y de varios, de todos mis primos en realidad. Además de eso, que en ese tiempo cuando vivía en Concepción, me crie con cuatro primos, cinco primos, entonces éramos como, o sea somos todavía hermanos, entonces no hubo

esa soledad quizás, o sea hubiese estado solo quizá hubiese sido peor, pero como te digo la familia siempre estuvo unida y mis tías y mis primos, siempre hubo un calor de familia a pesar de que estaban los tiempos difíciles, siempre existió ese amor y esa sensación de hogar, que es importante para un niño en ese tiempo».

Sin embargo, Alejandro advierte que la represión contra su familia fue compleja y reiterada, durante años, con escenas de profunda violencia.

«Mi tía Angélica Rojas, ella estuvo detenida también, ella estuvo presa en la cárcel de San Miguel, en la década del 80', yo no tengo muy claros los años, pero sí sé que ella salió por ahí, un poquito antes del retorno de la democracia.

Mi tía al final estuvo en la cárcel de Santo Domingo, estuvo alrededor de cinco años detenida, ella también era militante activa en ese tiempo del Partido.

Y otro tío político que estaba casado con una tía, Luis Belmar, que también estuvo aproximadamente cinco años. Él sí fue frentista y estuvo en la cárcel, en la ex Cárcel Pública.

Entonces, igual había como una persecución bien fuerte a la familia de nosotros. El año 89'- 88' un poquito antes que Pinochet saliera del poder, hicieron el último allanamiento en la casa, ese ese día rodearon toda la manzana, me acuerdo, con tanques, con tanquetas, perdón, con militares y ahí la casa la destrozaron. Ahí tengo esos recuerdos de que la casa ya... se metieron por el entretecho, se llevaron detenido a mi abuelo, a mi tía, mi tía Zaida, a mis primos... bueno, o sea, uno en ese tiempo, no, no sé, como que lo toma como tan normal todo, porque ya habíamos pasado todo antes, mi mamá presa, mis tíos presos, entonces era algo qué está sucediendo ahora, como que uno lo ve, bueno, una vez más no más, pero sí, ahora que uno recuerda fue bien fuerte igual, fuerte con los milicos ahí metidos en la casa, pegándole a mi abuelo, me acuerdo que le pegaron un

culatazo, estaban unos primos llorando porque los estaban interrogando, entonces era una época bien complicada, bien triste».

Con la recuperación de la democracia, y la liberación paulatina de sus familiares, la vida de Alejandro retoma normalidad y, en sus palabras, comienzan a cristalizarse los sueños de una vida en común con su madre.

«Fue bonito, fue bien lindo, como te digo tenerla en libertad a ella y también a mis tíos, que la familia se uniera fue bonito, ella salió con la esperanza de... puedo estudiar y así lo hizo, ella estudió un curso Secretariado, empezó a trabajar, nos fuimos a vivir solitos los dos en una casita en Concepción y así mi mamá empezó a surgir, de a poco.

Después nos fuimos a vivir a Hualqui un año, que una amiga de ella había ido a ver a sus hijos a Alemania y le dejó, dejó la casa para que ella la pudiera arrendar, entonces ya como que se empezaron a depurar todos estos, estás tristezas y toda la época bien fea de la dictadura y del hecho que ella estuviera presa, se empezaron a olvidar de a poco, no a olvidar, pero sí a dejar las cosas malas atrás.

Y fue bonito, porque vivimos en una casa en Hualqui, bien bonita, con un patio grande, una casa de campo y ya después mi mami por un tema de trabajo se tuvo que venir a Santiago, ella se vino a Santiago, buscando mejores oportunidades de trabajo también. Y no, bien porque nos unimos mucho más cuando ella salió, nos unimos más, nos aprendimos a conocer más. Bueno, como todos saben es bien difícil la relación con los padres y la madre, pero dentro de todo en esa época era muy lindo, muy linda relación, obviamente hay sus diferencias con la madre y todo, pero en ese tiempo era... fue muy bonito hasta que, hasta que yo después me fui».

En ese camino, Alejandro advierte que no ha sido fácil conversar con su madre de las persecuciones, el encarcelamiento y la tristeza, una situación habitual entre quienes padecieron violaciones a los derechos humanos.



Fotografía 5. Tamara Vidaurrázaga, Alejandro Villablanca y Katia Vidaurrázaga (Cárcel de Coronel).

«Sí, de a poquito hemos ido, de a poquito hemos ido quizá superando o abriéndonos un poco más acerca del tema, porque me imagino que para ella es doloroso y triste abrir su corazón o sus historias, con algo que a mí me puede hacer daño, pero, sí, sí de a poquito, yo sé que, que ella sufrió tortura, que hubo maltrato bien fuerte, no solamente para ella, como lo sabemos, mucha gente sufrió este vejamen en aquella época».

Como familia, probablemente debido a la trayectoria militante común, no hay quiebres o distancias, como ocurrió en otros núcleos. Por el contrario, la muerte prematura en 2007 de una tía, la que también fue prisionera política, los motiva a perseverar en la reconstrucción de las memorias familiares y en específico en los poemas escritos en cautiverio por aquel familiar fallecido.

«(Para) poder decir esto pasó, como un proceso claro de país, de poder como tú bien dices, sanarse, de poder decir mira esto pasó, pero que no, ojalá que no volviera a ocurrir nunca más».

Las memorias de Carolina Tapia Caris

Carolina Tapia Caris¹⁰ (48) es trabajadora social y madre de dos hijos. Trabaja hace unos veinte años con personas en extrema pobreza, especialmente mujeres con adicciones. Su padre, Germán Tapia Hermosilla, interventor de una empresa textil en el gobierno de Salvador Allende, fue prisionero político en 1973, en el Estadio Nacional¹¹.

«Sé que, durante varias semanas, como mi papá no sabían en dónde estaba. Mi papá en ese tiempo era interventor de una fábrica. Lo habían tomado detenido en la fábrica junto a otros compañeros y sé que mi mamá, con algunas hermanas de mi papá, algunas tías mías, tuvieron que buscarlo por varios centros de detención, hasta que como a las dos o tres semanas logran encontrarlo en el Estadio. Bueno, y mi mamá salía con mi hermana y conmigo a buscarlo».

10 Entrevista disponible tanto en el Archivo Audiovisual de la Fundación de Protección a la Infancia Dañada por los Estados de Emergencia (PIDEE), como en el catálogo del Museo de la Memoria y los Derechos Humanos de Santiago de Chile.

11 El Estadio Nacional, principal coliseo del país, funcionó desde el golpe militar y hasta 1974 como lugar de reclusión y torturas. Informes de la Cruz Roja Internacional indican que al menos veinte mil prisioneras y prisioneros de treinta y ocho países pasaron por sus dependencias, incluidos niñas y niños. Actualmente, existe un sitio de memoria en su interior, el cual es administrado por la Corporación Estadio Nacional Memoria Nacional. Los muros de las escotillas, los camarines y el sector de la piscina aún guardan testimonios tangibles de estos hechos.



Fotografía 6. Carolina Tapia junto a su padre Germán Tapia y su madre Gloria Caris.

El encuentro y la posterior liberación de su padre, sin embargo, no implicó una normalización de la vida cotidiana, sino que las secuelas de la tortura y el miedo perduraron, en un marco de silencio.

«¿Cuánto tiempo estuvo detenido? Creo que a él lo soltaron como a fines de noviembre, como tres meses, sí. Él nunca habla mucho de eso, ni de lo que sucedió. Habla de eso siempre como, él tiene un carácter bien especial, entonces él es como bien chistoso, tira como todo para la talla, entonces las partes que cuenta son como las anécdotas chistosas, de esa situación. Bueno después de eso, él quedó sin trabajo, muchos años».

Efectivamente, la dictadura desplegó un sistema de vigilancia que buscó excluir del mercado laboral, en especial en el Estado, a las personas que eran consideradas peligrosas por el régimen, como revelaron los oficios secretos encontrados en 2013, en el Estadio Nacional.

Consistió en un mecanismo de exclusión y negación permanente e institucionalizado, el que, por ejemplo, está ampliamente documentado en el caso de los profesores y funcionarios públicos (Weibel; 2016).

La situación familiar —según el relato de Carolina— quedó atravesada desde entonces por la precariedad y el miedo.

«Desde que mi papá llegó, después de eso, y durante como, de varios años, diría yo, él estuvo, así como en las sombras, como siempre callado, como bien afectado emocional y síquicamente, digamos. (...)

Y mi mamá tuvo que seguir trabajando en una fábrica que estaba intervenida militarmente. Entonces, también, nunca sabía si iba a volver o no iba a volver, obviamente hubo un empobrecimiento bien importante de nuestra familia. Mi hermana estuvo también muy afectada, ella tenía como 12 años, y siempre estábamos como bien asustados. Creo que crecimos siempre sabiendo que el mundo no era un lugar seguro».

En esa travesía, el miedo, y los mecanismos de resguardo, se instalaron como una acción cotidiana, la que estuvo presente en gestos diarios.

«Creo que siempre supe, no sé uno crece con eso, sabiendo que obviamente tu familia tiene una tendencia y una posición política, también sabiendo como lo que les había sucedido, en términos de represión política. Es como raro, pero uno siempre sabía que había cosas que no había que hablar.

Había cosas que no había que decir. Que siempre había que cuidarse. Que siempre la reja tenía que estar con candado, por ejemplo, pero desde siempre, como que uno crece con eso, y con el fantasma siempre de que podía venir, digamos. Claro, cuando yo era chica, eso de que podían venir, era como un espectro, uno no sabía quién era, pero bueno, después, posteriormente uno logra entender que tiene que ver con los agentes de la policía, de la CNI, etc».

Al igual que otras hijas e hijos de personas víctimas de violaciones a los derechos humanos, Carolina enfrenta las relaciones propias de la infancia, en un marco de asimetría y distancia con sus pares.

«Como yo te decía, me acuerdo de haber sido súper chica, de haber estado en la enseñanza básica, por ejemplo, y hablar con mis compañeras de esto, de la dictadura y como que todas mis compañeras me miraban como con cara rara. Uno parece que vivía en una realidad paralela. Claro, cuando uno estaba en el colegio podía ser como niño, digamos. Te volvías a tu casa, y volvía como un poco el temor».

La situación de alerta persiste durante toda la dictadura, debido a que su padre y su madre mantienen su militancia en el Partido Comunista. Carolina y su hermana también comienzan a participar políticamente. Sin embargo, es un temor inasible, donde el silencio sobre la tortura se mantiene hasta la actualidad.

«Él nunca ha hablado mucho lo que le sucedió en el Estadio, pero uno presumía que claramente bien no lo había pasado porque él hablaba de las torturas o de las situaciones muy complicadas que les habían sucedido a otros, nunca hablaba de él.

Como el año ochenta y tanto, vinieron unos periodistas holandeses que hicieron un reportaje del Estadio Nacional y lo entrevistaron. Sé que ahí él, como que relató cuál era su experiencia y creo que fue súper sanador para él. Igual que participa de estos informes de reparación, porque yo también creo que de reconocerse como víctima o que el Estado te reconozca como víctima, también fue una forma de reparación.

—¿Tú conoces esa entrevista?

No.

—¿Nunca la viste después?

No, porque era para la televisión holandesa. No es algo que se dio acá y no sé, yo creo que era como privado de él, entonces uno tiene que respetar eso».



Fotografía 7. Carolina Tapia junto a su padre Germán Tapia y su madre Gloria Caris.

En palabras de Carolina, su familia asumió encarar a la dictadura cívico militar como una lucha moral, como una batalla contra la muerte. Por eso, nunca aceptaron la idea de salir de Chile.

«Creo que éramos gente súper idealista, súper idealista, pensábamos que, yo creo que, uno soñaba que, de alguna manera con la recuperación de la democracia, también se iban a recuperar derechos sociales, políticos, calidad de vida para la gente, para el pueblo, libertades.

No fue tan así, claramente esto es mejor, pero no fue, yo creo lo que pensábamos. Pensábamos que íbamos a recuperar sobre todo eso, que se iban a recuperar muchos derechos sociales y políticos que el movimiento social había ganado en todos esos años, pero en realidad fue 'todo en la medida de lo posible'. Y además en algún minuto, uno se sintió como carne de cañón, ¿no?

Porque después te diste cuenta que en realidad el poder se lo distribuyeron los de siempre y no fue más democracia, no fue más libertad, y no fueron más derechos, como yo creo que uno aspiraba».

Sin embargo, fueron esa lucha social y el PIDE, donde luego trabajó su madre, los espacios extrafamiliares donde Carolina recuerda haber encontrado y construido lazos de contención emocional.

«Muchos de mis amigos que conocí allí o que conocí militando, habían vivido experiencias mucho más crudas y más dolorosas de represión política que la mía o la de mi familia.

De algún modo, como que uno tendía a minimizar su propio dolor o su propia experiencia porque había otras mil veces más atroces. Entonces, de algún modo uno pensaba que, bueno no fue tanto, podría haber sido peor, y en realidad, ‘todo’ fue tanto y otro fue mucho más horroroso, pero era bueno estar en un espacio donde en realidad no eras extraño, podías conversar, había la posibilidad de poder compartir con otros, con experiencias similares, hablar con otros niños de esas dificultades.

Era como una guarida donde llegar. Entonces eso era como bueno, era como cuando uno iba a la Vicaría¹², como que uno sentía que, igual ‘podían venir’, pero era más difícil que solo en tu casa. Estar con otros, de sentirse más acompañado, te daba más resguardo, yo creo. Llegar a un lugar donde eras mucho más acogido, donde todo el mundo te saludaba, cómo estabas. Saber que, comillas, uno pensaba que ‘ahí todo el mundo era de confianza’ y que era lo que uno no tenía, esta confianza básica en el mundo».

12 La Vicaría de la Solidaridad fue un organismo de la Iglesia católica, creada en enero de 1976 por el papa Paulo VI a solicitud del cardenal Raúl Silva Henríquez. Sustituyó al Comité Pro Paz en la asistencia a víctimas de las violaciones a los derechos humanos durante la dictadura cívico militar. Su primer vicario fue el sacerdote Cristián Precht Bañados. Dejó de funcionar el 31 de diciembre de 1992. El 18 de agosto de 1992 se creó la Fundación de Documentación y Archivos de la Vicaría de la Solidaridad, la que conserva el valioso material producido en todos esos años de funcionamiento.

Sin embargo, Carolina admite que las secuelas de esos temores persisten en su vida diaria, en pequeños gestos.

«El temor permanente, yo creo que la sensación de temor es algo súper complejo de explicar. Es como uno camina y tiene que saber si alguien te sigue, estar siempre atento, no hacer los mismos recorridos. Es como una cosa tan cotidiana, entonces es complejo.»

«Es difícil porque uno siente, esto que te digo, que uno nace sabiendo que el mundo no es un lugar seguro y eso no es normal para el desarrollo emocional, yo creo que de ningún niño.»

«Después yo creo que uno lo elabora, lo, o lo administra en realidad, lo administra mejor. Yo creo que hasta uno tiene síntomas, casi de estrés posttraumático.»

«Yo a veces voy manejando y me para carabineros para control de documentación normal y yo sudo, aunque no tenga ninguna dificultad, tenga todos mis papeles al día, no haya hecho ninguna infracción, pero la presencia es como un poco de taquicardia. Mi hija me dice, ‘pero mamá cálmate’, y yo le digo sí, sí ya estoy bien, pero es inevitable.»

«No sé si uno ve las fuerzas policiales como un resguardo, yo siento que no.»

En ese diálogo intergeneracional, Carolina cree que lo más difícil es poder transmitir la sensación de miedo permanente que ahogaba la vida cotidiana.

«Mi hija me decía, cuando estuvimos conversando un poco de esto, yo les conté de esto de la entrevista, lo que íbamos a hacer, entonces mi hija me decía, que encontraba que nosotros éramos tan valientes, que ¿cómo habíamos podido sobrevivir a todo esto?»

«Yo le decía que yo creo, que uno no es valiente, sobrevive a eso, yo creo que saca fuerzas de, le echai no más, no piensas si eres valiente o eres cobarde, no nada, le dai, y desde ahí creo que todos podemos desarrollar eso.»

Ahí uno también comprende la fortaleza de los seres humanos, la resistencia que las personas pueden tener y la capacidad que pueden tener de reparar o de repararse y de volver a reconstruir relaciones de confianza con amigos, con parejas, con hijos, con compañeros de trabajo. Hay personas que yo creo que les cuesta más que a otras».

En ese sentido, Carolina plantea la necesidad de fortalecer las políticas de reparación y, sobre todo, leyes que sancionen el negacionismo, que es una forma de volver a excluir y estigmatizar a las víctimas.

«A nivel del Estado, es tremendamente urgente que existan leyes contra el negacionismo, pero eh. No entiendo cómo hay personas que no logran comprender que tiene que ver también con la salud mental de un pueblo. No tiene que ver con los que fuimos víctimas de la represión, es que uno no puede instalar la perversión, como la institucionalidad, como jugar a que esto no sucedió, que no fue para tanto. Cuando el Estado, la sociedad define que eso es así, instala una sociedad perversa y eso es para toda la salud mental de un pueblo y es nefasto, es nefasto. (...)

Pero hoy es impactante. Cómo se levantan tantas voces de personas que sienten que debieran habernos matado a todos, y de pronto ahí uno siente cual es la diferencia entre comillas ‘nosotros’ y ‘ellos’, porque no sé si nosotros pensamos que habría que matarlos a “ellos”, no creo, o al menos no es nuestro sentir, ni creo que de nuestra familia, de buscar, fusilar a la gente, ni perseguirla políticamente, ni hacer una policía política contra las personas que piensan distinto a nosotros, no tiene que ver con eso. Pero no podemos olvidar, no podemos olvidar.

Entonces hoy día aparece un senador con una polera que dice ‘tour de Pinochet, tirando cuerpos al mar’ y lo más complejo que le sucede, es el rechazo por redes sociales, es como, como que no hay peso de lo que se está haciendo, no tiene peso. Cómo lo puedes tolerar eso, cómo se tolera, yo no comprendo».

Las memorias de Claudia Troncoso Sazo

La periodista Claudia Troncoso Sazo¹³ (46) es hija del exdirigente comunista, Sergio Troncoso Cisternas, de la Confederación Nacional de Trabajadores de la Construcción y de una obrera textil. Su familia enfrentó diversos episodios de detención y relegación, durante la dictadura cívico militar (1973—1990), desde los primeros días del golpe.

«Bueno, mi papá es militante comunista. De hecho, él con mucho orgullo cuenta que su carné fue entregado por Pablo Neruda¹⁴».

Él es de la ciudad de Angol y en la década del 73' en la fecha del golpe de Estado yo tenía 10 meses. Cuando mi papá escucha cierto, que los trabajadores tienen que ir a su lugar de... laboral y él trabajaba en la

13 Entrevista disponible tanto en el Archivo Audiovisual de la Fundación de Protección a la Infancia Dañada por los Estados de Emergencia (PIDEE), como en el catálogo del Museo de la Memoria y los Derechos Humanos de Santiago de Chile.

14 Pablo Neruda fue un poeta chileno, ganador del Premio Nobel de Literatura en 1970. Militante comunista, murió el 23 de septiembre de 1973, en condiciones que la Justicia investiga, ante la sospecha de asesinato. El canto general, impreso por primera vez en clandestinidad, es su obra más reconocida.

UNTAC¹⁵ en el área casino y se dirige a la UNTAC ese día, siguiendo las órdenes, cierto, las indicaciones para defender en el gobierno de Salvador Allende.

Bueno, en ese contexto él es detenido y trasladado al Estadio Nacional, ahí alcanzó a estar cerca de un mes, creo, por lo que he conversado por que eh... sé que estuvo ahí preso, pero en mucho detalle de esto no tenía hasta cierto, de conversar y recordar un poco estas cosas o que él me las contara. Ahí él estuvo detenido cerca de un mes cierto.

Y bueno viendo todas las cosas que pasaron ahí, las atrocidades, él luego dice que fue dejado en libertad y salió con mucha inseguridad, porque por esto de que había creo, toque de queda. Entonces mucha seguridad, mucha inseguridad si podía llegar a la casa».

Debido a la edad, la reconstrucción de esta primera detención fue realizada en los diálogos familiares, no obstante, las secuelas de ese evento permanecieron y motivaron el primer traslado familiar.

«Bueno, mi hermano tenía un año así que éramos... éramos bebés recién, así que estábamos chicos, no sabíamos nada en realidad y todo esto lo hemos sabido, cierto, por los relatos de mi papá y de mi mamá, que ella muchas veces nos tuvo que dejar encargados con vecinos, con familia, para ir a saber de mi papá, del paradero de mi papá, en qué condiciones estaba y todo eso, fue un período que lo vivo así e indirectamente, siendo muy pequeños, eh...

Posteriormente a eso, eh... mi papá bueno, relata que él tenía mucha inseguridad, porque sentía el helicóptero pasar y todo eso y después nos fuimos creo, al sur donde la familia de él un tiempo, quizá un mes, dos meses, no lo tengo muy claro, ahí estuvimos, hasta, para que se calmaran

15 Se refiere al edificio de la UNCTAD, el que fue inaugurado el 3 de diciembre de 1972, para albergar en Santiago la III Conferencia de las Naciones Unidas sobre Comercio y Desarrollo en el Tercer Mundo.

un poco las aguas y que mi papá también recuperara un poco esa seguridad, del hecho de haber pasado por el estadio, de haber visto tantas atrocidades».

En la memoria de Claudia, los eventos represivos y familiares son más nítidos, a partir de 1983, con el advenimiento de las primeras protestas nacionales, encabezadas originalmente por los trabajadores del cobre y a las que luego se sumaron otros sectores productivos, entre ellos la construcción.

«Ya creciendo, en lo que me tocó vivir así más fuerte, fue el año 83', el 18 de junio del 83'. Yo tenía diez años y mi papá participó como dirigente sindical de la Confederación. En ese entonces, también estaba la Coordinadora Nacional Sindical, se había formado, eh... participó en las primeras manifestaciones contra la dictadura de Pinochet. En este contexto, después de las manifestaciones y todo eso, comenzó la represión.

Mis papás viven en Lo Prado, en la Villa Cañada norte, viven ahí en Lo Prado y ahí fueron, mi papá fue víctima digamos de un secuestro, fue en la madrugada del 18 de junio cuando a él lo fueron a buscar, recuerdo que había llovido, por tanto, lo que a mí, lo que me llama la atención, yo no escuché nada, estaba durmiendo con mi hermano, compartíamos el mismo dormitorio, porque la casa era muy chiquitita. Entonces yo no, no, no escuché nada, pero sí después desperté, digamos, por las voces de la gente, porque ya había pasado el momento donde fue la CNI a buscar a mi papá».

A esa segunda detención, siguió un período en que, como era habitual, los servicios de seguridad negaron saber el destino del detenido.

«Mi papá estuvo cinco días detenido y desaparecido, porque nadie decía tenerlo, ninguna policía, ya, mi mamá tuvo que ausentarse del trabajo para hacer este proceso de búsqueda, ir a la Vicaría y nosotros, entre paréntesis, a seguir entre comillas con una vida casi normal, porque igual, como uno niño no entiende lo que pasa, entiendes, uno sabía que estábamos viviendo un período difícil, que venían las protestas y que nuestro

papá era dirigente sindical y todo eso, pero nunca uno dimensionaba lo que podía llegar a pasar».

La situación, por cierto, como solía ocurrir, era parte de detenciones masivas de opositores, en el marco de la represión a las protestas mensuales y nacionales que sacudieron el país ese año, dejando decenas de muertos y miles de detenidos.

«Bueno, en ese momento fueron como catorce dirigentes sindicales los que fueron detenidos, gastronómicos, de campesinos, mi papá del área de la construcción...

Y bueno, se juntan las mujeres cierto, y hacen una huelga de hambre para tener respuesta, digamos, de saber dónde están los maridos, los papás. Y esta huelga de hambre, bueno eso es lo que recuerdo, que fue en la Catedral, en la Iglesia de Lourdes y que después terminó con una misa, me recuerdo que como hija hablé y que dije lo único que quiero es saber de mi papá.

Bueno, y me puse a llorar, recuerdo el y después de eso eh... tengo los recuerdos de que mi papá aparece relegado en Maullín a setenta kilómetros de Puerto Montt. También en ese momento eh...no había, no había conciencia de lo que el papá había pasado».

Tras la relegación de su padre, Claudia tiene recuerdos de que fueron activados diversos mecanismos de solidaridad que les sirvieron para enfrentar la situación humanitaria que estaban viviendo.

«Entonces, mi mamá viajó, con ayuda cierto, con la solidaridad que sé que prestaba en esas ocasiones, cierto, de organismos, la misma Vicaría, los mismos dirigentes sindicales, viajó a ver a mi papá y mi papá se quedó en la casa del cura del pueblo Jaime Ringueling, en la casa pastoral de ese pueblo».



Fotografía 8. Sergio Troncoso, de chaleco negro junto a un grupo de pescadores trabajando en Maullín durante su relegación.

Tras un silencio inicial y a diferencia de otras historias familiares, el tema de la tortura fue hablado en el entorno familiar, lo que tiene diversas consecuencias, según el relato de Claudia.

«Entonces mi mamá, ella dice que mi papá la recibió, ella a simple vista veía que mi papá estaba bien, mi papá no le contó detalles, y cuando ella vuelve a Santiago y vuelve a reunirse con la abogada en la Vicaría, ahí le preguntaron qué torturas había sufrido mi papá.

Y mi mamá dice que ella se sintió muy mal, porque ella no, nunca supo, o sea mi papá nunca le expresó lo que él había pasado, se lo guardó, y dice que ella se sintió tonta, en cierta parte se sintió tonta de que mi papá la haya protegido de tal manera, porque a ella le preguntaban cómo él no te va, no te iba a contar lo que pasó.

Y ahí mi mamá se enteró, porque mi papá había sido entrevistado ya por abogados y personas de derechos humanos, de las atrocidades que había

sufrido mi papá... de la corriente y todas las cosas que sometía la CNI para que la gente hablara.

Así que fue fuerte y uno como un niño eh... producto de esos procesos que pasan los papás, cierto, eh... ahí vinimos o sea, ahí vine yo a saber de que mi papá había sido torturado, cierto, había sido torturado, igual fuerte porque como que uno no se imagina las torturas, quizá uno, como uno se lo imagina como golpe, pero jamás corriente en los genitales, en el ano, golpes, de hecho, producto de, no cierto, de este refresco que es acordarse de cosas, conversamos con, con mi papá y él me contaba que incluso le mostraban fotos de nosotros, de que sabían dónde estudiábamos y todo eso y eso también era mucha amenaza psicológica, pero son cosas que uno como niño no, no se interiorizó hasta ya más grande ya, he hecho, eh... una vez que supe que mi papá había sido torturado, quise contarle en el colegio, a un compañero, oh! mi papá fue... está preso y fue torturado y mi papá estaba relegado ya.

Y los compañeros con que se reían ¡ah! que tú papá es superhéroe, que aguanta la corriente, porque había escuchado algo de la corriente. Y fue una profesora la que me dijo, me preguntó ¿cómo está tu papá? Yo dije: nooo, está bien, ahora está bien, está relegado sí, pero era como insólito de que tú no podrías contarle a nadie, porque nadie creía, o los niños también, dentro su inocencia, pudieran imaginar que una persona pueda recibir corriente.

Eso es un proceso, así como que uno como niño le hace un clic de empezar a entender en las cosas que pasan y por pensar distinto, porque uno sabía que el papá tenía una posición distinta a lo que venía como dictadura, si bien éramos niños estábamos conscientes del proceso que está viviendo el país. Pero nunca pensamos que nos iba a llegar tan fuerte a nosotros y a través del papá.

Entonces eso fue fuerte, fue fuerte, yo fui a ver a mi papá, o sea fuimos como familia ver a mi papá en agosto del 83', de hecho tengo unas cartas

ahí, dos que le mandé en julio del 83' donde, donde le cuento a mi papá, que tampoco me recordaba de esas cosas, me recordaba que le contaba a mí papá que había ingresado a los pioneros, ya y que quería seguir su mismo camino de lucha, o sea me empiezo a comprometer yo también como niña, tenía 10 años, en octubre cumplía recién los 11, en esto que mi papá ya venía asumiendo también toda una vida, porque toda una vida comunista.

Entonces, eh... lo empiezo a asumir y, lo empiezo a asumir también quizás para que se sienta orgulloso de que seguimos en su camino, seguimos adelante, y bueno y echándolo de menos».

En ese contexto, además de la ayuda en Santiago, otro elemento de contención fue el apoyo de los lugareños.

«Nosotros igual, como niños, estábamos contentos, porque íbamos a ver a mi papá, eh, sabiendo un poquito las cosas que había pasado, pero igual éramos los hijos del relegado.

Entonces, como niños nos compraron ropa, nos compraron botas, estábamos contentos, nos queríamos poner la ropa, me recuerdo, inmediatamente, que nos habían comprado para la ocasión, porque hacía mucho frío.

Y nos vamos a ese lugar, cruzando la calle, en la calle, a ver los botes y recuerdo que un pescador ahí nos dice que quiénes éramos y yo recuerdo haberle dicho con mucho orgullo la hija del relegado. Entonces ¡Ah! Quiero conocer al relegado y nosotros fuimos a buscar a mi papá y a conocer, para que él lo conociera. Bueno, fue una instancia que uno claro, como niños sabía una parte, pero no dimensionaba y vemos que mi papá quería ser conocido por toda la gente ahí y eso igual nos alegraba.

Bueno estas instancias igual, que nosotros llevamos a conocer a mi papá con los pescadores, a mi papá le permitió, entre comillas, matar su tiempo de detención en el pueblo, porque él empezó a trabajar allá, a hilar algas,

no recuerdo el nombre del alga, y él empezó a trabajar en eso allá y los pescadores y la gente igual es muy cariñosa, le llevaban mariscos y cosas de regalo y además el cura, además, se portó muy bien.

Entonces son cosas, dentro del dolor, la pena, igual hay un recuerdo bonito de la gente, de cómo la gente te acogía, solidarizaba contigo, eso era bonito y a uno le gustaba ¿me entiendes?»

Sin embargo, el dolor se expresó luego de diversas formas, como también las secuelas psicológicas de la separación y la tortura, tanto en Claudia como su padre.

«Bueno, esa fue la única vez que pudimos ir a ver a mi papá, después cuando regresamos, me recuerdo que ahí me enfermé de pena, (sonríe con lágrimas) me, me puse a llorar en el camino, me dio fiebre, porque tenía mucha pena de dejar a mi papá (llora)... Eso de saber que iba a estar ahí un tiempo y que no lo iba a poder ver, pero era de escribirle cartas, así que ahí manejaba, pero fue un proceso, así como, no quererse ir, no quererse ir ese fin de semana y dejar a tu papá ahí fue doloroso.

Y me acuerdo y me da pena de nuevo, es que como que lo vuelvo a vivir (llora), pero pasaron esos 3 meses y mi papá después de eso, producto de las torturas, fue invitado por organizaciones sindicales a viajar al extranjero, viajó a Alemania y Holanda a medicarse y hacerse exámenes, porque producto de que le pusieron mucha corriente en el ano mi papá se defecaba solo y eso también lo vine a saber después, no lo supe en el instante».

Tras el regreso de su padre, éste continúa con su actividad política y sindical, momento en que Claudia desarrolla la creencia de que, si ella estaba con él, nada le iba a pasar. Por lo cual, incluso lo acompaña a las casas de seguridad en las que se escondía.

Una tercera detención ocurrirá en 1985, la que ahora será presenciada por Claudia y su hermano.



Fotografía 9. Claudia Troncoso, con su madre Rita Sazo y su hermano Yuri en Maullín visitando a su padre mientras estaba relegado

«Posteriormente, también el 85', mi papá también es detenido esa vez también, recuerdo que fue un día domingo, que también llegó la policía, yo pensaba que era la CNI, pero dicen que había sido Investigaciones, que fue a buscar a mi papá, era un día domingo bien especial porque mi mamá trabajaba y mamá preparaba todo para la semana, entonces teníamos pensado... O sea, mis papás tenían pensado, participar en una actividad sindical, no sé si un paseo o no.

Y muy temprano en la mañana empiezan a gritar: ¡Alo! Y mis papás pensaban que eran los Testigos de Jehová que venían temprano y como tenía su habitación pegada hacia el jardín, mi mamá ahí contesta y le dicen que es la policía y estaba toda la policía parapetaba fuera de la casa, ahí sí despierto porque eran como quizá las 8 de la mañana de ese día domingo del 85' y veo la casa llena de policías, mi papá tratándose de vestir muy nervioso, porque presionaban, quería ir al baño lo seguían al baño, me recuerdo a mi mamá muy envalentonada, tratando de defender, cierto, a su esposo, les recriminaba a los policías de que no estaban llevándose a un delincuente, sino que están en la casa de un dirigente sindical, quetenía mucho cuidado mi mamá del reloj de mi papá, que no se lo fueran a robar, porque habíamos, ella había escuchado cosas de que se robaban muchas veces las cosas los policías y entra una mujer, recuerdo, una mujer con una pistola, entró e ingresó al dormitorio a revisarnos la cómoda. Y ahí mi mamá también le enfrenta y le dice que, que no, no tiene derecho de revisar las cosas, porque ella había trabajado toda la noche para dejar la ropa ordenada, entonces dice 'yo también soy trabajadora', le dice la policía y mi mamá le dice 'sí, pero usted es trabajadora de la muerte'.

Entonces yo lloraba, yo lloraba, eh... por la angustia.

Eh... mi hermano que siempre ha sido no muy expresivo, eh... estaba ahí mirando la situación y la policía me dice 'ya niña no llores más' y ahí y yo le contesto también entre la rabia, la impotencia y le saco hasta la madre, le saco hasta la madre a la policía, le digo 'te estai' llevando a mi papá vieja...' le digo el garabato.

Eh... y bueno y un policía le dice a mi mamá que, si ella sigue colocando obstáculos a la detención, porque mi mamá hablaba, hablaba, le reprochaba todo lo que ellos decían, el policía le dice a mi mamá que si sigue así él se la va a llevar detenida.

Entonces, mi mamá le contesta: 'no es el primer inocente que se van a llevar detenido' y ahí sacan a mi mamá, a mi papá perdón, a mi papá y

nos quedamos ahí también eh, con esa angustia, fue de día, los vecinos se dieron también cuenta, de hecho, vecinos quisieron salir a ver y los policías le hacían ingresar a la casa, para que no tuvieran ahí participación de la situación».

Tras la detención, su padre nuevamente es relegado, ahora a Melinka, con una quincena de personas. La separación se extiende durante aproximadamente un mes, en un contexto de muchas dificultades técnicas de comunicación, según los recuerdos de Claudia.

«Y bueno, triste como niño, porque igual te separan de tu papá, eh, no te dejan verlo.

En ese entonces no teníamos teléfono, entonces, los medios de comunicación eran las cartas o el teléfono, recuerdo que dependíamos de los vecinos, cierto, que mi papá saliera a un teléfono público allá y pudiera llamarnos a tal hora y poder hablar con él y era como breve: “Hola, ¿cómo estás? ¿cómo se siente? Bien”, y ya solamente escuchar la voz uno se alegraba, pero no, no había mayor, digamos, comunicación, solamente escuchar la voz o mandar una carta que era mucho más difícil».

A partir de entonces, y, en el marco del ascenso de las movilizaciones, las detenciones de su padre se hacen más recurrentes y afectan a otros miembros de la familia extendida.

«Recuerdo, después mi papá también, el 85’ después pasó a este tema de los degollados. Mi papá también después mandó una carta a la Suprema, acusándolos cierto, por haber dejado a los culpables, sabiendo quiénes eran los culpables y también fue detenido, también estuvo preso un tiempo en la Penitenciaría, otro tiempo estuvo por otras causas en Capuchinos.

Entonces, igual era, era difícil para uno como niño, eh, vivir esta situación de no saber que, si el día de mañana tú vas a ver a tu papá, porque era fuerte ir a ver, ir a verlo a la cárcel.

Recuerdo, esa vez que estuvo en la Penitenciaría, no recuerdo si sería el año 86', mi papá estuvo en la Penitenciaría, que estuvo poco tiempo también y que también fue por haber alegado algo contra la Suprema, que cayó toda la, digamos, como era el presidente, entonces cayó con toda la directiva de la Confederación.

Estuvo ahí un tiempo en la Penitenciaría, fue tiempo que también compartió con su hermano, porque mi tío también fue preso político, fue dirigente poblacional y por lo que recuerdo con ellos fue súper fuerte también la CNI, porque los tipos llegaron hasta defecar en su casa y limpiarse con la ropa».

A diferencia de la relegación, la cárcel mantiene al padre más cerca, pero somete a la familia a nuevas vejaciones.

«Éramos víctimas de tocaciones y todo eso para ver si llevamos cosas ocultas. Uno como niño igual vivía eso, igual era para uno fuerte, que te tocaran y que te manoseaban en realidad, sí esa es la palabra, para buscarte cosas, entonces también para uno era un mundo terrible y recuerdo que ahí también escuchaba cuando fuimos a ver a mi tío que también había sido sometido a torturas».

En la cárcel, paralelamente, se expresan los lazos de solidaridad en los que está inserto el trabajo político de su padre, lo que, en cierta forma, es una manera de orgullo y contención.

«Iba mucha gente a verlo, o gente que iba a ver a los presos políticos aprovechaba de saludar a todos, a todos los compañeros que estaban ahí.

Por tanto, el tiempo de compartir, así compartir con tu papá era poco. Era 'Hola' estar abrazada de él mientras hablaba con otra gente, con el tío lo mismo.

Cierto, era una sensación muy extraña... O sea, de estar ahí con tu papá,

pero en realidad no estabas, porque él tenía que hablar con otra gente, lo saludaban, lo visitaban.

Entonces, era así como un tiempo extraño, así como no sé, como tener una gotita de tu papá en un segundo, esa sensación tengo, digamos. (...)

Para uno como niño, era algo que jamás se habría imaginado de que le iba a tocar vivir, de ver eso y entre eso saber cuánto tiempo va a estar tu papá ahí, entiendes, porque todo dependía de temas judiciales y uno como un niño no tiene idea eso, de tiempo, cuánto dura nada, si lo único que quiere es ver a su papá luego en la casa, que en el periodo de dictadura era como difícil verlo en la casa, porque mi papá fue, fue bueno y todavía no siendo dirigente sindical».

Con el tiempo, la familia permaneció en La Cañada Norte, comuna de Lo Prado, donde tenía su historia territorial. Y a través de los años conversó de las experiencias vividas, las que para Claudia no están sanadas.

«Se trasladaron los papeles, de tener los papás y una mamá muy aprensiva ahora yo soy una hija muy aprensiva con mis papás, vivo preocupada de ellos.

Mi mamá producto de, yo creo, que producto de toda esa contención que tuvo estos años difíciles de la dictadura, mi mamá, después en su tiempo de reposo aparecieron todas sus enfermedades.

Hoy día tiene muchas enfermedades asociadas, entre esas la más complicada es la artritis reumatoidea, que no le está permitiendo caminar bien. Y tengo un papá hoy día, que sí, activo, sigue participando en el tema de Derechos Humanos, sigue yendo a su sindicato ya como, como socio, ya no como dirigente, pero sigue ahora comprometido en el cuidado de su esposa, porque estuvo todos los años con ella, todos los años con él estuvo, cierto, apoyándolo, hoy día los papeles se han dado vuelta y es mi mamá la que necesitará el apoyo por un tema salud.

Bueno, yo como hija aprensiva hoy día sigo con ellos, preocupándonos, bueno ellos me siguen ayudando porque reciben a Pablo después del colegio, tenemos una relación bastante cercana y de ayuda y eso nos permite estar unidos, mi hermano igual los va a visitar, mi hermano ya tiene tres hijos, ya mis papás son bisabuelos, están chochos ahí con su bisnieta y hemos seguido adelante, un poco, un poco yo te diría, no sanados, al conversar estos temas uno se da cuenta que no están sanados».

Para Claudia, en síntesis, la familia salió viva de la dictadura, pero sigue con el peso de los dolores vividos esos años. También persiste con las prácticas de trabajo social, sindical y político, en especial su padre, quien trabaja en la escritura de sus memorias, como otro ejercicio de sanación individual y familiar.

Para ella, sin embargo, la sanación está ligada al reconocimiento de las violaciones a los derechos humanos, necesariamente.

«Un reconocimiento de todo lo que hubo, pero ya han pasado más de cuarenta años de todo este proceso, desde que partió, cierto, la dictadura y todo lo que significó y no ha habido un reconocimiento. O sea, si tú me dices ¿sí creo en la Justicia? No creo en la Justicia».

Las memorias de Eduardo Martínez Santos

Eduardo Martínez Santos¹⁶ (37) es arquitecto, trabaja en el Metro, está casado y tiene dos hijos. Vive en Ñuñoa en un mismo espacio con sus padres, su padre es, Jorge Martínez Muñoz, ex militante del MIR. Narra que, debido a su corta edad, fue compenetrándose paulatinamente de las actividades políticas de su padre.

«Me tocó vivir, digamos, el proceso de mi papi y de más grande me he enterado de cómo él entró, cómo participó, me he ido enterando en distintas conversaciones de pedazos de la historia, etcétera, entonces sí, sé más o menos bien».

Eduardo reconoce la suya como una familia de izquierda, la que participó en general en lo que él define como «la resistencia» a la dictadura cívico militar.

«Sí, mi papá perteneció al MIR y en el fondo se formó políticamente desde

16 Entrevista disponible tanto en el Archivo Audiovisual de La Fundación de Protección a la Infancia Dañada por los Estados de Emergencia (PIDEE), como en el catálogo del Museo de la Memoria y los Derechos Humanos de Santiago de Chile.

muy joven en el MIR, participó de todo lo que fue la Unidad Popular¹⁷ y después participó en la resistencia, tuvo formación militar en Cuba, salió del país expulsado, después volvió y bueno, estuvo preso después cerca de ocho años y después de salir libre nos fuimos a vivir nosotros a Bélgica».

Explica que él nació en 1982 cuando su padre ya estaba encarcelado, por lo que los recuerdos iniciales son, en realidad, reconstrucciones elaboradas, a partir de los relatos recogidos de su madre.

«Esto fue, bueno el 82' nací yo y de ese momento que mi papá ya estaba en la cárcel, entonces desde el 82' hasta el 89', que sale, todo el período de esa primera infancia, mi papá estaba en la cárcel y por lo tanto había una rutina de ir a verlo y había una serie de acciones, de actividades que hacíamos un poco en torno a eso también.

Y como te digo las visitas a la cárcel para mí eran paseos, yo esperaba ese día, visitar a mi papá era muy rico, era el día en que... que yo andaba todo el día al apa de mi papá, él me compraba un néctar de durazno en el quiosco, mi otro hermano jugaba a la pelota con él, jugábamos a la pelota en el patio, con los demás compañeros de mi papá.

Era un día, además, en que yo sentía que mi mamá andaba contenta. Yo te contaba también que hay cuestiones como de memoria, que yo tengo así más sensorial y me gustaba mucho el olor de mi papá, que siempre se ponía unas camisas, lo molestaban a veces que era medio aburguesado, que se ponía unas camisas y se echaba unas semillas de lavanda en el bolsillo.

Entonces, yo tengo como recuerdos gratos de ese tiempo, ahora estoy como bien consciente que en eso incidió que yo era más chico, entonces había todo un mundo que no alcanzaba a percibir, pero también estoy súper

17 La Unidad Popular (UP) fue la alianza electoral que llevó al presidente Salvador Allende al poder en 1970, tras ganar las elecciones con mayoría relativa y ser ratificado por el Congreso, como establecía la Constitución de 1925.

convencido que es por una decisión de mi mamá también. Mi mamá tomó una decisión que estas cosas no iban a... que ella iba a hacer un trabajo deliberado para que esto no fuera una experiencia traumática que nos castigara de por vida a nosotros, entonces de eso ella estaba muy convencida y lo hemos hablado con ella incluso, personalmente, y ella lo declara así, que en el fondo en algún minuto ella se dijo que si lo que querían era cagarle la vida a ella y sus hijos, que ella no iba a estar disponible para eso».

Sobre lo mismo, insiste que siempre supo del contexto social y político, pero que eso no impidió que su madre pudiera darles una protección emocional y afectiva, incluso durante las actividades políticas y/o las reuniones en CODEPU¹⁸ u otras organizaciones de derechos humanos que pugnaban por la libertad de los prisioneros políticos.

«Mi mami siempre andaba con hartos juguetes para nosotros, yo tenía un bolso gigante con autos. Entonces, era también, era harta de andar con ella para todos lados y de repente era estacionarse y nos poníamos a jugar y de ahí íbamos a otra cosa pero, así como en un día más habitual, nosotros nos levantábamos, a veces mi mamá había salido a hacer estas diligencias, nos quedábamos con mi abuela que nos cuidaba también.

Me acuerdo que a mi abuela le pedía pan con aceite y sal y de ahí llegaba también mi mamá y de ahí los fines de semana íbamos a la cárcel, así más o menos como nos movíamos».

Eduardo, en el entendido de su corta edad, admite que finalmente no dimensionó lo que estaba ocurriendo.

18 La Corporación de Promoción y Defensa de los Derechos del Pueblo (CODEPU) es una organización no gubernamental dedicada a la defensa de los derechos humanos, durante la dictadura cívico militar. Entre sus fundadores estuvieron la abogada Fabiola Letelier (presidenta), la asistente social María Elena López, el sacerdote Rafael Maroto, el arquitecto Fernando Castillo y la exdiputada María Maluenda. En 1990, tras la recuperación de la democracia, la organización centró su quehacer en lograr justicia para la víctimas de violaciones a los derechos humanos.

«Claro, yo tenía consciencia que estábamos en dictadura y que eso era lo que provocaba que yo no pudiera estar con mi papá, pero en el fondo no... no quitaba eso de que yo siguiera disfrutando de los momentos en que podía ir a verlo a la cárcel y que el hecho que el paseo a la cárcel fuera en lo concreto algo muy entretenido, más allá de que era algo que no correspondía, te fijai'.

Pero sí yo me acuerdo ponte tú que, para el plebiscito, cuando ganó el 'No', que fue antes de que mi papá saliera de la cárcel, eran momentos de felicidad.

O sea, era algo por lo que se había estado trabajando y era algo que correspondía y de ahí cuando mi papi va a salir también era como bueno, el término de un proceso que había estado y que, si no correspondía que mi papá no estuviera en la cárcel, era como debían ser las cosas».

La libertad de su padre, a diferencia de otros casos, no fue una experiencia traumática para Eduardo. Por el contrario, fue un período de reencuentro y transición hacia su estancia en Bélgica.

«Como te decía yo, mi mami hizo una pega, siento yo admirable, en el sentido tanto de crear esta especie de burbuja que creo, yo creo, para nosotros, para mí, en particular.

Pero además en haber tenido siempre bien instalado a mi papá, independiente que él estaba en la cárcel, como que sentía que era un personaje que estaba ahí, no que estaba ausente, estaba ahí porque había conversaciones y el sábado era el día en que me tocaba ir a verlo, estaba ahí como más de cuerpo presente, pero el resto del tiempo también estaba.

Entonces, ahora cuando sale, yo creo que se dan unas mezclas de cosas que no alcanzo yo a tener recuerdos de que haya habido una especie de ruptura de una cierta rutina al tener a este nuevo personaje instalado y yo lo que creo es porque, claro cuando él sale, uno de los recuerdos que tengo es que nos fuimos a la playa y estuvimos solos nosotros cuatro, digamos, mi hermano, mi mamá y mi papá.

Me recuerdo que había un lugar donde había gente que fabricaba botes, entonces ese momento para mí fue como, lo recuerdo como el hito en el que empezamos a vivir ahora de cuerpo presente todos juntos y fue en una rutina que no era rutina, fue una vacación, fue como un retiro y ahí fue como, yo creo, el momento para empapararme harto de mi papá, me acuerdo de que jugábamos mucho, de ese paseo me acuerdo haber jugado mucho con mi papi, en las mañanas, en las tardes, fue como el momento de incorporarlo y después ya, de vuelta de ese paseo, yo creo, estuvimos un rato viviendo en la casa de mi abuela, también todos juntos, pero tengo la sensación de que al final todo ese periodo fue como una transición y que la vida de verdad habitual partió ya cuando nos fuimos a Bélgica».

La libertad de su padre, se ve, sin embargo, ensombrecida por el temor a intentos de asesinatos, pese a estar el país ya en democracia. Por esa razón, la familia decide trasladarse a Bélgica, donde su padre pretende estudiar.

«Para mí igual fue (una decisión) dolorosa en lo familiar, como te digo yo, en mi familia éramos muy cercanos, la familia, así como el núcleo duro, mi prima y eso, entonces fue duro partir, como dejar a la familia.

Y de ahí el primer año allá también me recuerdo duro, en el sentido de extrañar y de echar de menos, pero de ahí para adelante, nosotros estuvimos como seis años en Bélgica, entonces yo hasta los trece años estuve allá.

Tengo buenos recuerdos, como que logramos armar una vida tranquila, todos en la familia tenemos muy gratos recuerdos de Bélgica, como otro mundo».

En ese país de Europa, tras unos problemas iniciales de adaptación, Eduardo siente que nuevamente fue la dinámica familiar la que marcó una diferencia ante la adversidad.

«Construimos lazos súper potentes con mis compañeros, con mis compañe-

ros belgas, entonces yo creo que eso habla como de lo que logramos nosotros construir allá y el tipo de lazos que armamos, que eran lazos súper potentes.

Nosotros, ahora yo tengo memoria que nosotros como familia, éramos una familia especial, pero especial no por el tema político y por la historia que sí, como que hacía una diferencia, sino especial sobre todo por lo que era como una familia en modo latino en un contexto belga, en Alesberg que era además un pueblo flamenco, digamos. Entonces, esta cosa, ponte tú, de que los niños podían ir a la casa y quedarse conmigo en mi casa y estar mucho rato y que mi mamá un poco, como que trabajaba en función de nosotros y tenía listo el almuerzo y después preparaba cosas ricas, ese nivel de atención en la formación belga no es habitual, ellos son más fríos en eso, entonces hicimos estos amigos que les gustaba mucho ir a nuestra casa y les gustaba mucho pasar como tiempo en nuestra casa, en nuestra vida doméstica. Entonces éramos como especiales en ese sentido, en el tipo de crianza que teníamos, como las vacaciones que planificábamos, entonces construimos estos amigos o estas relaciones con amigos que eran relaciones donde ellos se transformaban un poco en hijos de mi mami también y de mi papá».

Al decidir el retorno, la familia reitera las rutinas y paulatinamente los hijos comienzan a hilvanar nuevas amistades, en un contexto en que la historia familiar está siempre presente en las conversaciones.

«Sí, no, bueno el tema de mi papi y de mi mami y el período que él estuvo preso, yo siento son ejes ordenadores de nuestra familia, ordenadores en el sentido de que, como construyen una cierta historia, construyen una cierta historia y por lo tanto una cierta postura respecto a los procesos sociales también, como que instalan una cierta dimensión política que es más de izquierda ¿te fijas?»

Entonces, yo siento que el tema está desde siempre instalado y permanentemente va saliendo en conversaciones de distinto tipo que vamos teniendo, yo directo con mi papá o también conversas más generales, entonces en el fondo del período de mi papi en la cárcel es un período que está como

archi reconocido, es muy abierto y claro al nivel de que efectivamente podemos como incluso echar tallas, incluso con la familia este núcleo duro más extendido que seguimos vacacionando todos juntos, vamos como 20 de vacaciones».

Eduardo, no obstante, advierte que su mirada de esta experiencia no es la misma que tienen necesariamente sus hermanos. El mayor, según explica, es más consciente de los miedos y los traumas de las visitas a la cárcel, por ejemplo. El menor, nacido en Bélgica, ha volcado parte de su vida a investigar temas de memoria.

Para él, lo realmente importante es poder sacar elementos positivos de todo el proceso.

«Creo que esto último que te digo es probablemente lo más importante para mí, como que del horror tiene que salir algo bueno y si no logra salir algo bueno, hay que seguir intentando que salga algo bueno y por lo tanto, yo siento, para mí en mi vida hoy día es un poco esa la parada en general, mi parada es bien de querer construir, incluso en la vida doméstica, una vida que valga la pena, como que sea grata vivirla (...)

Siento que ese es un regalo que me han hecho mi papá y mi mamá también».

Las memorias de Isabel Plaza Lizama

Isabel Plaza Lizama¹⁹, profesora de danza, coordina el Observatorio de Educación en Derechos Humanos de la Facultad en que trabaja, al momento de esta entrevista. También participa en la Unidad de Género y Sexualidad de su casa de estudios. Es madre de dos niños.

Su historia familiar está ligada al surgimiento del MIR en Concepción.

Su madre, Rosa Lizama, es detenida cuando tenía siete meses de embarazo. Isabel nace en cautiverio. Su padre, Francisco Plaza también se encuentra preso en Villa Grimaldi.

«Mis papás fueron los del MIR, mi mamá entró primero al MIR, muy joven, más joven que mi papá, mi mamá entró al MIR llegando a la Universidad de Concepción, en los años 60'.

Ella venía de, es oriunda de Santiago pero ahí venía de estudiar en Angol

¹⁹ Entrevista disponible tanto en el Archivo Audiovisual de la Fundación de Protección a la Infancia Dañada por los Estados de Emergencia (PIDEE), como en el catálogo del Museo de la Memoria y los Derechos Humanos de Santiago de Chile.

y el primer día de clases, el primer día que llegó a la Universidad, si mal no recuerdo ella va, me imagino que... no sé si era un hemiciclo o un auditorio y escucha un discurso, en este minuto no recuerdo de qué dirigente del MIR y ese discurso para ella fue clave, porque fue el discurso que en el fondo le hizo entender, entender sus orígenes y cómo eran vividos esos orígenes por ese entorno, no, por su familia, que era un origen muy pobre y fue como que ese día se le abrió así, una nueva ventana. Entonces, rápidamente pasó a formar parte del MIR.

Y mi papá, en cambio, mi papá tenía quince años más que mi mamá y nació en Concepción, vivía en Concepción, en esa época se dedicaba al teatro, creo que también manejaba un taxi».

En su historia familiar, en especial materna, ella relata una situación de precariedad y pobreza, la que atraviesa varias generaciones.

«Lo que pasa es que mi mamá viene de una, como te decía, una familia, no sólo, familia muy humilde, muy pobre, sino que, además, eh, bueno, mi abuela, mi abuela venía del campo. Llegó a Santiago como mucha gente a trabajar y quedó embarazada en un momento y es acogida por una compañera de trabajo en su seno familiar.

Y su seno familiar no era sólo el de su propia familia, digamos marido e hijos, sino que el de su madre y su padre.

Y ahí entonces llega mi abuela, tiene a mi tío y tiempo después queda embarazada nuevamente, fue dos veces madre soltera y tiene a mi mamá.

Y en ese entorno mi mamá se cría, que es bien particular, para mí es muy interesante, ella nunca se dio cuenta de eso, hasta, como te digo, hasta después, ella estando en la Universidad y ya leyendo, estudiando no, porque era gente muy pobre y al mismo tiempo gente que sentía que los niños tenían, los niños tenían que estudiar, tenían que ser felices y tenían que estudiar, no fue una infancia pobre trabajadora, fue una infancia pobre muy querida, muy regaloneada y

muy cuidada, y yo creo que eso hizo una enorme diferencia en mi mamá, en mi tío y en esos otros niños y niñas que estaban ahí».

La represión contra su familia comienza el mismo día del golpe cívico militar, cuando es detenida su madre, por primera vez.

«Mi mamá cayó presa el mismo 11 de septiembre, no sé si entre las 8:00 y las 8:30 de la mañana. Ella trabajaba, ya se había titulado y trabajaba en Sigdo Koppers. Y llegó al trabajo y en la mañana estaba presa, a primera hora. Sé que antes de las 8.30 de la mañana estaba presa y si mal no recuerdo, estuvo en la Quiriquina, en la Isla Quiriquina²⁰.

Mi papá no cayó preso en esa ocasión. Mi mamá alcanzó a estar unos meses presa. Finalmente, es liberada y ellos pasan, siguen militando y pasan a la clandestinidad.

Y en ese contexto se vienen a Santiago».

En ese contexto de clandestinidad, su madre decide quedar embarazada de Isabel, sin saber que prontamente deberá enfrentar otra reclusión, en campos de tortura.

«Y cuando mi mamá queda embarazada, ahí yo creo que viene el momento... No es por quitar el impacto de lo que significó estar preso, presa el 73', el 11 de septiembre del 73', sino que la gran diferencia que cuando, cuando vuelve a ser tomada prisionera ya ahí tenía siete meses de embarazo.

Mi mamá fue raptada en la calle, en Santa Elena con... Santa Elena como una media cuadra de Avenida Matta, Santa Elena, claro Santa Elena al norte y a plena luz del día.

²⁰ La isla Quiriquina, ubicada en la bahía de Concepción, al norte de Talcahuano, fue utilizada como campo de concentración para prisioneras y prisioneros políticos de la Región del Biobío. Operó con esos fines entre septiembre de 1973 y abril de 1975. Unas mil personas estuvieron recluidas en su interior. Los hombres, en el Gimnasio de la Escuela de Grumetes y las mujeres, en un pabellón de la misma Escuela.

Tenía un punto, la orden que siempre seguían era caminar por la cuadra y si no aparecía el punto seguían. Y mi mamá caminó por la cuadra y se devolvió y cuando se devuelve, entonces, ve está un auto del que sale gente y se la llevan, la encapuchan y se la llevan presa, claro... y no creo que haya variado mucho que se hubiese devuelto, porque ellos ya le habían visto, el auto estaba ahí ya esperándola.

Y ahí es llevada a Villa Grimaldi²¹ y entiendo que ese mismo día toman preso a mi papá también. Y llegan los dos a Villa Grimaldi».

En ese recinto, su madre es llevada a interrogatorio y luego es dejada en una pieza con otras mujeres, sometidas a flagelos.

«Mi mamá cuando llega, llega y la meten de inmediato en la pieza de las mujeres, entonces, claro, yo a mi mamá le he preguntado qué le pasó, la verdad es que durante el rapto ella pensó que perdía a la guagua, que eso era como su única preocupación, creyó que iba a perder la guagua. Me imagino que entró, debe haber entrado en pánico y cuando llega a la pieza de las mujeres, una amiga de mi mamá me contó una vez, esto no hace tantos años, la forma que tenían de estar ahí, no, porque estaban en esa pieza donde de repente estaban mujeres, ponte tú, volviendo de la tortura o... me imagino que a mi mamá la llevaron ahí, después de haberla interrogado y que esa amiga decía: 'A tu mamá se le movía la guata como loca', o sea la guata era... que igual es loco, porque esa guata era yo, porque lo que se movía era yo, entonces es extraño escuchar eso, no.

Y que mi mamá lo único que decía era, o que en un momento dijo algo así: "esto es imposible ¿cómo puede estar pasando esto? ¿cómo es que pueden estar haciendo esto?"

21 Villa Grimaldi (Cuartel Terranova) fue el principal centro secreto de torturas y exterminio de la DINA. Allí funcionó la Brigada de Inteligencia Metropolitana. Las personas detenidas que no eran asesinadas solían ser trasladados a Tres Álamos y Cuatro Álamos. Se estima que unas cuatro mil quinientas personas pasaron por las torturas de Villa Grimaldi. De ellos, 241 fueron ejecutados o están desaparecidos.

Pero de una manera, no a lo mejor histérica, que habría habido derecho que fuera histérica o con ataque de llanto o angustia, sino la amiga de mi mamá me dijo que estaba haciendo como un, como entrando a hacer un análisis político de cómo era posible que estuviera ocurriendo eso de la manera en que estaba ocurriendo».

Sus padres, como la mayoría de los prisioneros, son trasladados de Villa Grimaldi a Tres Álamos²² y Cuatro Álamos²³, proceso en que les toca presenciar el asesinato de muchos detenidos.

«Ella me dice que su sensación era que eran tratados como los condenados a muerte, porque como que de repente les tiraban comida, no, pero, no, no había un ritmo, es como la gente ya que se olvidan, que está ahí, un poco.

Y ella se refugió en su embarazo, se refugió en eso, no se acuerda haber tenido hambre, estaba sólo refugiada en su embarazo».

Isabel nace en cautiverio, cuando su madre estaba en Tres Álamos, donde también había otras mujeres en igual situación.

«Estábamos en Tres Álamos y a mi mamá la llevan al (Hospital) Sótero del Río, la llevan al Sótero del Río, me tiene a mí por cesárea y por una... dicen infección de la cesárea, hoy a mí ya me suena raro, porque una infección no se, no se gatilla así como de un día para otro, pero lo que ella siempre contaba era que había tenido como un problema, por ser cesárea la habían dejado más días y finalmente se terminó quedando un mes, o sea, si hubo una infección por la cesárea, se terminó quedando un mes ahí.

22 Tres Álamos fue un campo de concentración que funcionó entre 1974 y 1976. El recinto estuvo dividido en cuatro pabellones, uno de los cuales era un recinto de incomunicación llamado Cuatro Álamos. En Anexos, se adjunta oficio secreto referido a la constitución de este lugar de prisión.

23 Cuatro Álamos fue un centro de detención y tortura, operado por la DINA. Funcionó entre 1974 y 1978. Los prisioneros estaban incomunicados y no se reconocía su detención públicamente.

Y eso, había gente resguardándola, cuando, después de ese mes somos devueltas a Tres Álamos y después de eso, nos envían a un lote grande a Pirque, en Pirque había otro pequeño campo de concentración que era un campamento de vacaciones de la YMCA y ahí nos llevaron y ahí estuvimos en una pieza con otras mujeres embarazadas y con guaguas, creo que éramos, la otra vez pensé nueve, pero me parece que éramos entre seis y quince guaguas que llegamos a pasar por ahí, pero pongamos nueve porque es terrible no ser precisa con los números.

Eso, estuvimos ahí y yo tenía un mes finalmente cuando salimos del hospital, después nos trasladaron ahí.

Lo cierto es que yo tenía cinco meses y a mi mamá la expulsan de Chile y es el gobierno francés el que la, la recibe, así que de Pirque al aeropuerto y del aeropuerto a París».

Isabel y su madre se establecen en Burdeos, donde su progenitora termina los estudios de asistente social. Es un período de adaptación intercultural, no siempre expedito.

«Primero eh... (silencio) éramos mi mamá y yo, primero éramos sólo mi mamá y yo... Y mi mamá, bueno, hizo todo lo que tenía que hacer para establecerse en Francia, nos establecimos en una ciudad hacia el sudeste, que se llama Burdeos y mi mamá bueno... terminó sus estudios de trabajadora social y se puso a trabajar para la municipalidad.

Y seguía militando, entonces, si pienso en mí en esa época, es... muchas reuniones en la casa, mucho humo de cigarro, eh... muchos tíos y tías, eh...

Yo en el colegio era diferente, pero nadie te lo decía, simplemente te dabas cuenta que eras diferente, usabas ropa distinta, tu mamá te hablaba en otro idioma y a mí eso nunca me gustó, nunca me gustó ser distinta, quería ser... pasar piola, ser como los demás.

Y mi papá llegó un año después, entonces llegó a interrumpir esa relación estrecha mamá—hija y ahí pasaban cosas, no sé pob... que, si mi papá me iba a buscar al colegio, yo le pedía que se callara, porque no quería que escucharan su acento».

El reencuentro en 1976, según las palabras de Isabel, es complejo. Hay mucho dolor y llanto. También cariño y fantasía.

Finalmente, su padre decide ir a trabajar en la reconstrucción de Nicaragua²⁴, a inicios de la década de 1980, en lo que sería la primera de varias separaciones en esos años.

«Mi papá entre medio se fue del MIR, dejó de... de estar de acuerdo me imagino, con algunos planteamientos del MIR y decidió seguir por la suya en algún tipo de compromiso en Latinoamérica.

Mi papá podía entrar a Chile, no tenía prohibición de entrar, mi papá se fue, se fue el año 76' a juntar con nosotras a Francia y él quería, bueno, en esa... esa época, cerca de los 80', inicios de los 80', es una época donde muchos europeos van a trabajar, no sé pob, por la reconstrucción en Nicaragua, van a Salvador, van a Cuba.

Entonces, agarró ahí vuelo por ese lado, por contactos, qué se yo y terminó trabajando en Nicaragua en la montaña, en las construcciones de las escuelas, eso, pero mi mamá era siempre la necesidad de acercarse a Chile. Entonces, era muy distinto, era muy distinta la forma de vivir el exilio de ellos dos y en algún momento entonces mi mamá, que seguía en el MIR, cuando viene la Operación Retorno²⁵, mi mamá por supuesto estuvo ahí al pie del cañón».

²⁴ En Nicaragua acababa de triunfar en 1979 la Revolución Sandinista, la que pretendía instaurar un gobierno de corte socialista.

²⁵ La Operación Retorno, impulsada desde 1978, consideraba crear un foco guerrillero en el sur de Chile, lo que finalmente no sucedió.

La decisión de su madre de participar en la Operación Retorno implicó otra separación para Isabel, quien por primera vez debió vivir con lo que en la cultura del MIR se llamaban «padres sociales». Es decir, personas que cuidaban a niñas y niños de otros militantes, mientras estos cumplían labores partidarias.

«El año 80' yo me fui a vivir con padres sociales, así se llama, padres sociales, gente cercana al MIR, una familia que terminó siendo mi segunda mamá y papá en otra ciudad de Francia, con dos hijos mayores, un hijo mayor que yo, un hijo menor que yo.

Ellos me acogieron cuando yo tenía cinco años, sí, cuando yo tenía cinco años llegué a vivir ahí y mi mamá me explicó que... me explicó que los niños y las niñas en Chile tenían derecho a vivir igual que yo, que me acordara lo que pasaba en Chile, que había gente muy mala, haciendo mucho daño y que ella iba a luchar con sus compañeros para liberar al país y que todos fueran niños y niñas felices.

Eso es algo que, bueno, yo te conté la otra vez y siempre lo he dicho, que ese es un relato que se repite mucho entre los que vivimos esa situación de, no sólo el discurso que te daban papá y mamá, sino también de cómo uno lo acogía, a mí me sorprende mucho que no haya habido pataleta, no haya habido desgarros de separarse, no, tan pequeños, o sea, hubo separaciones de guagua, pero también había separaciones de niños y niñas de mi edad, incluso un poco más grande que podríamos habernos impuesto de alguna manera, tratando de imponernos, no hubiese significado nada y no todos fuimos bastante comprensivos.

Entonces, eso, justamente, comprueba que teníamos unas infancias bien particulares, con mucha información.

Además, infancias en las que hubo que pasar algunos momentos también por ser parte de cierta clandestinidad internacional, no, había padres, mamá y papá que se estaban preparando para volver a Chile, todo el

mundo entraba a la clandestinidad, entonces, lo digo en cosas como cambiarse el nombre, cosas así, inventarse historias.

Entonces, bueno eso fue... a mí me impacta eso, me impacta no haber hecho nada, no tener un recuerdo traumático de la época, de haber llegado a esta nueva casa, haberme quedado en esa casa, recuerdo la última vez que vi a mi mamá en esa casa y... y ya está y la única vez que lloré fue porque mi mamá me mandó una carta diciéndome que, entre todas las cosas que me contaba, me dice que cuando piensa en mí ella tiene pena y que a veces se esconde para llorar, pensando en mí y que si yo quiero hacer lo mismo, que lo puedo hacer, como que sentí que me dieron permiso.

Entonces, un día estaba Mónica que era mi mamá, la otra, entonces ella me busca, y de repente abre la puerta y yo estaba detrás de la puerta y ella me dice "¿qué estás haciendo aquí?", no es que mi mamá me dijo que si tenía pena podía llorar, me podía esconder y llorar pensando en ella, heavy igual (ríe), como que te daban permiso, o sea no era la intención, pero yo creo que uno lo sentía así».

La madre de Isabel viajó en esa ocasión a Cuba a formarse política y militarmente, para volver luego a integrarse a la resistencia a la dictadura en Chile. En ese proceso, después de un año, le proponen quedarse en Cuba, apoyando la formación política de los demás participantes de la Operación Retorno. Ella acepta, pero pide recuperar a su hija.

«Ella me contó que ella había dicho, bueno me quedó, pero si me quedo me traigo a mi hija, eso igual es como que estás negociando ¿o no?»

Entonces, me imagino que eso sólo porque ella no quería, en el fondo quería ser parte del grupo que venía a Chile eh... entonces dijo eso, me quedo de acuerdo haciendo formación política, pero recupero a mi hija.

Entonces, me recuperó un año después, hice un viaje un poco largo, porque yo vivía en La Rochelle y de ahí tuvimos que ir a Nantes, otra ciu-

dad, tuvimos que ir a París, de París, no salíamos de París, salíamos de Luxemburgo, entonces fue como, me acuerdo que el recorrido para llegar a Cuba con mi mamá fue largo, fue largo, era verano en Francia, pero la llegada a Cuba fue inolvidable, o sea nunca en la vida sentí el calor que sentí bajando de ese avión y... mi mamá me estaba esperando en la escalinata del avión, se habían conseguido poder pasar y me estaba esperando, y yo me acuerdo que yo bajaba la escalinata y sólo veía una mujer que se parecía a Nana Mouskouri, una cantante griega (ríe) y la mamá, dónde está Isabelita, y la miraba y no la reconocía y no la reconocí, me demoré un rato en reconocerla.

Eso fue... triste, eso fue triste, era, estar de nuevo con ella era cercano, pero distante al mismo tiempo, era cercano porque era mi mamá y eso nadie lo podía negar, pero era distante, porque en un año habían pasado muchas cosas.

Mi mamá había recibido unas fotos de mí, de cuando estaba en La Rochelle y me encontró muy cambiada y yo me miro en la foto y efectivamente es como que me comenzara a parecer a los hijos de mis otros papás, algo pasa con eso, no, como con las guaguas que son adoptadas, no, chiquititas y empiezan a parecerse a sus papás de adopción, si algo pasaba ahí, fue un año importante, yo fui muy feliz con esos papás, muy, muy feliz.

Bueno, el primer impacto fue no reconocer a mi mamá, el segundo impacto fue... llegamos a vivir al departamento de una chilena que vivía con sus hijos, gente adorable, muy, muy importante, pero yo llegué un domingo en la madrugada a La Habana y el lunes era el primer día de clases del año, entonces mi mamá el domingo me probó el uniforme y el lunes me mandó al colegio (ríe)...»

La Habana es un mundo completamente distinto para Isabel. Los olores, los colores, la temperatura, el uniforme escolar. Otro idioma.

En total, Isabel estará cuatro años en Cuba, pero el último, nuevamente, se separa de su madre y pasa a tener lo que se llamaba la «beca internado».

«Al internado nos íbamos el domingo en la tarde, tarde—noche, y volvíamos el viernes en la tarde. Donde estábamos con los papás o mamás. O estábamos con padres sociales, quienes no vivían con su papá o su mamá, estábamos dos días, pero medio noche, o sea medio tarde—noche, el día entero y medio día, medio día tarde, sí... pero nos apañábamos harto, nos apañábamos harto sí... pero estábamos bien solos también.»

Ahora también pienso, así mirándolo como con otra gente que conozco, era una época que la niñez era más... Soltada más pronto ¿no? Soltada a la calle».

Al final de ese período, su madre decide partir a Nicaragua, donde se reúnen con el padre. El cambio implicó una serie de trastornos, nuevamente, para Isabel, quien deja la escuela cubana, para integrarse a un liceo mucho más precario de los que había conocido en La Habana o Francia.

«Fue como antes de cumplir los diez yo creo y... llegamos a Nicaragua y ahí de vuelta, mi mamá a buscar trabajo, mi mamá siempre encontraba trabajo, eso era algo que siempre lo encontraba bien admirable en ella, siempre encontró trabajo en su profesión, sí, era algo en sus relaciones, buenas relaciones laborales. Y mi papá trabajaba allá, había tenido que bajar de la montaña, pero ya había conseguido trabajo en Managua.»

Y yo llegué entonces a... al colegio de la esquina, porque, por supuesto, porque mi mamá se negaba... en Nicaragua ya había colegios privados, colegios un poquito más exclusivos, no era nada del otro mundo, pero por supuesto mi mamá, muy coherente con nuestra forma de pensar, buscó y dijo la Isabel va a ir al colegio del barrio como todos los niños y niñas de acá.

Y yo lo encontraba muy lógico, y yo te digo era mi opinión, porque en mi casa siempre hablábamos los tres. Entonces, aparentemente las decisiones las tomábamos los tres, pero claro ir al colegio del barrio significó estar en un colegio donde había una tremenda crisis de profes en esa época y... a

lo mejor todavía, pero en esa época me acuerdo que había una gran crisis, no había profesores, había muchos paros de hecho y yo estuve, no sé, un año estuve con... tres, cuatro profes distintos y muchos meses sin clases...

Yo llegaba muy temprano porque no había asientos suficientes para todos los alumnos y alumnas en la sala, entonces llegaba muy temprano para tener un asiento, en realidad llegaba más temprano que nadie, podía haber llegado más tarde, pero por alguna razón yo me imponía llegar muy temprano, llegaba cuando el colegio estaba vacío, por una reja que estaba rota y entraba a la sala que estaba siempre abierta...

Había muchas cosas distintas, la educación en Cuba era como algo sagrado y en Nicaragua mi impresión es que todavía no se habían dado cuenta que era algo sagrado, más o menos así, no...

Me tocó estar... estuve en un curso donde había jóvenes de diecisiete, dieciocho años, que estaban en el mismo curso que yo».

La estadía en Managua se extiende sólo por un año y medio, hasta que sus padres deciden intentar el retorno a Chile, en un viaje cargado de soledad para Isabel.

«Mi mamá decide que porque no intentan eh... que yo... en el fondo que mi papá y yo volvamos a Chile, que somos los únicos que podíamos entrar y peleamos para que ella pueda entrar.

Y ahí ella no daba más en el exilio... mi mamá no daba más, estaban los dos muy mal, por eso... estaban los dos ya muy desesperados. Se sentían yo creo en tierra de nadie.

Y... y entonces, bueno de ahí, esa fue la guinda de la torta (ríe) la guinda de la torta... ahí me mandan a Chile sola, tenía once años y fue un viaje muy largo, muy largo, muy largo, porque no llegué en el tiempo que tenía que haber llegado, estuve como cinco días en Buenos Aires, perdida entre

comillas, se supone que ACNUR sabía que me tenían ahí a la vista, pero en Chile, el hermano de mi mamá que iba todos los días al aeropuerto no tenía idea dónde estaba yo, así es que mi mamá nunca supo que no llegué a Chile, llegué como más de una semana después de Nicaragua».

Isabel había viajado sólo con un cartel, sin compañía de nadie. En Buenos Aires, el viaje tropezó con una huelga que paralizó los vuelos, por lo que quedó sin apoyo, ni recursos.

«Me pasó una cosa extraña y es que, bueno, no tenía plata entonces tenía que... conocí a otro chileno que era joven, pero tenía veintitrés años, yo tenía once (se ríe), pero bueno él se con..., nos convertimos como en aliados (sonríe y junta sus manos)

Y entonces lo que hacíamos era que desayunábamos en el hotel y después salíamos a patear, el día entero a patear, a patear, porque no teníamos plata, no, o sea no podíamos hacer nada».

Isabel, finalmente, arriba a Chile. Su padre aterriza un mes después, pero no tiene cómo hacerse cargo de ella, por lo que Isabel vive con una cuñada de su madre y sus hijas. Es un período en que Isabel comienza a exteriorizar más su malestar.

«Yo empecé a hacer algo, empecé a... a no ir a la escuela, pero no le decía a nadie (sonríe), salía en la mañana a tomar la micro y me devolvía más tarde (se ríe). Lo pasé mal.

El Raimapu era un colegio, es un colegio increíble, pero yo lo estaba pasando muy mal, muy mal, muy mal (enfátiza negando con la cabeza).

Era como el... la procesión va por dentro, eso era, la procesión iba por dentro. Y como que yo, la verdad es que no lograba descifrar qué era lo que pasaba. Y no lo descifré tampoco mientras lo vivía, la crisis en la que entré. Lo descifré muchos años después, de mucho trabajo, mucha terapia».

Después de seis meses, en que su padre no logró insertarse y en que se tornó imposible el regreso de su madre, se produjo un nuevo traslado. En esta ocasión a Montevideo, Uruguay, donde estaba viviendo su madre.

«Así que vuelta, armar las maletas y, y partimos a Montevideo. Eso fue, claro, fines del ochenta y seis más o menos... y estuve un año en, en Uruguay, un año entero en Uruguay.

Abí ya me... siento que tenía por un lado como capacidad de tener muy buenas relaciones en el, al colegio que llegué que fue un colegio maravilloso, tuve una maestra (sonríe), nunca me voy a olvidar, María Isabel Del Prete, que fue... fue única para mí, como que marcó mi vida, siempre hay un profe que te marca, ella me la marcó.

Mmmm, pero empezó algo como... no sé, tenía once años, iba a cumplir doce años y empecé como a entrar, empecé a entrar en una, una especie de cuento así medio eh... entre, entre no sé, entre eh... introspectivo y medio fatalista, y ayudaba además todo lo que me rodeaba po', era una, seguía siendo una niña sola rodeada de adultos, adultas y... mmm, no sé... algo empezó a pasar ahí.

Eh... como que me empecé a enfermar ah, me empecé a enfermar, sí y... y por primera vez me empecé a preguntar si tenía mucho sentido vivir».

A fines de 1987, su madre, finalmente, es autorizada a volver a Chile, lo que motiva el regreso a Santiago. La nueva situación, sin embargo, no resuelve el proceso afectivo de Isabel.

«Para mí ahí se planteó como esta cosa de... el, el no sentido de pertenencia, no saber de dónde eres, no sen, no sentirte identificada con lo que te rodea, eh... muchas inseguridades, eh... como estar, una sensación de estar bien perdida.

(...)

A mí lo que me pasó en concreto, fue que de repente se me hizo difícil vivir... además estaba esta historia que me acompañaba siempre de eh... "tú sobreviviste, tú eres una sobreviviente, tú..."»

Todas estas experiencias, Isabel las ha conversado hoy con su madre, pero entiende que hay situaciones que ella no puede transmitir.

«O sea, nunca voy a poder transmitir, y nunca podremos transmitir, a no ser que te lo empiece a contar aquí llorando, ahí como que claro va a haber una sintonía, como de cómo me he sentido, pero nunca voy a poder transmitir... el vacío que descubrí que tenía en algún momento...»

No sé cómo se explica ese vacío, como que no tienes piso, no tienes piso (mira hacia el suelo), no tienes ninguna estabilidad, no.

Que la gente que, la gente que te, que te, que era la que más te quería eh... no te dio esa estabilidad y de eso hay que hacerse cargo. O sea, yo en esos años habría sido muy militante también, pero creo que más allá de lo que, de las decisiones que se tomaron, yo creo que hay que hacerse cargo, hay que hacerse cargo.

Porque... porque creo que a, a, a mi generación, a la que vivió esto, que, que hubo gente que, que, que también, que bueno, lo vivió, desde mi punto de vista peor que yo, porque nunca, nunca tuvo a su papá o a su mamá cerca como yo que la tuve, de ida y vuelta ¿no?

Pero eh... o sea imagínate, el tremendo reto después convertirte tú en mamá, pa' nosotros es un reto, yo creo que por eso lo hacemos con mucho cuidado y con mucha dedicación y con mucho amor, y con, no menos amor que nuestras madres y padres (sonríe), pero estamos muy presentes, estamos muy, muy presentes».

Las memorias de Ivonne Zúñiga Escalona

Ivonne Zúñiga Escalona²⁶ (35) es profesora y madre de dos hijos. Su historia familiar concatena dos eventos traumáticos. Primero, su padre, Luis Zúñiga Acevedo, debió enfrentar la detención del abuelo, Nefthalí Zúñiga Contreras, en los albores de la dictadura cívico militar. Luego, ella tuvo que encarar la misma situación en la década de 1980. Es, por tanto, un proceso que se reitera entre generaciones, en un mismo período político y que está presente en la memoria familiar.

«Lo que nos cuenta (mi papá) a nosotros con mi hermana, yo tengo una hermana también, nos cuenta que él a partir de muy pequeño, él trabajaba en las juventudes del partido y trabajaba, él siempre habla acerca de ir a ayudar a las poblaciones, él siempre trabajaba en pro de eso y cuando él tenía catorce años fue el golpe militar acá en Chile y su impacto fue grande, porque mi abuelo estuvo detenido, por lo tanto, él tuvo que dejar el colegio para poder ayudar en el trabajo. O sea, trabajar para poder alimentar a la familia.»

26 Entrevista disponible tanto en el Archivo Audiovisual de la Fundación para la Protección a la Infancia Dañada por los Estados de Emergencia (PIDEE), como en el catálogo del Museo de la Memoria y los Derechos Humanos de Santiago de Chile.

Entonces, para él fue una cuestión que le removió toda la vida, desde ser un joven estudiante que participaba activamente en algo que lo envolvía, algo que le encantaba, él pasó a ser una persona que tuvo que empezar a trabajar y madurar desde ese punto de vista».

La detención del abuelo, aunque no es vivida por Ivonne, está incluida en los dolores familiares y personales, debido a la extensión y crueldad de aquel cautiverio, según su relato.

«Mi abuelo estuvo detenido e incluso no se sabía el paradero de él, dónde estuvo detenido, fueron un par de meses que estuvo sin contacto, a la familia no se le avisó, él fue interventor de Allende en las textiles de Chile, y obviamente él no estaba visible para la familia, no, no se sabía dónde estaba.

Por lo tanto, de esa desaparición obviamente tampoco se sabía si iba a volver o no, era toda una incertidumbre para la familia, para mi abuela fue un golpe grande, tener que estar con siete hijos sola, sin saber qué iba a pasar.

—Y cuéntanos ¿aparece? ¿qué pasa?

Sí, mi abuelo, me parece que estuvo, por las historias que nos van contando a nosotros sus nietos también, estuvo un par de meses sin tener contacto con la familia, estuvo detenido en el Estadio Nacional y luego estuvo en el norte, donde al parecer fue grande la tortura, ellos no cuentan mucho obviamente esa parte, por una cuestión de dolor que puede causar a nosotros que somos una familia súper unida, pero lo que van contando a raíz de las conversaciones cotidianas, es que él estuvo un par de meses y cuando volvió a la casa fue una sorpresa para todos, nadie espero que él volviera».

Ivonne, nacida en 1984, no tiene recuerdos en primera persona de la travesía que debió enfrentar su padre, pero sí sabe que la detención del abuelo fue un quiebre en la historia familiar.

El matrimonio de sus padres, en tanto, es interpretado como un acto atípico, debido a la situación política del país. Su familia paterna militaba mayoritariamente en el Partido Comunista y su núcleo materno en la Unión Demócrata Independiente, sostén social de la dictadura.

La detención de su padre ocurre en 1989, ad- portas de la recuperación de la democracia, cuando ella asiste a la educación pre escolar.

«Mi papá tuvo un enfrentamiento el 8 de marzo de 1989 y... por un ajusticiamiento que le llama él, dónde iba a abrir las puertas de un prostíbulo donde había niñas, adolescentes, y eran dueños altos cargos militares.

Por lo tanto, esa era la intención de todo esto, pero obviamente ellos cargaban armas, por lo tanto, cuando cayeron fueron detenidos como presos comunes.

Mi papá se tiró de un cuarto piso y se quebró la pierna y estuvo dos días desaparecido.

Yo recuerdo que nos fueron a allanar la casa, no sé qué, no sé cómo, no sé cuándo, pero sé que fue y tengo las imágenes súper claras de haber



Fotografía 10. Luis Zúñiga en la Cárcel Pública con sus hijas Ivonne y Victoria durante una visita.

visto gente con, apuntándonos con metralletas entrando por la casa por los costados, por los vecinos, una revolución, una, una madre que se desespera, que grita, que se enfrenta sí, las imágenes, obviamente, yo tenía cinco años, son imágenes que se vienen más que palabras, haber llegado a sentir, cuando uno siente que está siempre protegida en un hogar y llegar a sentir que están invadiendo ese hogar, que algo que te hayan dicho que, no sé, utilizar armas o tener armas era algo malo y ver a gente que está amenazando con eso, obviamente es algo que se te contrapone, algo que te complica, que no sabes cómo sacarlo.

Llegó un vecino a buscarme para sacarme de ahí y yo recuerdo haber estado agarrada a la puerta porque quería estar con mi mamá, son como las imágenes que tengo, más que todo una mamá desesperada gritando y querer estar con ella por no entender qué pasaba».

Tras la detención, sin embargo, Ivonne no puede ver inmediatamente a su padre, debido a las secuelas de la tortura.

«Yo a mi papá no lo pude ver en harto tiempo, porque estaba obviamente golpeado, morado, no estaba en condiciones de poder verme, pero recuerdo que nos llevaron la primera vez a la ex Penitenciaría, ahí estaba mi papá, yo no lo vi cuando estaba ahí, porque ahí todavía estaba con secuelas de la tortura, por lo tanto, yo llegué y me quedé afuera con familiares mientras mi mamá lo podía ver, cuando yo logro ver a mi papá es cuando estaba en la Cárcel Pública, ahí yo puedo ingresar a verlo, ahí ya las visitas me acuerdo que eran el martes, jueves y sábado, constantemente, en la tarde y ahí sí ya podía, podía verlo».

Al igual que en otros casos de hijas e hijos de personas que sufrieron la prisión política, un papel clave lo tuvo la madre, la que definió como estrategia de contención contar la verdad de lo sucedido a los hijos.

Sin embargo, el proceso de visitas a la prisión es recordado con dolor, debido a las vejaciones soportadas.

«Ver a tu madre que hasta los calzones le revisan para poder ingresar a la cárcel a ver a tu papá, y tú sabes que es una persona buena, es doloroso a pesar de que siempre veía el rostro de mi mamá con una sonrisa, es doloroso es, es algo que te marca, te marca a fuego, pero que te hace ser la persona que eres, ser fuerte, saber enfrentar las cosas.

Sí, es un episodio que obviamente nos marca como familia, a todos, a pesar de que mi hermana es más pequeña, nos marca de diferente forma. Para mí fue doloroso, fue algo que marcó mi infancia en el sentido que, de ser una niña súper extrovertida, pasé a ser una niña muy introvertida, con problemas de aprendizaje en el colegio, sin saber tampoco por qué, cómo ayudar, cómo poder sacar eso adelante.

Pero obviamente son recuerdos que se van marcando como imágenes, más que como palabras o como una historia tan narrada, tan... son imágenes que a uno le van quedando».

En ese marco una de las dificultades que enfrentó Ivonne, además de la precariedad económica y las largas jornadas de trabajo de su madre, que la obligaban a estar sola con su hermana, fue su experiencia escolar, una convivencia marcada por la distancia y la frialdad, en especial de las personas adultas.

«Eh, fue siempre compleja sobre todo la enseñanza básica, yo no recuerdo haber tenido algún profesor cercano, a pesar de que ellos sabían la historia, mi mamá siempre se encargó de contarla, por el hecho de que encontraba importante que los profesores supieran, por cualquier tema que se suscitara.

Nunca sentí una cercanía de parte de ningún profesor de los que tuve en la enseñanza básica, ni tampoco una empatía, sabiendo lo que había sucedido, jamás recibí un apoyo de parte de amigos, yo nunca tuve amigos, yo no recuerdo haber tenido amigos de infancia, chiquititos, siempre fui una niña muy solitaria, consideraba en ese momento que quizá nadie estaba pasando lo mismo que yo».

La situación, sin embargo, comenzó a cambiar con la recuperación de la democracia y la llegada de la adolescencia. Nuevamente, como en otros casos, un factor importante fue poder conocer otras experiencias similares.

«Obviamente, más grande y en adolescencia uno se va explayando con las historias y te vas dando cuenta que hay gente que pasa lo mismo, que hay gente que sufre más o cosas peores que las que uno vivió y vas pudiendo contarlas, vas viendo que no eres la única, pero que también puedes salir adelante.

De infancia, como te digo, no, jamás lo pude contar, no me daba vergüenza, yo sentía que no era algo malo, pero sentía que nadie me entendía, que nadie lograba entender lo que yo vivía, lo que yo sentía, lo que tenía que vivir a diario. Por lo tanto, cuando llega a la adolescencia y uno puede contar y expresar lo que pasa, te puedes dar cuenta que esto es sólo una historia, que te va formando, que te va ayudando a formar tu personalidad».

La liberación de su padre, sin embargo, no supuso superar las dificultades. Por el contrario, instaló nuevos problemas en la dinámica familiar.

«No, súper difícil, para nosotros era un desconocido, a pesar de que como te digo, nosotros no faltamos nunca a verlo cuando estaba en la Cárcel Pública, las tres veces en la semana íbamos siempre, era sagrado, eh, pero que para nosotros era un desconocido, era una persona que estaba entrando a la casa nuevamente, a pesar de que fueron sólo dos años, dos años importantes de la formación de nosotras, de pasar de estar no colegiadas a estar colegiadas, por ejemplo, cosas que él se perdió, por ejemplo. Era difícil verlo estar acostado con mi mamá, nos preguntamos ¿por qué? Es mi papá, pero ¿por qué tiene que estar acostado con mi mamá?

Entonces era difícil, de hecho, yo hace poco se los conté, o sea hace poco, en la adolescencia se los conté y fue como 'chuta nunca nos dijiste que te molestó, que fue algo duro'.

La integración de él a la vida laboral, también pasó mucho tiempo sin trabajo, y él también sufría al tratar de integrarse a nosotras, que ya tenemos una dinámica familiar, fue complejo».

En ese proceso de integración, el padre finalmente logra ingresar a una empresa de servicios de alimentación, lo que le otorga estabilidad económica. También concluye sus estudios escolares e ingresa a la universidad, aunque sin poder terminar su carrera, debido a exigencias laborales, según Ivonne.

«Sí, es bonita esa historia, porque él terminó junto conmigo el IV Medio. Sí, cuando él decide terminar el IV medio, no sé cuál es la motivación que pasa por él, pero cuando nos comenta él ya estaba matriculado. “Voy a empezar este año, voy a terminar un dos por uno”. “¿Dónde? ¿cómo? ¿por qué?”

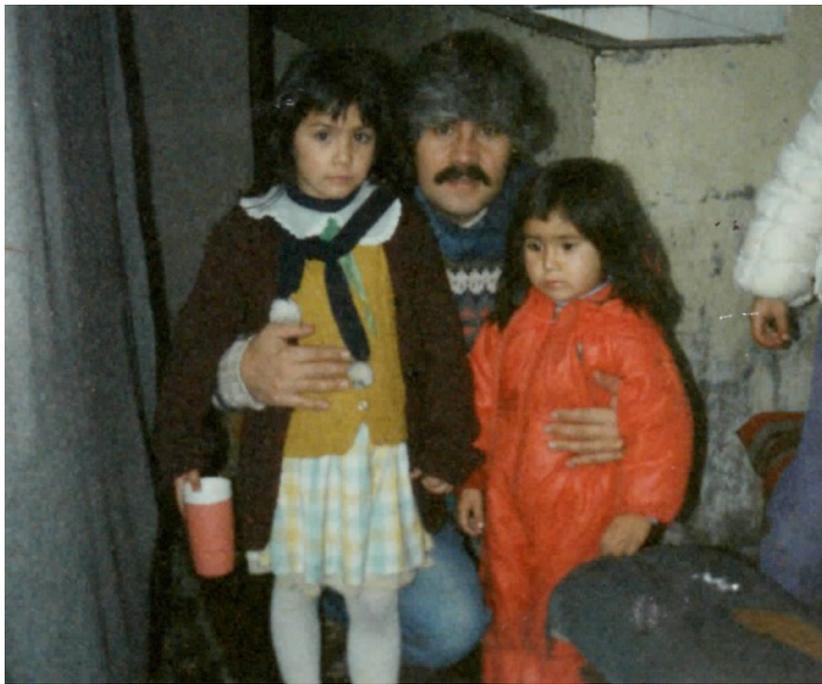
Con mi hermana ya éramos más grandes, entonces, no sé, lo bromeábamos. “¡Ah! Quieres entrar a la Universidad ¿qué vas a estudiar?” Pero él súper decidido: “No, yo voy a terminar el IV Medio, porque es algo que tengo que terminar, un proceso que tengo que cerrar”».

En ese proceso, otro factor clave fue instigar el diálogo sobre la tortura, pese a las resistencias del padre.

«La verdad es que no (habla) mucho, eh, por un tema de tratamiento psiquiátrico que tuvo que llegar mi papá, él jamás se trató después de haber salido de la cárcel, él trató de enfrentar las cosas por sí solo.

Muchos años después, alrededor del año 2000, se le declara una depresión mayor la cual es tratada con un psiquiatra, y parte de la terapia es que a nosotros nos vaya contando cosas, cosas que a él le duelen, cosas que a él le molestan y a raíz de eso fue contando un poco más, pero a él no le gusta mucho.

Es tanto así, que él sale en la Comisión Valech y a cada persona que sale en esa comisión se les regalaba una edición, mi papá la regaló y nos pidió



Fotografía 11. Luis Zúñiga en la Cárcel Pública con sus hijas Ivonne y Victoria durante una visita.

que nosotros no leyéramos los testimonios, porque para él es doloroso, sale él, mis dos tíos y mi abuelo, por lo tanto, no quería que viéramos ninguna y regala esta edición, que fue regalada para todos.

Y por respeto a él nosotros no lo hemos hecho, mi hermana, mi mamá, ni yo, porque es doloroso.

Él lo único que expresa es de esa forma, que es una parte de su tortura que obviamente no quiere recordar. (...)

Obviamente hay cosas que uno va, se va enterando de a poco, es duro enterarse de golpes, de torturas psicológicas, parte de lo que nos contaba es que a él le ponían voces de niñas y le decían que nos habían golpeado, nos habían violado, a sus hijas, a su esposa también.

Obviamente es algo que nadie hubiese querido vivir, yo me pongo en su lugar ahora que soy mamá, y no sé yo hasta qué punto el ser humano puede resistir un dolor como ese, es fuerte para mí pensarlo».

Pese al dolor, Ivonne rescata el ejemplo de su familia y la forma como el compromiso social se transmite en su familia.

«Pero creo que son valientes, mi padre, mis tíos, mi abuelo, son valientes al seguir algo que ellos de verdad creen, que es así, son consecuentes, siempre lo han sido y de esa forma nos demuestran a nosotros que lo son, a pesar de lo vivido sigue luchando por su consecuencia, por sus ideales, por lo que ellos creen que está bien, por lo tanto, sí me da mucho dolor pensar en lo que ellos pueden haber vivido, pero si a mí me da dolor ¿qué espero para ellos? que ellos lo vivieron. Creo que más allá para mí es un aprendizaje, es el tomar su ejemplo y poder ser más y poder trabajar sobre ello».

Una cercanía que también está presente en la relación de su hija con la historia familiar.

«Sí, de hecho, ella es mucho más... hincó más el diente ahí en el tema, porque ya es una adolescente va a cumplir dieciocho, y ella es mucho más cercana con mi papá, ella es como su tercera hija, yo fui mamá adolescente.

Y ella pregunta directamente, directamente las cosas, muchas veces cosas que nosotros con mi hermana no hemos preguntado por no causar dolor, ella lo pregunta abiertamente, no tienen ningún problema, de hecho es tanto que las conversaciones en nuestra mesa siempre son muy largas y ella está involucrada en el tema, eh muchas veces sale con cosas que yo no sé. '¿Quién te contó?', 'mi abuelo'.

Porque hay una cercanía entre ellos dos muy rica, de nieta, abuelo, pero a la vez porque ella también siente esa necesidad de saber».

Finalmente, Ivonne plantea la necesidad de que esa dinámica de diálogo sea un desafío del país.

«No solamente fue el golpe militar el dolor, sino que arrastró hasta el día de hoy ese dolor y que es una realidad y que se debe reparar, es una obligación el reparar esos daños».

Las memorias de Lorena Hermosilla Rivera

Lorena Hermosilla Rivera²⁷ es la mayor de cuatro hermanos. Está casada y tiene tres hijos. En su historia familiar, la actividad clandestina de su padre, Ricardo Hermosilla Díaz, se manejó siempre con discreción, casi silencio.

«Bueno, yo siempre he sabido que mi papá era más de izquierda, pero él nunca contaba nada, lo único que sabía era que él salía todas las noches y después llegaba, pero él todo secreto hasta que llegó el momento de todo lo que sucedió con él, el momento de cuando cayó detenido, cuando fue el enfrentamiento primero, ahí como que supimos la verdad. De hecho, yo creo que mi mamá siempre supo, pero siempre nos mantuvo alejados de la situación, mantenernos siempre normal.

—¿No sabías de la militancia de tu papá?

No, no

²⁷ Entrevista disponible tanto en el Archivo Audiovisual de la Fundación para la Protección a la Infancia Dañada por los Estados de Emergencia (PIDEE), como en el catálogo del Museo de la Memoria y los Derechos Humanos de Santiago de Chile.

—O de tu mamá.

No, nada. Me di cuenta ya después que sucedió todo».

El cambio que describe Lorena se produjo en 1984, cuando ella tenía siete años, momento en que su padre es baleado y detenido, alterándose toda la rutina familiar.

«Sí, no, después, después, todo lo que sucedió que a mi papá lo habían baleado y todo, que fueron seis balas en el estómago y que el amigo de él falleció, pero eso nos fueron contando a los días, porque tampoco nos dieron la noticia al tiro, rápido, sino que fue en el trayecto de los días, pero como fue todo igual tenían que contarnos, porque como se juntaba mucha gente, se reunían y todo, preocupados de mi mamá, de nosotros y todo.

Y ahí fue que nos sacaron de donde estábamos, nos fuimos donde mi abuelita, estuvimos un tiempo y ahí nos quedamos».



Fotografía 12. Ricardo, Paulina y Lorena Hermosilla

La situación, que provocó incluso el exilio de una tía, obligó a Lorena a quedarse sin su madre, quien intentaba averiguar dónde estaba detenido el padre.

«Bueno, fue fuerte. Yo igual tenía siete años. A uno le tocó madurar rápido, porque yo no me acuerdo de haber tenido una... Bueno, igual mi mamá trató todos los momentos de la niñez, pero al final como era la hermana mayor, tenía más responsabilidad.

Como estábamos solos, igual estábamos en la casa de mi abuelita, pero no es tu casa, a pesar de que igual te dan el cariño y todo, pero fue súper fuerte, porque al final tampoco, no estaba mi papá y era como que mi mamá tampoco estaba en la casa, porque siempre detrás de mi papá, luchando por él, por saber cómo estaba, en qué situación estaba, porque tampoco era algo fácil, porque igual a él le tuvieron que reconstruir todo el estómago.

Yo no sé cómo está vivo. Es como, no sé, si será milagro, la suerte digo yo, la suerte, para como quedó».

Luego de pasar por un hospital, el padre de Lorena es trasladado a la Penitenciaría. Y de allí a la Cárcel Pública, adonde ella puede verlo finalmente, situación que le provoca una honda impresión, en sus palabras.

«¡Ah! La primera vez que lo veo. Sí, por un portón que hay en la cárcel. No sé, justo se abrió una ventana que es chiquitita, donde están los Gendarmes. Y justo me empino y miro y veo a mi papá.

Fue súper choquante, porque lo veo bajar y que lo llevaban acompañado de gendarmes, fue la primera vez que lo vi, fue... fue súper fuerte. Porque mi mamá tampoco se había dado cuenta de que yo lo había visto. Y fue coincidencia nomás que abrieron y justo venía bajando. Fue la primera vez que yo lo vi después, de las visitas.

—¿Qué fue lo chocante?

Eeeh... Yo creo que no haberlo visto, porque de hecho cuando el cayó detenido, después que estuvo hospitalizado, desde que salió de la casa yo no lo había visto más.

De hecho, no tanto choqueante, sino que fue una pena de ver a mi papá en la situación en que estaba Y no poder abrazarlo, ¡Verlo pasar y no lo podí... aaaah! Tocarle, eso fue».

Lorena plantera que las dificultades familiares y personales las pudieron enfrentar adecuadamente, gracias al apoyo de la familia extendida, lo que también facilitó las gestiones de la madre en favor de su padre.

«Nosotros, al final, estábamos con mi abuelita y mi tata, que en ese tiempo todavía estaba vivo. Y mi tía Rita, que ella fue el mayor soporte de la familia, al final ella tomó como el papel de mamá y papá, porque mi mamá a veces llegaba súper tarde.

Entonces, mi mamá, como te decía, mi mamá nunca estaba, porque andaba en reuniones o no sé qué hacía, porque ella tampoco nos comentaba mucho, porque en esa época estábamos chicos, todavía estábamos en la básica. Entonces la que al final se hacía a cargo de nosotros era mi abuelita, mi Tata y mi tía».

Lorena recuerda que la situación familiar se mantuvo en ese curso durante casi seis años, hasta que su padre participa en la fuga de la Cárcel Pública, en 1990, evento que trastoca la dinámica familiar.

«Mi papá, después de la fuga, mi papá se tuvo que ir, porque se tenía que operar, entonces estuvo un tiempo en Francia, después para volver, porque como todavía estaba con problemas, mi mamá lo tuvo que ir a buscar a Argentina y en este tiempo yo ya tenía catorce años... y en ese tiempo me tuve que hacer cargo de mis hermanos, nos quedamos solos, y esa vez sí que sentí que nos estaban vigilando y que nunca antes lo había pasado y fue... fue... fue... como terrible porque... no... sola, con mis hermanos,



Fotografía 13. Lorena y sus padres Ricardo Hermosilla y Ludovina Rivera.

decíamos nos están vigilando, que no fuera a pasar nada, después llegó mi tío, después vino una amiga de mi papá, estuvo con nosotros un tiempo, pero ahí recién supe lo que es estar, que te estén vigilando, que no puedes andar tranquila sin saber qué es lo que te podía pasar».

La posterior reincorporación del padre a la dinámica familiar planteó una serie de desafíos, como se relató también en otras entrevistas, en especial debido a los roles.

«Cuando llegó... Eh... para mí, fue fuerte, para mis hermanos no, porque todavía estaban más chicos, entonces no se daban cuenta, pero para mí fue fuerte, porque tantos años sin un papá presente, yo sentí como que me vino a invadir mi mundo.

Entonces, me costó, a pesar de que yo era la regalona y todo. Me costó, que te mande, que hace esto, lo otro. Entonces, siempre estuvimos con mi mamá. Después, mi mamá estuvo trabajando entonces estuve yo a cargo cuidando a mis hermanos, entonces sentí como una invasión.

Entonces, yo, ahí digo, tengo un mea culpa con mi papá, lo traté súper mal en ese momento, sin darme cuenta, porque fue como un rechazo, pero ya de a poquito ya volvió a ser la relación que teníamos de antes.

Es que tantos años, de los siete a los catorce, fue mucho».

Después de la normalización, sobrevino el desafío de articular la memoria familiar. Al igual que en otros casos, la forma de enfrentar esa conversación es difícil.

«—¿Conversaron alguna vez con tus hermanos de todo esto?

Sí, sí, pero igual como que ya después con el tiempo como que lo evitaron, ya como que evitan, sobre todo mi papá ahora también, como que, para no recordar tanto, porque quizá qué es lo que él vivió también, pa' borrarlo de su mente».

Ese silencio se extiende además en la forma que hoy Lorena encara sus relaciones sociales, como ella misma plantea.

«De hecho, hasta ahora no mucha gente sabe mi situación, porque no todos lo toman como uno quiere, como la otra vez te explicaba, porque es como la religión.

Entonces, yo evito hablar eso, porque no todos tienen el mismo pensamiento, puede ser que yo tampoco ahora sea, que digamos que, de izquierda, que milite, pero uno tiene otro ideal que la otra persona, pero no, por eso tú no vas a respetar, porque se te pueden alejar.

Pero, además, que yo encuentro que es tan mío que no sé si era tan necesario contarlo, yo creo que sí alguien que realmente tenga confianza yo lo he contado, pero a muy pocas personas que no sean de mi familia, de hecho, toda mi familia sabe y todo, por los dos lados».

Las memorias de Lorena Oñate Salinas

Lorena Oñate Salinas²⁸ es asistente social, tiene cinco hijos y pertenece a una familia de histórica raigambre comunista, afectada por diversas violaciones a los derechos humanos, durante la dictadura cívico militar. Hija de Baltazar Acosta Galaz, expreso político y nieta de Alfredo Salinas Vázquez, detenido desaparecido.

«Llegué a este mundo por mi abuelo que es detenido desaparecido, él desaparece el año 75'. Fue sacado de la casa el 5 de noviembre, disculpa el 76'. Soy nieta, bueno, de un desaparecido y soy hija de un prisionero político. Yo soy una de tres hermanos, de tres hermanos, la mayor soy yo.

Tengo cinco hijos, soy licenciada en trabajo social, estudié esa carrera, eso principalmente».

La vinculación de su familia con las luchas sociales, feministas y obreras proviene de la época de las salitreras, iniciada a través de su bisabuela boliviana.

28 *Entrevista disponible tanto en el Archivo Audiovisual de la Fundación de Protección a la Infancia Dañada por los Estados de Emergencia (PIDEE), como en el catálogo del Museo de la Memoria y los Derechos Humanos de Santiago de Chile.*

«La historia política de mi familia viene, así como de los tiempos de las salitreras, porque mi bisabuela era comunista. Yo creo que ella venía impulsando un grupo feminista dentro de las salitreras, mi abuela es boliviana, mi bisabuela, disculpa, la madre de mi abuelo y de ahí mi abuelo comunista y de ahí, en adelante, toda la familia fue comunista. Y la pareja que tuvo mi mamá en ese entonces, que no es mi papá, que es el prisionero político, eeh, también era comunista.

Entonces por ese lado estamos todos vinculados, en realidad, al comunismo y también al tema de la lucha de la revolución que había en ese momento con el tema de la dictadura militar».

De hecho, los tiempos previos al triunfo de la Unidad Popular, el gobierno del presidente Salvador Allende (1970—1973) y los primeros años de resistencia a la dictadura encuentran a su familia extendida inmersa en un trabajo comunitario de larga data, de fuerte eje territorial en la zona norte de Santiago, en la población La Palmilla, de Conchalí.

«Eh bueno, en el 73' fue súper crudo por lo que yo... yo nací en el 77', así que yo prácticamente viví la experiencia, la experiencia, de hecho, súper consumada respecto al tema después del 73', porque ya mi abuelo estaba desaparecido y esa historia política fue tremendamente emergente respecto a mi familia, porque mi familia siempre fue una familia tremendamente comunitaria, que, de hecho, mi abuelo fue uno de los fundadores de la población donde vivíamos.

Él era dirigente del Partido Comunista, por eso fue desaparecido. Y él prácticamente con otros compañeros de esos entonces armaron unas tomas de terreno, que concluyó siendo la población donde nosotros vivíamos.

Mi abuela, obviamente, en este acompañamiento comunitario se hizo cargo de los nietos. O sea, de los hijos de los vecinos y toda la familia giraba en torno a la cuestión social y hacíamos ollas comunes, cuidamos a los niños de las otras madres para que fueran a trabajar.

Yo me acuerdo siendo muy niña cuidando otros niños, sacando piojos a niños, lavándoles la cara, jugando con ellos. Armandando cine en la casa, cuando creo que por esas casualidades llegó una televisión a la casa y veíamos películas de todos los tipos. Generalmente se hacían clases de comunicación política.

Entonces, desde ahí que empezó toda esta labor desde el 73', adelante, eh empezó toda esa labor que yo tengo idea o no sé, ideas de cómo fue el trabajo político que se llevaba a mi casa, y bueno y eso no, no ha parado nunca, la verdad, porque mi familia sigue participando constantemente en la Agrupación y, obviamente, todos participamos en cualquiera de las instancias que trate de reivindicar un poco esta cuestión social. Eh, donde para que los derechos de cualquier persona no sean vulnerados».

Es en ese marco de trabajo político, y cuando Lorena aún es una niña, que se produce la detención de su padre, la que inicialmente es ocultada a los menores de edad, pese a la visibilidad del compromiso político familiar.

«Bueno, la detención, yo tengo, la verdad es que nunca se conversó mucho ese tema, porque en mi casa trataban como de ocultar un poco la cosa a los niños.

Bueno, yo era la única niña, fui la única niña hasta que tuve once años, la cosa no estaba para tener más hijos tampoco, así que yo fui hija única hasta los once años y la situación era difícil, porque se trabajaba, se hacía mucho trabajo político en la casa, donde llegaban muchas personas».

Las consecuencias de la aprehensión del padre, ocurrida en los albores de las protestas nacionales, se irán cristalizando, en la medida que la situación se extiende y se producen las visitas a prisión, un evento de por sí traumático, en el recuerdo de Lorena, cada vez más consciente de lo que sucedía.

«Eh, bueno, la verdad mucha tristeza siendo niña, porque por la misma experiencia del trabajo político sentía muchas veces que veía como la ima-

gen de una paloma prisionera, lo que significaba esa libertad y además de no tener a mi papá que yo lo quería mucho.

Entonces, de no verlo en la casa, cumpliendo sus labores artesanales, porque él trabaja, como pintor, pero también trabajó siempre como artesano, a pesar de que en la cárcel se... como que se perfiló un poco más en el tema de las artesanías que trabajó, haciendo hueso, todo lo demás.

También veía la tristeza de los otros niños, las caras tristes obviamente de los otros compañeros, era bastante nostálgico. Además, súper desgarrador para un niño, tener que... te manoseen entero siendo niño, que te revisen hasta prácticamente los calzones siendo niño, entonces esa experiencia como que igual te marca, ¿no? es cruda».

En ese contexto de agresión y represión, un elemento que Lorena rescata es su paso por el colegio Hueñicito, el que había sido fundado por un grupo de profesores exiliados. Era para ella una zona de seguridad y contención.

«Entonces, era como un espacio bien contenido, respecto a la situación, lo que me afectaba un poco era tener que cambiarme de colegio, por ejemplo, porque cuando mi padre cae detenido, después salió con, cómo se llama, con... podía firmar en este caso tenía que ir una vez al mes o semanal parece que tenía que firmar.

Entonces, después, en ese tiempo ya tuvimos que pasar a la clandestinidad y eso significaba recorrer muchos mundos, muchas ciudades, éramos como gitanos y me tenía que cambiar mucho del colegio, tenía que cambiar mi identidad, tenía que cambiarme de nombre y no hablar de quién era mi padre, ni mi abuelo, ni de nada de eso porque obviamente estábamos en dictadura y eso significaba, y yo entendía seriamente, que eso era una cosa horrorosa que alguien pudiera tener algún antecedente de mi padre porque se iba a ir detenido, de hecho dormíamos con una pistola debajo de la almohada.



Fotografía 14. Tío de Lorena y su padre Baltazar Acosta Galaz

O sea, era tan así la cosa, entonces cuando me iba y volvía y mi padre viajaba, y nos dejaba instalados en una parte y él salía a hacer su trabajo político, porque seguía haciendo política y esa era como la situación en el colegio».

Al igual que otras hijas e hijos de personas que sufrieron violaciones a los derechos humanos, Lorena evalúa su infancia como un período en que debió madurar, de manera apresurada, donde soñaba con ser feliz y que su mamá sanara de su dolor.

«Obviamente, no vivir como una niña, porque yo prácticamente a los niños que conocí en dictadura, en trabajo político, eran niños que eran tremendamente desarrollados, así como eran prácticamente adultos.

Entonces, no nos veían nunca como un... niños, en una conversa eran, yo creo, que podrían haber tenido los mismos problemas que yo, en los colegios no se acercaban a los otros niños.



Fotografía 15. Arpillera hecha por la madre de Lorena

Las conversaciones siempre giraban en torno adultos, porque sabíamos que las conversaciones siempre eran serias, todo era serio y, de repente, claro jugamos y... pero también vivíamos un espacio súper aislado, donde como te digo, no se podían reconocer las cosas de niño, como decir su nombre, la actividad de tu papá».

Para Lorena, esa madurez temprana se expresó también en tener que asumir, en algunas ocasiones, labores de adulto en el núcleo familiar, en especial en los tiempos de vida clandestina, en Temuco.

«El médico le dijo que tenía que parir ese día y que no se podía ir y al final me tuve que hacer cargo de todo a los once años, viviendo sola con ella. Tuve que llevarla al hospital, recibir a mi hermano, comprarle la ropa, tuve que ir a pedir ayuda a las asistentes sociales que conocía del FASIC en Temuco y ahí como que me alojé con ellas, pero hice todo ese trabajo.»

Entonces, igual, no me imagino a mi hija de once años enviándola a comprar ropa para su hermano, ni atendiendo, no sé po, la situación de embarazo, no, atendiéndola.

Y después, bueno, volvimos a Santiago después de como dos meses y ahí apareció mi papá, después de seis meses, que conoció a mi hermano, como que recién conoció a mi hermano».

Las situaciones vividas —explica Lorena— tienen consecuencias hasta hoy, tanto en las estrategias de resiliencia, las memorias y las añoranzas.

«Todos los días, todos los días está presente y, para mí, de una manera siempre... bueno, presento un estado de resiliencia puro, así de que esto también me ha servido como una herramienta para mí, para mi crecimiento, para mi formación, para consecuencia en la vida de la lucha, que continúa, en mi trabajo como trabajador social, en la vida en mi familia con mis hijos, como yo también que nací en una época transitoria entre la dictadura y el... y la democracia, entre comillas ésta, como yo también he podido transitar en situaciones de mi familia que todavía están, que los mantiene adormecidos, mi mamá todavía se configura la idea de que mi abuelo va a llegar a la casa que construyó en un momento, y que esa casa no tenemos que nunca deshacernos de ella porque mi abuelo va a llegar. Mi abuela murió esperando a mi abuelo, jamás tuvo otro hombre,

lo esperó e hizo su trabajo político en la población donde vivíamos hasta el último día de su vida.

Entonces, para mí ha sido igual, un aprendizaje, porque doy gracias a que me pude también criar en ese ambiente, que me dio también un mundo de posibilidades para crecer culturalmente, para entender también la vida de otra manera».

Sin embargo, sostiene Lorena, no existe un espacio en que, como familia, conversen los dolores vividos. «Hemos tratado de no estar así, como hincándole el diente», dice.

Otra situación compleja fue la separación de sus padres, lo que motiva una lejanía con su papá, quien rehace su vida con otra pareja.

«Bueno, yo creo que las cosas que más me marcaron, como te decía, fueron las muertes de los compañeros que no estaban ya en la cárcel. Y lo otro, haber sido niña y haber sido discriminada, muy discriminada por los niños en general, por los niños por haberme sentido muy distinta, por no haber desarrollado esa área infantil, que no era culpa de ellos, en realidad tampoco, no era ninguna responsabilidad de ellos, que era como yo me había terminado... como a mí me había tocado criarme no más.

Entonces, soledad siempre soledad, cuando me iba a otros colegios la soledad, Esa soledad profunda donde no tenía nada que compartir con nadie (...)

¿Qué perdí en esos años? Bueno, yo creo que compartir otras experiencias como lo decía delante, sobre todo la niñez. Crecí muy rápido y por eso digo que vivo ahora... como estoy en la adolescencia, quizá en la preadolescencia, de hecho, yo creo que mi hija es más madura que yo».

Pese a los dolores, Lorena señala que volver a recordar es sanador, pese a la crudeza de esas memorias, muchas veces colectivas.

«Me gusta igual, me gusta porque me acuerdo de personas que quiero, que siempre van a estar en mi vida, personas importantes, mi padre, mi mismo padre, porque fue mi padre durante muchos años, desde que tenía tres años hasta los trece, creo, o catorce.

De los compañeros que me abrazaban, que me querían, que me decían cosas afectivas, a los que yo les preguntaba cosas que me parecen interesantes.

Entonces, igual me gusta y me duele también, como te digo, no, no tenerlos. La otra vez te comentaba, en la otra entrevista que tuvimos, que para mí fue una cosa muy dolorosa haberme ido a la cárcel pública no, claro a buscar a Víctor Zúñiga, me acuerdo que era muy amigo de mi mamá y de mi papá en cárcel y habernos dicho que lo habían trasladado a la Penitenciaría, y haber ido a la Penitenciaría y que nos hayan dicho que lo habían matado, en realidad que lo habían muerto, que se había muerto, porque no te decían ‘oye, lo matamos’, y haber ido a su funeral y después se combinó con la muerte de Jecar Neghme, que nos fuimos también a ese velorio y pasaron muchas muertes por esos días, por esos meses, muchas muertes en mi memoria.

Y obviamente terrible pob, porque también yo miraba que esa persona tenía familia, tenía mamá e hijos que nos encontrábamos en la cárcel, donde conversábamos y terminábamos comiendo algo compartiendo una comida, a veces ni siquiera una comida, era un huevo, un huevo crudo, que era el alimento del día».

Lorena, sin embargo, es consciente que su forma de interpretar el pasado es distinta a sus hijos, nacidos en democracia.

«La verdad es que no lo conversan, mis hijos son de otra generación y no quiero decir en casa de herrero, cuchillo de palo.

Pero yo también los veo observándonos a nosotros. Y no solamente a nosotros, porque como nuestra familia está vinculada con la política, con un



Fotografía 16. Familia Salinas en lanzamiento del libro “Entre el cielo y el infierno”, de Max Salinas.

mundo político, entonces generalmente los amigos de mi mamá son todos esos amigos del dolor, donde el dolor se les ve en la cara, la tristeza. Que ni con maquillaje se te quita. Mi mamá tú la miras también y es una mujer que tú la ves triste. Es una mujer triste, de cara triste, entonces, yo creo que, por lo mismo, ellos tampoco conversan ni quieren escuchar, porque ya lo han escuchado tanto, miran esas caras y obviamente quieren correr».

Las memorias de Mariana Dastres Quezada

Mariana Dastres Quezada²⁹ (42) es nutricionista. Tenía cinco años en 1983, cuando su padre, Hernando Dastres González, fue detenido. Su madre tenía un embarazo de seis meses. Hoy ella vive con su hija y su madre. Su padre falleció de leucemia, a los cincuenta y nueve años, en 2017.

«Yo nací en diciembre del 77.’ Mis papás se conocieron muy jóvenes y mi mamá en este tiempo sabía que mi papá militaba en la J, pero cuando tenían dieciséis, diecisiete años. Y en el 74’, mi mamá quedó embarazada de mi hermana mayor que es Karin y luego yo nací el 77’.

Mi mamá desconocía en el minuto en que mi papá cayó detenido que mi papá tenía una militancia activa en la Jota. Y bueno, se enteró de la militancia y de que había caído detenido con seis meses de embarazo y por la televisión, la televisión en esos extras que daban en este tiempo.

Y la familia éramos los cuatro, que era mi hermana y yo, el papá, la

29 Entrevista disponible tanto en el Archivo Audiovisual de la Fundación de la Protección a la Infancia Dañada por los Estados de Emergencia (PIDEE), como en el catálogo del Museo de la Memoria y los Derechos Humanos de Santiago de Chile.

mamá y mi mamá que estaba embarazada de mi hermano y teníamos un perro también».

En esas circunstancias, explica Mariana, la detención de su padre y los eventos represivos inmediatos supusieron un cambio en sus vidas.

«Mi tío Sergio, que ahora vive en Australia, va a mi casa a avisarle a mi mamá que estuviera tranquila, que estuviera tranquila y mi mamá no entendía nada, sólo mi tío Sergio le decía que estuviera tranquila, tienes que estar tranquila...»

Y en eso llegó la CNF³⁰ a mi casa y, en eso, mi mamá contaba que ya estaba bien gorda del embarazo. Y, de repente mira por la ventana y ve muchos pacos y gente de civil caminando hacia adentro, pero, así como en bloques y entra a la casa... Y que el tipo que entró le decía 'tranquila señora no le vamos a hacer nada, pero sabe de su marido, sabe en lo que anda metido, sabe que hay armas aquí en la casa', y mi mamá no tenía idea de nada.

Mi mamá en ese tiempo también era súper joven, veintiséis, tenía veinticinco, veintiséis años y estaba más bien dedicada a la crianza y a su embarazo avanzado, y no a las cosas políticas que pasaban en ese tiempo en el país.

Pero era, yo me acuerdo que, en el minuto en que llegó la CNI a mi casa, era mucha gente y la casa estaba revuelta, revuelta, las camas con los colchones, el colchón así desarmado. Me acuerdo yo.

Recuerdo que el tipo abre un ropero y saca un cajón y lo da vuelta, buscando seguramente armas que no habían, pero era el caos y toda la gente revisando la casa y con mi hermana a un lado y yo al otro lado. Mi mamá no nos soltaba y lo que yo no me acuerdo es que cuando se llevaron

30 La Central Nacional de Informaciones (CNI) fue el nombre de la policía secreta de la dictadura cívico militar entre 1977 y 1990. Fue responsable de secuestros, torturas, asesinatos y desapariciones de opositores al régimen de Pinochet.

detenido a mi tío, y que se acuerda mi hermana, se acuerda de que con la misma ropa le tapan la cabeza y se lo llevaron a un... lo subieron a una micro, a un auto, no sé qué».

Tras la detención de su padre, que estuvo dos semanas desaparecido, Mariana pasó varios meses sin verlo, hasta que empezó a asistir al presidio de Talca, donde las visitas fueron intermitentes, debido al esfuerzo económico que significaba trasladarse hasta esa ciudad.

«Entonces, viajábamos yo creo cada dos o tres meses, lo que sí me acuerdo haber ido a pasar como uno, dos veranos, nos íbamos a pasar allá y nos quedábamos en un... como en un sindicato de las ferias libres de Talca, que nos daban alojamiento, un mes habrá sido, y ahí nos quedábamos».

Luego, su papá fue trasladado a la Cárcel Pública en Santiago, donde se producían momentos de violencia, en el ingreso.

«Uno cuando es chica, yo tenía cinco años, entonces no tienes mucha conciencia de lo que haces, de por qué vas a ver a tu papá a algún lugar.

Pero recuerdo sí que me revisaban al entrar, me hacían sacar los zapatos en la Cárcel Pública, me hacían sacar los zapatos y como que tiraban la planta del zapato, para saber si uno llevaba cosas entre el zapato y la suela del zapato.

Yo era chiquitita, chiquitita tenía cinco años y visité la cárcel hasta los trece. Y era yo creo, ir a ver a tu papá, pero sin tener conciencia de que estaba detenido y de qué había pasado, de lo que pasaba en este país. En ese minuto, yo para nada tenía conciencia, mi hermana sí, mi hermana sí se acuerda de los toques de queda, de la represión, ella sí tiene recuerdos del período en que mi papá cayó detenido, porque también era más grande».

La detención de su padre, en sus memorias, supuso un cambio en la rutina familiar y una sobrecarga de trabajo, en especial para su madre.

«Mi mamá... eeh... siempre... se dedicó a cuidarnos, hasta que mi papá cayó detenido y ahí mi mamá tuvo que salir a trabajar, y ahí ya trabajó siempre, pero, yo recuerdo a mi mamá bien sobrepasada la verdad, en ese tiempo, porque más el trabajo, el cansancio.

Mi mamá se acordaba que en un tiempo que tenía mi hermano en el colegio, era chico, debió haber sido chico. Y lo iba a dejar el furgón. Entonces, mi mamá tenía que caminar como cuatro cuadras para llegar a la casa y que las hacía corriendo, porque si caminaba no alcanzaba a llegar a recibir a mi hermano del colegio. Y como era chiquitito no le podías pasar llaves tampoco, ni nada de eso.

Pero era sí, sobrepasada, porque tener que trabajar y tener tres hijos y una guagua y entre medio hacer las cosas que necesitaba mi papá en la cárcel.

Entonces, dice que cuando trabajaba, en su hora de colación iba a la cárcel, iba a dejarle cosas y ahí volvía a trabajar.

Entonces correr harto, el cansancio, pero que fueron tiempos de harto sacrificio de mi mamá, por cuidarnos a nosotros tres, por tenernos juntos también y no... y que estuviéramos bien, seguros».

La prisión de su padre también implicó silencios y desconfianzas, incluso en la relación con otros niños, como sucedió con la mayoría de las hijas e hijos de personas que sufrieron violaciones a los derechos humanos.

«No era un tema que yo contara. Yo, producto también de los cambios de casa, tuve, yo creo, una inestabilidad académica en la básica, pero yo no contaba que mi papá estaba... que era preso político, además que siempre ha existido eso, el que está en la cárcel es malo.

Entonces, yo sabía que mi papá no era malo, pero cómo le explicas tú también a tu par, que es detenido, que está detenido, que es preso político, noo... es difícil de explicar eso y que el otro lo entienda y que tampoco...

sentirme discriminada por tener a mi papá detenido, pero no lo contaba, algunos profesores me acuerdo que sí sabían.

Y después estaba en Séptimo y estudiaba en el Liceo Experimental Artístico. Y ahí como era un colegio más bien de izquierda, yo creo, no era la única. Entonces ahí después, con los días, me he ido acordando que también había gente que tenía o al tío o al abuelito, que también era, que pasaba por lo mismo.

Entonces, ahí como que recibía un poquito más de empatía. Pero no era un tema que se conversaba libremente, para nada, para nada, no».

Asimismo, una vez recuperada la democracia, y liberado su padre, el proceso de readaptación familiar tampoco fue fácil. Fue, a su entender, una etapa marcada por silencios.

«No, mi papá no, me acuerdo que tenía en la espalda una marca y era bien grande y una vez le pregunté que cómo se había hecho eso. Y él dijo: ‘Fue por la tortura’. ¿Y qué te hicieron? ‘No me gusta hablar de eso’.

Y jamás, jamás lo contó. De hecho, cuando fue al informe Rettig a dar su declaración, no quería ir, porque él decía que todo lo que había hecho, lo había hecho por una convicción y como que ya hacer esta declaración era... no por tener una medalla social.

Y al final lo convencieron y fue, entonces ahí contar igual difícil, porque si él no quería contar en su círculo íntimo... También comenzar a contar todo lo que sufriste. Todo lo que te hicieron, las atrocidades a las que fuiste sometido, no es fácil y la verdad es que tampoco... Sería muy doloroso saber».

Mariana considera que, en su caso, las experiencias vividas durante la dictadura cívico militar la hicieron asumir caminos de lucha, no exentos de temor para su propia familia, en especial su madre.

«Sí, fui dirigente...yo trabajo... soy funcionaria pública y trabajo en el Hospital Félix Bulnes y fui dirigente de la asociación de profesionales por siete años y entré a ser dirigente. (...)

Fue una linda experiencia, fue una linda experiencia, pero también... noo...cuando...ehh...salí electa, que tampoco me lo esperaba, también desencadenó en mí, como lo que yo estaba haciendo era lo mismo que había hecho mi papá años atrás con otro escenario.

Y me acuerdo que, cuando salí elegida, le conté a mi mamá y mi mamá tenía miedo, que me pasara algo, porque, claro, arrastraba...arrastraba que, en dictadura, menos en dictadura ser un dirigente sindical era imposible y el que lo era, era desaparecido. Entonces, tenía miedo de que me pasara algo.

Y, afortunadamente, no me pasó nada».

Las memorias de Tamara Vidaurrázaga Aránguiz

Tamara Vidaurrázaga Aránguiz³¹ (42), casada con quien es su compañero desde hace 20 años y tiene una hija de quince años. Profesionalmente, se dedica a la docencia e investigación universitaria, en temas de derechos humanos y memoria. Es hija de Ignacio Vidaurrázaga y María Soledad Aránguiz, ambos militaban en el MIR y caen detenidos en la Operación Alfa Carbón en el sur de Chile.

«Ahora estoy en un FONDECYT que lo que investiga, justamente, es qué pasó con los hijos e hijas de esas mujeres que fueron madres en estas militancias muy estrictas, muy rigurosas y muy exigentes, también, y entonces qué parte de esa militancia fue definir si tenían o no tenían hijos y, luego, si se quedaban a criar a esos hijos o seguían militando tiempo completo.

Y, entonces, lo que me interesa ahora es saber qué pasó con los hijos con las hijas en esos casos, lo que estoy estudiando son los hijos e hijas de estas organizaciones en la Nueva Izquierda Revolucionaria en Chile con el MIR,

31 Entrevista disponible tanto en el Archivo Audiovisual de la Fundación de Protección a la Infancia Dañada por los Estados de Emergencia (PIDEE), como en el catálogo del Museo de la Memoria y los Derechos Humanos de Santiago de Chile.

en Uruguay con el MLN Tupamaros y en Argentina con Montoneros y el PRT-ERP».

Justamente, ella ha logrado reconstruir en detalle lo sucedido con su familia, incluso antes de nacer, en especial la travesía humana y militante de sus padres.

«Bueno, mis papás se conocen en los 70' en la Unidad Popular, cuando se integran al Frente de Estudiantes Revolucionarios, que era el Frente Estudiantil Secundario del MIR.

Se conocen y empiezan a pololear, digamos, en unos trabajos voluntarios, eh... se emparejan, los une no solamente el amor y la atracción física, sino esta causa común de transformar el mundo y lograr una revolución que haga que el mundo sea más justo, para las grandes mayorías y la opción de ellos es a través de esta organización, que no sólo cree en la lucha política, sino también reivindica la lucha político militar y entonces el uso de la violencia política y la idea de una violencia necesaria para vencer la desigualdad.

Y entonces se emparejan y cuando viene el golpe eh... mi papá tiene que dejar su Liceo, el Liceo Aplicación, mi mamá es expulsada del Liceo 3, se va al Darío Salas.

Mi papá pasa ya, bueno, ambos se casan muy chicos, yo creo que recién saliendo del colegio, porque tienen que pasar a la clandestinidad, la orden del Partido es pasar a la clandestinidad y para la familia es más fácil hacerlo casándose, irse a vivir solos casándose y a mi madre y la detienen el 74' y la detienen y, entonces, bueno, es de la gente que cae a Villa Grimaldi, que después pasan Tres Álamos y Cuatro Álamos, Pirque y luego es expulsada. Le cambian en el fondo la cárcel por expulsión a Bélgica».

En Bélgica, sus padres siguen militando y deciden tener a Tamara, luego a su hermana menor. No obstante, la historia familiar se ve interrumpida por el hecho de que sus progenitores optan por enrolarse en la Operación Retorno del MIR, lo que suponía un paso por Cuba, para recibir formación guerrillera.

Esa opción, en definitiva, implicó dejar Bélgica y separarse de las hijas.

«Mi abuela paterna, con mi tía Verónica que era la tía chica, la Vivi, que vivía con ella. Y ellas nos van a buscar, nos hacen como un cumpleaños adelantado, yo eso lo sé por fotos pero también tengo un recuerdo de ese cumpleaños, yo iba a cumplir tres años, pero esto es en febrero, entonces yo todavía no alcanzo a cumplir, mi hermana iba a cumplir un año, y el recuerdo que tengo por supuesto muy infantil, porque me acuerdo de una carterita y que me gustaba un montón, que me regalaron, que eran como de puras mostacillas así cosidas, y eso es lo único que me acuerdo de esa despedida».

Durante el año siguiente, los padres de Tamara logran ingresar a Chile y establecerse clandestinamente en el sur de Chile. La abuela, quien cuida a las niñas en Santiago, extrema las medidas de seguridad, pese a su estatus social como jueza, lo que las nietas perciben.

«Mi abuela en general no nos dejaban salir de la casa, ni siquiera al patio de adelante, siempre tenía mucho miedo que nos pasara algo.

...Entonces nos llevó a este parque y yo en realidad nunca me imaginé lo que era, entonces nos llevaron a un rincón como oscuro del parque y dice: 'Abí están los payasitos' y estaba mi papá y mi mamá y fue así como un recuerdo muy lindo, muy feliz, de verlos, además a los dos juntos.

Y mi hermana, lo que me acuerdo, es que ella como que no entendía nada, no los reconocía, no sabía quiénes eran no... y abí lo que cuentan es que era yo la que le decía: 'Katia saluda, es tu mamá, Katia es tu papá tienes que saludarlos, son nuestros papás', pero ella como que no entendía mucho, como que no hacía caso y ese día me acuerdo muy bien.

Y después entonces, ellos deciden llevarnos a vivir a la clandestinidad con ellos, que es en Temuco».



Fotografía 17. Katia su hermana, Ignacio Vidaurrázaga su padre y Tamara. (Cárcel de Chacabuco)

De 1981 a 1982, Tamara y su hermana vuelven a vivir con sus padres, en el sur. Cambian tres veces de casa.

Luego, se instalan en una vivienda donde permanecen más tiempo y, de paso, Tamara comienza a entender, paulatinamente, la situación social, luego de encontrar un arma en la casa, donde vivían con una amiga del colegio de su madre, «la tía flaca».

«Y entonces, yo me acuerdo, un día temprano, los que además en esta casa no eran días como... yo no iba al colegio todavía, entonces no eran días que tenían una rutina tan clara, estábamos mucho con ellos y como ellos no eran gente que tenían un trabajo de oficina, para mí es como si fuera un domingo, pero en realidad capaz que era un lunes.

Y me acuerdo de ese día que mi mamá se está bañando con mi hermana y él me dice ya, me dice, mira, te voy a explicar lo que está pasando, porque teníamos esa arma.

Y entonces me cuenta que eh... que hubo un gobierno, que era un gobierno... no sé si me menciona a Allende, yo creo que sí, que era un gobierno muy bueno, que quería ayudar a toda la gente pobre, que llegó Pinochet, que es un dictador y que él derrumbó a ese gobierno y empezó a matar a toda la gente que estaba en contra de la dictadura, que una dictadura era cuando había uno gobernando que no... bueno, que no quería escuchar a nadie y mataba a todos los que se opusieran.

Que ellos estaban trabajando para que se acabara esta dictadura y que eso implicaba que a ellos los perseguían para matarlos.

Y que, entonces, si yo decía el nombre de ellos o yo contaba del arma o contaba de la pieza, porque ellos tenían una pieza, a la que no podíamos entrar, pero que mirábamos cuando abrían la puerta, donde reproducían material, yo creo que era material, no sé si era El Rebelde o algo de propaganda.

No sé, pero tenían como una gelatina azul, entonces pasaban las hojas por ahí y yo me acuerdo de mirar y que tenían colgado con perros, como se cuelga la ropa, muchos papeles siempre.

Bueno, y entonces me dice que yo no podía contar su nombre, ni que ellos peleaban contra la dictadura, ni hablar de esa pieza, ni del arma, porque a ellos los perseguían para matarlos y entonces no teníamos que hablar de eso con nadie, ¡ya! y bueno me cuenta esa historia ahí».

Pese a la clandestinidad, aquel es un período que Tamara recuerda como de mucha vida familiar, lo que se interrumpe con la decisión de que las niñas regresen a Santiago, lo que sucede dos años antes de la detención de sus padres.

«Entonces, claro, ahí se empezaron a dar cuenta que ya era muy insostenible seguir viviendo con nosotras (en clandestinidad), y que la repre también se veía más dura y entonces nos devuelven a la casa de mi abuela.

Y ahí lo que hacen, de eso si me acuerdo bien, de esa separación me acuerdo, y nos llevan a, es como que hacen un traspaso en un Seminario, que ahora sé, ahora de grande, queda ahí en Gran Avenida y entonces nos llevan, nos trae la Ida, según mi mamá ella también venía, eso no lo tengo claro, pero la Ida es la que nos deja en ese lugar, con nuestros bolsos, ella se va y nos dejan ahí con un seminarista».

En Santiago, y sobre todo después de la detención de sus padres, la abuela es muy estricta en la seguridad, lo que termina afectando las rutinas infantiles de Tamara y su hermana.

«Porque después, cuando volvemos donde mi abuela, eh, sobre todo después de que los detienen, pero incluso antes, mi abuela nunca nos dejó salir, era un pasaje su casa y nunca nos dejó salir, ni al pasaje y ni al patio adelante, no nos dejaba hablar con los niños, siempre decía ella que había como un auto de la CNI afuera, espionando, no sé si siempre era así o era su miedo, pero no podíamos salir».

El momento de la detención de sus padres es muy nítido, para Tamara, quien siempre tenía latente el temor a que fueran asesinados, según su relato.

«Entonces, cuando todos estaban jugando, yo estaba como cerca de los adultos. Y, de repente, los adultos se meten todos en la pieza de mi abuela, donde está la tele y cierran la puerta y entonces ya ahí encontré ya raro total y me acerco y ahí siento que suben el volumen muy fuerte y dicen: - María Soledad Aránguiz Ruz.

Y yo digo mi mamá la mataron, entonces abro la puerta y digo: - ¿qué le pasó a mi mamá? Y ahí yo debo haber tenido, esto es el 84', eh, siete tenía yo. Entonces me dicen: - ¡no, no, no, no es tu mamá, no pasó nada! Yo digo: - ¡sí, sí es mi mamá! - ¡no, no es tu mamá, es que tiene el mismo nombre. - No porque hay gente que puede coincidir que tenga el mismo nombre o el mismo apellido y yo les dije: - ¡Sí!, alguien puede tener el mismo nombre y un mismo apellido, ¡pero nadie puede tener -esa fue mi

defensa- los dos nombres y los dos apellidos iguales a los de mi mamá! ¿qué le pasó a mi mamá? Y ahí nos contaron que estaban presos».

El que los padres estuvieran presos era, en cierta forma, una noticia positiva, según contextualiza Tamara, para quien la muerte de sus padres era un tema muy presente, incluso en la relación con su hermana.

«Yo no me acuerdo el momento cuando nos cuentan, eh, me acuerdo cuando ya nos llevan a ver a mi mamá y a mi papá, y ahí mi sensación, que es lo que tú me preguntaste antes y yo no lo había pensado, no fue de algo terrible, porque yo siempre pensé que a ellos los iban a matar, de hecho, hablábamos de eso con mi hermana, no como oh! los van a matar tenemos miedo, sino como de cómo va ser cuando los maten, qué vamos a hacer nosotras, qué vamos a hacer cuando seamos huérfanas, pero además hay cosas de niña, entonces, yo por ejemplo, (ríe) lo que pensaba es que cuando avisaran que habían matado a alguno, yo tenía que ir a la mesa hacer una cosa así como una, como en las películas de cine, cuando me pusieran la comida - “no gracias, no tengo apetito” y bajar la cabeza así como de pena y yo como que ensayaba eso».

Con los padres encarcelados en Concepción, Tamara y su hermana deben viajar hasta el sur para poder verlos. Allá, descubren que ellos están separados y que tienen nuevas parejas.

«Y mi papá está en Concepción, la primera visita es ya en Concepción, en Chacabuco, le decían la cárcel vieja, una cárcel muy muy vieja. Creo que se derrumbaron paredes para el, para el terremoto del '85 incluso.

Y yo recuerdo la primera visita de mi papá, porque él una de las cosas que nos dice: - bueno, que ya caímos presos y no sé qué, pero como que nos informa que se separó con mi mamá, se separaron.

Eso sí que me dio pena, mucho más que la cárcel, ¡Ay! Nos dio un montón de pena que se hubieran separado, porque igual nuestra, nuestra idea

era, como nuestro plan, nuestras conversaciones con mi hermana, era que cuando todo terminara íbamos a vivir los cuatro juntos, en el fondo era que, bueno, ya no íbamos a vivir los cuatro juntos y eso que me acuerdo me dio una pena así terrible.

Y además me informa que ambos tienen pololos nuevos, eh, y yo me acuerdo que nosotros ni conocíamos a su polola, pero él le hacía unos regalos y nos decía: -Le pueden llevar esto a la Mey, por favor- y nosotras como que rompíamos el papel de regalo, así nos daba rabia, y me acuerdo también que había, como uno... estas como vallitas que hay al lado de los jardines, que eran como de metal, que hacíamos equilibrio y mi papá nos llevaba por ahí y lo que hizo él, es que habló un ratito con mi hermana y un rato conmigo sola.

Entonces yo esto de la separación no estoy segura si nos contó a las dos o solo a mi. Y él lo que me dijo a mi es, mira me dijo: -Si a ti te va a pasar después cuando tú seas más grande y pololees, yo era bien romántica, quería pololear con siete años, que te vas a enamorar de alguien y después se te va a quitar el amor, pero tú vas a seguir queriendo a esa persona, entonces yo voy a seguir queriendo siempre a tu mamá, siempre vamos a ser una familia y lo que pasa es que ya no estoy enamorado de ella, no estoy enamorado de ella como polola. Y a mí me pareció una explicación, pero tenía mis resquemores.

Y en la visita a mi mamá, de las primeras me acuerdo que, también ese fue el tema, el tema era que se habían separado, y entonces yo le digo claro, es que además tienes otro pololo, entonces igual es otra gente que se suma y como que igual nos quita espacio.

Entonces mi mamá nos dice 'mira, es que en realidad el corazón no es como tú te lo imaginas así en los dibujos, como tú haces un dibujo así y se divide entre ustedes y tu papá, el corazón es diferente'. Me dice es como una masita y tú cuando quieres a alguien, los pedazos de los otros siempre se mantienen igual, lo que pasa es que te suma un pedazo nuevo y entonces empieza a crecer».



Fotografía 18. Katia su hermana, María Soledad Aránguiz su madre y Tamara Vidaurrázaga (Cárcel de Coronel)

La nueva situación era silenciada por Tamara en su colegio, el Universitario Salvador, donde existía una mayoría de familias de derecha.

En tanto, las visitas a la cárcel, en especial donde estaba su padre, contaban con un estatus especial, gracias a las gestiones de su abuela jueza.

«Ese tiempo mientras estábamos en el colegio de monjas, además, no era un colegio donde podíamos contar que habíamos pasado el fin de semana visitando presos, entonces no hablábamos del tema en el colegio y las visitas eran muy distintas, porque la cárcel de mi papá era una oficina, eh que era muy... me acuerdo porque los muebles tenían como un cuero de plástico debe ser, pero era verde, era del color de Gendarmería, todos, todos los muebles eran verdes, eran muy feos.

Pero era igual bueno porque teníamos la oficina para nosotros, como él no tenía, no podía cocinar ahí en esa oficina, mi abuela llevaba comida, harta comida, porque la obsesión además de mi abuela era que mi papá siempre estaba muy flaco, era verdad porque hacía muchas huelgas de hambre y parte de lo que nos hacía hacer mi abuela, era ir donde mi papá y pedirle por favor que no hiciera más huelga de hambre por nosotras, y mi papá nos decía: - “todos los compañeros están haciendo huelga de hambre, yo no puedo no hacer huelga de hambre, tengo que estar con mis compañeros”.

Y si po, yo le encontraba toda la razón, pero igual le decía lo que decía mi abuela».

Durante las visitas donde su padre, Tamara siente que su padre las prepara para resistir torturas, mientras juegan, algo que incomoda a su hermana.

«Después nos hacía juegos que eran así como tortura, en realidad. Era como prepararnos para la tortura, pero no decía así, decía que íbamos a ir a una misión a la luna o algo muy importante y entonces teníamos que preparar, teníamos que demostrar que estábamos preparadas, teníamos que poner los brazos atrás, como que estábamos maniatadas y no podíamos movernos y él nos hacía cosas pesadas, nos molestaba, nos hacía cosquillas, nos langüeteaba la cara y la cuestión era aguantar, y yo aguantaba, porque yo igual lo que me imaginaba es que en el fondo me preparaba para la revolución, entonces como que tenía que estar preparada. Y me aguantaba y mi hermana no poh, mi hermana decía: “no, no quiero eso, no me gusta el juego, y yo encontraba que yo lo estaba haciendo bien».

Las visitas a la prisión de la madre, en Coronel, eran en un ambiente más distendido. En especial, porque se trataba de una actividad colectiva, donde las presas hacían actividades conjuntas.

«Después el domingo ahí sí que era una visita así fantástica, la cárcel de Coronel era muy entretenida, las presas tenían una pieza que era solo

para las presas políticas, dentro de las presas comunes, todas nos trataban bien, las presas comunes eran cercanas a ellas, yo me acuerdo de ellas y jugaban con nosotras.

Me acuerdo, además, cuando llegamos había muchas presas políticas que después se fueron yendo, me acuerdo que estaba la María Candelaria que era la hija de Sebastián Acevedo, presa y era muy chistosa, porque era muy buena para jugar físicamente con nosotras, de correr, de hacer rondas, era como esa gente que no hace esfuerzo para jugar con los niños, sino que lo está pasando bien, ella era muy divertida.

Y bueno ahí habían caído hartas compañeras que eran del mismo grupo de mi mamá, del sur, a varias le habían matado a sus maridos y varias tenían a sus hijos o en Santiago o en Cuba».

La historia familiar sufre un nuevo evento represivo en el contexto del atentado al general Augusto Pinochet en septiembre de 1986, lo que deja una honda impresión en Tamara.

«Y veo entrar a mi abuela, mi abuela siempre fue una mujer, era muy bajita, pero una mujer muy fuerte además y era así increíble, tenía como una cosa metálica del Poder Judicial y yo me acuerdo así que había no sé, pacos, y ella decía: - ¡a ver, Poder Judicial! Era súper patuda - ¡ay! disculpe magistrado, no sé qué y la dejaban pasar, yo no sé si porque era magistrado o porque era muy patuda ella. Pero hacía lo mismo con las barricadas, me acuerdo, así como de gente haciendo barricadas: - ¡A ver, Poder Judicial! y la gente: ¡Ay! Disculpe y la dejaban pasar.

Entonces yo encontraba que ella era invencible, hasta ese día, que ella entra por la puerta y yo me asomo, ella cruza la puerta y “ssssht” se desmaya, quedó botada en el suelo.

Y yo dije: ¡Ay! Pasó algo malo. Entonces trato de entrar y mi tía me ataja, la Vivi y yo le digo: - ¿qué pasó? Y me dice: - mataron al tío Waty, anda a

entretener a las niñas, para que no se den cuenta de lo que está pasando. Y yo dije chucha lo mataron, como lo que siempre pensé que le iba a pasar a mis papás, pero yo no había pensado que a él también.

Yo viví con él, además, vivimos cuando recién llegamos de Bélgica, nosotras vivimos con ellos, y yo me acuerdo harto de él, porque mi tío, había una casita atrás, como una pieza donde él pintaba, porque mi tío era pintor, no sólo era revolucionario».

En ese contexto, Tamara y su hermana se matriculan en el Colegio Latinoamericano de Integración, lo que les permite estar en un ambiente más protegido y, sobre todo, más abierto.

«Pero yo lo que siento cuando llego al Latino es como estar en un lugar con pura gente rara, como yo, por lo tanto, yo dejaba de ser rara, éramos todos así como con papás de izquierda, todo el mundo hablaba del tema y además era el 87, entonces ya empezaba esto de la idea del plebiscito, de que la dictadura se acababa, era un espacio muy politizado y todos los niños sabían de política, como yo, no era raro, los profesores sabían además, de mi situación, de que íbamos a la cárcel. (...)

Y claro en ese tiempo la mayoría de mis compañeros los papás habían venido del exilio o habían sido reprimidos, pero mucho tiempo antes, pero nosotras todavía éramos hijos de presos políticos, entonces era como importante, era importante y era muy respetado.

Pero, además, como que todo el colegio lo respetaba, entonces, por ejemplo, nuestros papás les mandaban cassette al curso y en la clase, en clase paraban la clase y ponían los cassettes de mi papá hablando a todo mi curso. Entonces raro, porque es como imagínate, yo tanto tiempo como ocultando todo, y mis papás eran como ¡ohhh! y todos admiraban a mi papá y a mi mamá.

Mis compañeras le escribían cartas a mi mamá y mi mamá les respondía a mis compañeras, se escribían cartas con los profesores de curso. Bueno,

a mí eso me gustaba, me encantaba así encontraba que era total, a mi hermana le cargó».

Con el advenimiento de la democracia y la liberación de sus padres, comienza una nueva etapa, en que Tamara siente que tiene una familia ampliada, la que casualmente vive cerca, en Ñuñoa. Un período que es también un desafío para sus padres.

«Y ahí empieza la cuestión de buscar la vida también de mis papás, porque ellos son alguien que nunca alcanzaron, mamá estaba en Primero de francés cuando la detuvieron, mi papá creo que hizo un curso de fotografía, pero nunca habían estudiado, no tenían... nunca habían trabajado formalmente, no tenían un currículum. Entonces empiezan como esto de buscar la vida, así había unas becas, las becas WUS³² que los metían como becados dentro de algunas cuestiones de trabajo para insertarlos, pero me acuerdo que no tenían trabajo, después buscando trabajo y los trabajos eran muy poca plata. Y lo que hicieron, fue buena idea creo ahora, es que nosotras arrendábamos en Juan Moya y la casa de la Pachi donde llegó mi papá era a media cuadra, así que era todo, así como cerquita».

En ese período, Tamara señala que hubo una distancia entre lo que ella esperaba que fuera la vida con sus padres y lo que finalmente pudo ser. Su hermana, además, empieza a somatizar los dolores y pierde su pelo.

Hoy, en la relación con su hija, Tamara dice que intenta evitar que asuma responsabilidades, antes de tiempo.

«Entonces también la maternidad es un momento que yo esperé mucho, al que le he puesto todas mis energías, yo creo que lejos es el proyecto más anhelado de mi día y en el que he puesto más empeño para hacerlo bien, seguramente he hecho, estoy segura de que he hecho un montón de cosas

32 *Becas World University Service para estudiar en el Reino Unido, financiado por el Arts and Humanities Research Council*

mal, pero de verdad a eso sí que le he puesto empeño, eh, pero también la maternidad implicó todo eso, mirarme a mí cuando chica eh, y darme cuenta de cosas que no estuvieron o cosas que eran muy pesadas para ser tan chica y eso también me produjo mucha pena en un momento, y ahora ya estoy, por eso puedo dar la entrevista, en un momento mucho más reconciliada también con eso, como asumir ese dolor que yo viví y al mismo tiempo rescatar cosas lindas de esta historia que tuvo un montón, también, eh sobre todo agradecer que están vivos y que finalmente no fui huérfana que es para lo que me preparé toda mi infancia.

Y entonces bueno, es como también uno puede criticar mucho a los papás y a las mamás, sobre todo a las mamás, pero lo que yo sí estoy clara ahora a mis 42, es que sean como sean y se hayan equivocado lo que se hayan equivocado, y no importa lo que hayan hecho, igual los prefiero vivos que como pensé que iba a ser, por último los tengo vivos para enojarme, como eso es más de lo que puede hacer harta gente.

Y bueno a mi hija yo le cuento hartas de estas historias y cuando se las estoy contando a ella y a mi marido el Lucho, yo los cuento como chiste, además, y ellos de repente me miran y me dicen: “tus historias siempre terminan muy mal, es muy triste”- No, les digo yo, si es chistoso.

-“No”, me dicen, “tú no más puedes encontrar chistoso, pero no es chistoso porque eras chiquitita” Y yo ahí es como que también y he hecho mi proceso de ver de lejos la historia, porque eso también me ha costado, así que yo creo que la maternidad ha sido un momento duro, porque significa verme y ver lo que me faltó, lo que me duele, verme a mí chiquitita y compararme con mi hija y verla a ella niñita y a mí adulta desde muy chica, pero también me permitió reconciliarme con esa historia y bueno, yo creo que para harta gente la maternidad y los hijos son también procesos de reparación de tu propia historia, porque uno trata de hacer bien lo que siente que no hicieron tan bien con uno».

Se acabó la visita

*Suena el timbre
¡Se acabó la visita!
(repite el carcelero)
veo abrazos y besos apasionados
caricias contenidas
miradas suspendidas
-Que estés bien, volveré. Ten paciencia.
-Sí, lo saludaré. No te preocupes.
- ¿Qué pasa que no llegó a verme?
-Es lo de siempre. Quédate tranquila,
Esto
ya se termina
Dos veces a la semana
casi siempre
las mismas palabras
marcan la retirada
miles de preguntas
se pierden en los labios
miles de respuestas
se postergan
para dar paso
a la interminable espera.*

*Angélica Rojas Toledo*³³, marzo de 1988,
Cárcel de Santo Domingo, Santiago

33 *Angélica Rojas es tía de uno de nuestros entrevistados, Alejandro Villablanca Rojas, su madre Vilma, luego del fallecimiento de su hermana decidió editar este libro, recopilando poemas y textos escritos durante su época de detención.*

Aprendizajes de la resistencia a las PSG

EL IMPACTO DE LA DETENCIÓN

Este ejercicio de memoria, para el que entrevistamos a 10 hijos e hijas de ex presos políticos en nuestro país, nos permite conocer a quienes fueron niños y niñas protagonistas silenciosos en medio de la dictadura cívico militar, que presenciaron o debieron enterarse de las detenciones de sus padres y/o madres y que son considerados en los análisis una «segunda generación».

Desde una perspectiva psicológica, podemos observar que vivieron un trauma masivo y severo en primera persona, esta separación abrupta del cuidado de sus progenitores, pensando específicamente en actores sociales que fueron presos políticos, que evolucionan de manera distinta a los casos de hijas e hijos de personas detenidas desaparecidas o ejecutadas, apreciando que algo muy terapéutico es que ellos puedan reconocerse como sujetos directamente afectados, elaborando sus propios relatos en torno a la experiencia vivida y a su particular evaluación de ella.

Según el psiquiatra José Luis Tejada, de CINTRAS³⁴, los cambios provocados por el trauma tienen relación con ser testigos o ser parte incluso, de quienes reciben esta represión en la familia a propósito del presidio de su padre, madre o de ambos. Ser separados de esas figuras primarias importantes, donde hay una reacción frente a eso, pero también frente a las acciones de sus padres, a la clandestinidad y al trabajo político.

Esta identidad de revolucionario, de clandestino, donde algunos desde muy temprano tienen que empezar, a veces entendiendo y a veces sin entender mucho, a ser parte de estas acciones de resistencia a la represión y al presidio.

Existen algunas distinciones entre los tipos de familias que pertenecen a esta resistencia, una de ellas es el caso en que ambos progenitores son actores sociales y están actuando políticamente, a diferencia de los casos en que sólo uno de ellos lo es, en su mayoría el padre y que, en general, los hijos o hijas se enteran del nivel de compromiso militante de su padre cuando ocurre la detención.

Sin embargo, existen varios casos en que es la madre quien decide tomar acciones políticas de lucha en contra de la dictadura y termina siendo apresada.

Este es un tema que tiene una tensión especial, sobre todo en la cultura chilena, cuando surge esta “madre revolucionaria”. Debemos tener en cuenta que entre la década del 60’ y 70’ empieza la revolución de género, donde la política era una actividad en la que podía participar la mujer. Sin embargo, en nuestra sociedad genera mucha resistencia al interior de los propios partidos y en los juicios que emite la sociedad en general.

Para la mujer actriz social era doblemente difícil, porque además tenían que resistir toda la presión machista de «una mujer participando en política y

³⁴ *CINTRAS es una ONG sin fines de lucro cuyo objetivo es otorgar atención médico-psicológica a personas que fueron víctimas de violaciones a los derechos humanos durante la dictadura cívico militar, en especial sobrevivientes de tortura, así como familiares de detenidos desaparecidos y de ejecutados políticos.*

dejando su rol tradicional, de cuidadora, no de cambiar el mundo, sino de cuidar la tradición y cuidar a los demás en el núcleo familiar», señala el psiquiatra José Luis Tejada.

Se viven impactos mayores por esos mismos aspectos culturales, por el machismo, ya que cuando la madre es la afectada, el impacto en los hijos e hijas suele ser mayor, sobre todo en edades tempranas, porque el papel materno no siempre es suplido por el padre. La familia chilena es capaz de adaptarse más a la ausencia de un padre que de una madre, eso pasa en general, pero bajo estas circunstancias se hace relevante.

Se construye esta figura de la mujer presa política activa, que ya no tiene solamente el papel tradicional de cuidado; es distinto si ambos participan políticamente, o si ambos son apresados o son torturados, que, si uno de ellos solamente los es, sobre todo si ese es el padre. Aquí la madre asume un rol más protagónico ante la detención de su compañero.

Cuando la madre se queda al cuidado de los niños y las niñas y debe asumir actividades relacionadas con la lucha por los derechos humanos de su esposo o compañero, debe pedir ayuda y es ahí donde surgen otros personajes femeninos, como las abuelas o tías, quienes suplen a las madres mientras éstas transitan entre organizaciones que intentan velar por la integridad de los que son apresados.

«Nosotros al final estábamos con mi abuelita y mi tata que en ese tiempo todavía estaba vivo y mi tía Rita que ella fue el mayor soporte de la familia, al final ella tomó como el papel de mamá y papá porque mi mamá a veces llegaba súper tarde».

Lorena Hermosilla

Otro es el destino cuando la madre militante cae apresada y los niños y niñas quedan a cargo de familiares, la elaboración de esas ausencias requiere una mayor capacidad de adaptación para ellos y ellas.

“También ahí es importante la edad en que les toca vivir esta experiencia, alguien que nace durante la dictadura o que es muy pequeño, a quienes son más grandes que ya pueden entender y elaborar de alguna manera lo que está sucediendo con sus progenitores”, agrega Tejada.

En su mayoría las/los entrevistados tenían entre cinco y ocho años al momento de la detención de sus procreadores, excepto uno de ellos que nace cuando su padre está encarcelado.

«Yo nací cuando mi papá ya estaba en la cárcel y, por lo tanto, si me preguntan las primeras historias que se me vienen a la cabeza es como cuenta mi mamá, lo que significó llevarme a la cárcel y presentarme y cómo nos recibieron con aplausos y cómo fue un momento como súper emotivo para toda la gente en la cárcel».

Eduardo Martínez

Generalmente, tenemos recuerdos a partir de los cuatro años, entre los cuatro y los seis años podemos afirmar que los recuerdos son propios, antes de eso son contruidos con los relatos de la familia y surgen diferentes recuerdos en el caso de quienes tuvieron a sus progenitores mucho tiempo presos, porque también la cárcel pasa a ser parte de la cotidianidad, las visitas son una experiencia que tienen su mérito propio, impactan de manera particular a la infancia, que crecen con esta imagen de ese lugar y de su padre o madre estando presos, como nos cuenta Mariana Dastres:

«Yo tenía cinco años, entonces no tienes mucha conciencia de lo que haces, de por qué vas a ver a tu papá a algún lugar, pero recuerdo sí que me revisaban al entrar me hacían sacar los zapatos en la cárcel pública, me hacían sacar los zapatos y como que tiraban la planta del zapato para saber si uno llevaba como cosas entre el zapato y la suela. Yo era chiquitita, chiquitita, tenía cinco años y visité la cárcel hasta los trece».

También Ivonne Zúñiga relata:

«Ir a ver a mi papá era una alegría, era una alegría sólo el hecho de llegar y de recordar, ver esos pasillos negros, fríos, las revisiones antes de ingresar, son parte del episodio que trae dolor, a pesar de que sólo fueron dos años, fueron dos años 3 veces a la semana siempre, nunca dejamos de ir a verlo a pesar de la corta edad».

También algo que sucede cuando desde niño se comparte una identidad revolucionaria abierta y se intenta cambiar esas mentalidades de sus hijos e hijas respecto de quienes eran sus padres, a una mentalidad revolucionaria de una persona nueva. Ahí se instala la impronta de ser «Hijas/os de...».

«Me acuerdo cuando ya nos llevan a ver a mi mamá y a mi papá, y ahí mi sensación, que es lo que tú me preguntaste antes y yo no lo había pensado, no fue de algo terrible, porque yo siempre pensé que a ellos los iban a matar».

Tamara Vidaurrázaga

Distinto es el caso en quienes tenían una noción de «ser de izquierda» en la familia, que existía alguna militancia, pero que no tenían una idea clara de lo que estaba sucediendo, del nivel de compromiso político que había asumido el padre, entonces el impacto de saber que está preso es algo inesperado.

«Yo siempre he sabido que mi papá era más de izquierda, pero él nunca contaba nada, lo único que sabía era que él salía todas las noches y después llegaba, pero él todo secreto, hasta que llegó el momento de todo lo que sucedió con él, el momento de cuando cayó detenido, cuando fue el enfrentamiento primero, ahí como que supimos la verdad».

Lorena Hermosilla

En relación a esto, José Luis Tejada sostiene que estas resignificaciones tienen «que ver con estilos de familias, una estudiosa de la transgeneracionalidad que habla de las adaptaciones de las familias frente al trauma, y habla de estas familias luchadoras, uno puede leer en estas familias que están siempre valorando la resistencia y son muy activas, sin embargo hay familias que no involucran a los hijos, familias con padres que son muy fuertes y que son

figuras activas que arrastran a toda la familia, que no es una actividad como la laboral, sino que se les va la vida, y hay cosas similares que ocurren en estos hijos es que generalmente ellos desplazan esas debilidades que no están muy permitidas, tienen que demostrarse fuertes, porque “estamos haciendo algo también por ustedes” y tienen dificultades para manejar esas fragilidades después cuando adultos, personas adultas que fueron niños en esos contextos».

Ante la ausencia de esa cotidianidad cuando el padre y/o la madre regresan a casa, se genera un nuevo proceso de adaptación, porque tanto quien vuelve, como quienes lo esperan han cambiado. Algunos vuelven teniendo que seguir en clandestinidad, entonces en realidad no vuelven completamente o a veces los arrastran a esa clandestinidad o al exilio.

“A mí me parece que ahí se dan subjetividades distintas”, dice Tejada, ya que el proceso de readaptarse a esta vida en familia es tan diverso, como tipos de familias existen. En algunos casos, ese proceso se hace complejo debido al tiempo y a los cambios en las actividades diarias de quien estuvo preso y de la familia que se adapta a rutinas en la ausencia, llega un padre que busca volver a “ocupar su lugar en la casa” y no encuentra claramente cuál es, los hijos por su parte buscan adaptarse a esas dinámicas nuevas que implican el regreso, períodos que no hacen fácil esa convivencia.

«Fue complicado, porque ahora teníamos dos autoridades en la casa, yo tenía 13 años y de repente tener el papá en la casa, como somos una sociedad patriarcal, también ahora era decir bueno ahora manda el papá, pero mi mamá ya estaba acostumbrada, ya había luchado 7 años con sus hijos (...) aprendió a ser fuerte, sumisa no. Y salió con varias mañas de los 7 años que estuvo detenido, dentro de esas era que antes de las 10 de la mañana nos teníamos que levantar pa' poder ducharnos con agua caliente (...) Pero nos tuvimos que acostumbrar. Yo creo que no fue fácil volver a acostumbrarnos a este ritmo, ya con el tiempo, era... teníamos una dinámica familiar, éramos 5, después ya estábamos totalmente acostumbrados».

Mariana Dastres

¿Qué pasa cuando vuelven? regresa alguien distinto y sucede que cuando esa persona estuvo mucho tiempo fuera, llega a un sistema familiar adaptado a esa ausencia. La dinámica familiar ya está establecida, de alguna manera se detuvo el tiempo en este padre cuando cayó detenido y cuando sale, quiere volver a relacionarse con su familia como antes de la detención, su hijo o hija que ha crecido, que tuvo que acostumbrarse a esta separación, adaptarse al dolor de su madre, a cambios de colegio, a que hay menos plata, a vivir con otras personas, y donde este papá no se desenvuelve en lo cotidiano, es un papá que visita pero que no conoce bien, no es posible conocerlo en todas sus facetas y se debe tener en cuenta que está emocionalmente afectado y que le cuesta ejercer su paternidad de forma más saludable, dándose cuenta de las situaciones que pasa la familia.

Existen casos en que las expectativas no llegan a cumplirse, pues la vida en pareja de los progenitores no continúa, entonces después del presidio viene el proceso de adaptarse a un nuevo tipo de familia con separación, nuevas relaciones de pareja, con todo lo que eso implica para estos niños y niñas que deben asumir un nuevo contexto de vida.

«Y bueno y ahí empezó la vida con ellos, que obviamente no tenía nada que ver con las expectativas que teníamos, de partida cada uno salió emparejado y eso era muy prioritario en sus vidas, entonces lo que cambió mucho, es que yo tuve mucha libertad, salía mucho yo, ya a los trece años me sentía gigante de grande».

Tamara Vidaurrázaga

Son niños y niñas que están lanzados a la adultez donde no pueden expresar su fragilidad como cualquier niño, frente a esos padres que están bajo amenaza de muerte. Algunos de ellos plantean evidentemente esa sensación de haber perdido la niñez.

«Obviamente no vivir como una niña, porque yo prácticamente a los niños que conocí en dictadura en trabajo político eran niños que eran tremendamente desarrollados, así como prácticamente adultos, entonces no nos veían nunca como unos niños».

Lorena Oñate

LA NECESIDAD DE ASUMIR EL ROL QUE FALTA

“Los niños y niñas se transforman en contenedores de esos padres que emocionalmente no les dan contención a ellos, entonces puede haber trayectorias distintas dependiendo del estilo de cada familia, del impacto que tiene en los padres lo traumático, porque además es una adaptación comprensible en un momento de amenaza familiar tan intensa, no es posible ser niño, tienes que ser fuerte, no tienes que estar llorando, por tus propios papás, porque además tu debilidad amenaza a la familia”, explica José Luis Tejada

Aparecen estas clandestinidades en los niños y niñas donde se les lleva a tener que cambiar sus identidades, a quedarse callados, muchos no podían contar en el colegio lo que sucedía en sus casas. Finalmente, tienen la sensación de cargar con la seguridad de sus progenitores: “Si tú dices algo, si haces algo mal, tus papás se pueden morir” es muy fuerte, no es algo de la niñez. Es una adaptación frente a una amenaza familiar evidente, no es un invento de los padres, tiene que ver con lo que estaban viviendo.

«En realidad la conversación con el tío (taxista ex boina negra, medio hermano de su madre), fue solamente saber si mis papás estaban en un partido político, qué hacían mis papás, qué gente iba a la casa, bueno, y uno ya criándose en este ambiente, cierto, de que había mucha inseguridad que tú no podías confiar en nadie, yo le decía a mi tío que mi papá trabajaba en la construcción, mi mamá trabaja en la fábrica de blue jeans, entonces, mi hermano y este amiguito no se dieron cuenta de nada, del interrogatorio entre comillas que me estaban haciendo (...) era difícil hablar sabiendo la situación que uno ya venía viviendo como familia producto de que tu papá era dirigente sindical, era difícil hablar».

Claudia Troncoso

Ese papel de cuidado y contención emocional también es clave para el desarrollo de las habilidades emocionales de estos niños y niñas, están traumatizados, nacen o son muy pequeños en dictadura y tienen que vivir esta situación en su familia y el entorno, las redes familiares están afectadas, generalmente comparten los

riesgos, las amenazas y no es raro ver en una familia al menos un par de personas detenidas, presos políticos, algún fallecido o desaparecido o amigos y cercanos.

Si bien el trauma fue masivo, gran parte de la sociedad fue afectada, existen grupos específicos, los más comprometidos políticamente, que por lo general eran bastante jóvenes también.

«Parte de mi familia, unos tíos tomaron ese camino, otros siguieron por la senda del partido, y mi madre en esas celdas, cae detenida, cae con otra tía más que es Angélica Rojas, que también, ella estuvo cinco años detenida, fue una militante activa también».

Alejandro Villablanca

EL IMPACTO DE LOS ALLANAMIENTOS

Vemos que los allanamientos son en general, cuando hay memoria, momentos llenos de mucha sensación de amenaza vital, se quedan con la fantasía de las culpas o de que podrían haber hecho algo para evitar la detención de su padre o madre, se quedan con la necesidad de protegerlos.

«Que era la sensación de saber que tú papá estaba bien, eso como niño, es sentir eso, porque posteriormente, yo sentía que si mi papá estaba conmigo a él no le iba a pasar nada».

Claudia Troncoso

Los allanamientos no eran pacíficos, militares y/o agentes de la CNI golpeaban, amenazaban, podían hacer cosas atroces usando la fuerza, incluso algunas veces el propio hogar se transformaba en lugar de tortura de estas personas y sus familias.

«Entonces frente a estos niños y niñas, vemos un acto de tortura dentro de las casas allanadas, son experiencias muy difíciles», relata el psiquiatra José Luis Tejada.

También los niños y niñas que eran como “militantes” asumen actitudes de protección en los allanamientos, contestan ciertas cosas y actúan de manera más adulta. Estos registros dentro del hogar tienen un impacto en la memoria y no son vividos como una experiencia personal, no fácilmente aparece la posibilidad de asociarlo a miedos en la adultez, muchas veces quienes eran muy pequeños, llegan con efectos psicoemocionales que no comprenden muy bien y cuando hablan, logran hacer asociaciones a estas experiencias, son recuerdos que a veces están bloqueados, se pierde la sensación de tener un lugar seguro ante la amenaza en los allanamientos.

UN PROCESO DE DUELO SILENCIOSO

En psicología el duelo tiene que ver con la pérdida más que con la muerte, las pérdidas pueden ser muy diversas y cuando alguien se da cuenta que, perdió no solamente a una figura importante, sino que una posibilidad de una niñez sana, muchas veces se inicia un proceso de duelo, los psicólogos hablan de un proceso donde algo va ocurriendo, donde tienen que adaptarse a una realidad de lo que te va aconteciendo, algo que no permite desarrollar esa «niñez normal» donde están papá y mamá al cuidado y entregando cariño y seguridad.

Entonces, es correcto hablar de duelo en esos casos, es difícil identificar un duelo en particular, ponerles valor, son diversos momentos en los que se producen sensaciones de pérdidas.

Tampoco hay espacios para hablar de lo sucedido, el espacio de la tortura o lo vivido durante sus detenciones es algo de lo que no se habla.

«Creo que a él lo soltaron como a fines de noviembre (...) Él nunca habla mucho de eso, ni de lo que sucedió. Habla de eso siempre como... él tiene un carácter bien especial, entonces él es como bien chistoso, tira como todo para la talla, entonces las partes que cuenta son como las anécdotas chistosas, de esa situación».

Carolina Tapia

Es lo que en la teoría se ha desarrollado como la “conspiración del silencio”³⁵, que se refiere a este silencio que ocurre en las familias, es uno de los motores por el cual el trauma se transfiere a otras generaciones, se mantiene y es fácil de entender, el silencio es también una forma de protección, una persona que tiene un trauma muy intenso no quiere pensar en eso.

Para hablar, primero es necesario pensar, por lo tanto, las personas callan porque no pueden ponerle palabras a lo vivido, porque cuando piensan en esto se angustian, entonces también es una forma de defenderse y porque asumen que hay pocas personas dispuestas a escuchar las cosas que pasaron y se instala la sensación de que los demás no serán capaces de entender.

Eso lleva a que las personas se callen, otra de las fuentes es que quien ha sido víctima de torturas no quiere dañar a quienes lo rodean, como describe Tejada: “piensa que si habla y si cuenta esas cosas el otro va a sufrir, entonces esas son algunas de las razones del por qué las personas traumatizadas mantienen el silencio a veces por mucho tiempo”.

Por otro lado, sus seres queridos no se animan a hacer preguntas, tienen sospechas, intuyen y muchos tienen fantasías que pueden ser atroces también: - «yo supe que de esta forma torturaban, entonces me pregunto si también a ti te hicieron eso», cuando no logran ponerle nombre a lo que pasó, no preguntan en el afán de no provocar más sufrimiento, para evitar volver a dañar. Esto es lo que Yael Danieli denomina “conspiraciones del silencio”³⁶. Lo establecen sin decirlo en forma tácita, no necesitan ponerse de acuerdo. Sin embargo, realizan un pacto no declarado en el que es mejor no hablar. A pesar de ello, estas situaciones emergen, aunque nunca se habla normalmente de ellas, surgen de manera abrupta y muy intensa emocionalmente, con mucha carga emocional, lo que también suele ser bastante nocivo.

35 Yael Danieli, una de las principales investigadoras de la transgeneracionalidad del daño. Ver: *International Handbook of Multigenerational Legacies of Trauma*.

36 Op. Cit pág 4

Distinto es el silenciamiento, que es un silencio opresivo y activo, que busca no hablar para tergiversar la realidad o negar los hechos, propiciarlo porque deja mal parado, por miedo a la condena y a la exposición a un juicio público, en el caso de los perpetradores.

En cambio, en el caso de quienes fueron víctimas, se da el silencio cuya fuente es la búsqueda de protección, intentar protegerse ante la angustia de lo vivido y la necesidad de resguardar a los seres queridos para no dañarlos-. Ahí se produce algo nocivo, porque evita elaborar lo traumático dentro de la familia y ese es un trabajo que va a tener ese adulto después, ese niño o niña que ahora es adulto, va a tener que elaborar algo que no conoce bien.

«Él jamás se trató después de haber salido de la cárcel, él trató de enfrentar las cosas por sí solo, muchos años después alrededor del año 2000, se le declara una depresión mayor, la cual es tratada con un psiquiatra, y parte de la terapia es que a nosotros nos vaya contando cosas, cosas que a él le duelen, cosas que a él le molestan y a raíz de eso fue contando un poco más, pero a él no le gusta mucho. Es tanto así, que él sale en la comisión Valech y a cada persona que sale en esa comisión se les regalaba una edición, mi papá la regaló y nos pidió que nosotros no leyéramos los testimonios, porque para él es doloroso, sale él, mis dos tíos y mi abuelo».

Ivonne Zúñiga

Algunos logran hablar en tono de anécdota, haciendo ciertas alusiones a través de bromas, el humor puede ser una forma evolucionada de abordar, de manejar cosas que son difíciles de hablar, cuando hay algún nivel de elaboración, cuando ya se ha llegado a cierto nivel de relato, es distinto si no existe ese desarrollo, puede ser una manera con la que las personas manejan el trauma, una vez que han logrado cierta capacidad de asumir y procesar lo sucedido, si además, los demás conocen de lo que se habla, puede llegar a ser una manera de abordarlo de una forma distinta, pero uno no empieza a hablar así, porque si no nadie entiende, está contextualizado.

«También echarle este tipo de tallas de cuando se pone muy radical como, ya va a tomar las armas de nuevo, incluso el humor más negro de, qué sé yo, al hermano se le cae el pelo y a él no, y es como si poh, si tú no recibiste sol 8 años, entonces así cualquiera».

Eduardo Martínez

Pensando en esta llamada “segunda generación”, en estos niños y niñas que hoy son personas adultas y que no siempre supieron bien cómo era la vida de sus progenitores, cuando llegan a terapia ya han empezado un trabajo de descubrir quiénes eran esos hombres y mujeres, qué vidas tenían, saben que tienen un vacío respecto a cómo eran fuera de la relación familiar íntima, y muy comúnmente buscan a compañeros, hoy por la redes sociales los encuentran y empiezan a conocer cuál era el rol que tenían y cómo era su forma de ser, a conocer ese espacio compartimentado, de lo oculto, que finalmente tenía que ver con seguridad. Esos adultos, que fueron niños, tienen que reconstruir estas historias y volver a hablar con estos padres cuando están vivos, saber quiénes eran, para poder entender.

Hay estilos en las familias, algunas donde se comparte la vida política y otras, donde de esas cosas no se habla, de cómo se organiza o de qué hacen fuera de la casa, no es único de quienes están resistiendo, sino también de las paternidades y/o maternidades, algunos no comparten, los hijos no los conocen fuera del ámbito familiar y la mayor parte de la vida de los progenitores ocurre fuera de la casa, es más compartimentado cuando el conocer supone un riesgo.

Muchas personas hoy continúan ocultando lo que les pasó, desde la angustia y la vergüenza que les produce, porque es algo muy importante ya que expone y revela a este ser humano que necesita elaborar su dolor.

EL DIÁLOGO Y LA MEMORIA ENTRE GENERACIONES

Hoy existe una generación posterior de nietos, que preguntan e indagan sobre las historias familiares, no es posible tener una forma única de poder transmitir

quiénes somos y todo lo vivido, lo que sí se puede decir es que la maternidad y la paternidad suelen abrir un momento que lleva a las personas a buscar ayuda o donde emerge la angustia, se plantea un desafío, se empiezan a preocupar más de su bienestar psicológico, ahora eres padre o madre y tienes que estar suficientemente bien para cumplir ese rol, desde las propias necesidades que nunca se han elaborado antes y que tiene sentido poner en orden.

Algunas veces, cuando los hijos alcanzan la edad en que los padres tuvieron las experiencias traumáticas, emergen angustias y van a consultar a un especialista. Dependiendo de la edad y de aquellas conversaciones que van teniendo los adultos a su alrededor, surge en los hijos e hijas la curiosidad por saber de la historia de sus padres/madres y abuelos.

«Quizás a diferencia de cómo me lo narró mi mamá a mí, es que no...ellos no manejan los, como los detalles escabrosos...pero saben, sí por supuesto, o sea ya a grandes líneas saben que la abuela estuvo presa, que el abuelo también estuvo preso, que la abuela estuvo presa estando embarazada y que claramente eso está muy mal (sonríe) y que está mal que cualquier persona esté presa en esas circunstancias».

Isabel Plaza

«La integración del trauma en el período de vida actual, de manera que se transforme en una parte significativa de la identidad, jerarquía de valores y orientación de vida de los descendientes de los sobrevivientes» «son potencialmente liberadoras y permiten la elaboración que inhibirá la transmisión del daño a las generaciones sucesivas»³⁷.

El proceso de la paternidad/maternidad lleva a las personas a una pregunta sobre “cómo lo estoy haciendo como padre y como madre”, en estos contextos se hace relevante poder elaborar y tener una narrativa propia para que sea compartida con los hijos e hijas, poder integrar esas vivencias en la familia

37 Op. Cit extraída de la presentación del Médico psiquiatra José Luis Tejeda en Seminario “La Revolución como Herencia: Voces intergeneracionales”

para transmitir las, lo saludable será poder buscar aquellas cosas que permiten ser más auténtico, poner las emociones en lo que se dice y hablar desde quién es cada uno.

EL PAPEL DE FUNDACIÓN PIDEE

En el año 1985 la Fundación decide crear la «Casa Hogar», ante la necesidad de proteger a niños y niñas en situaciones como la persecución y/o detención de sus padres, ya que existían quienes no tenían familiares que los pudieran atender, también por temor a un secuestro u otros riesgos para los niños, niñas y adolescentes de la época, mientras sus padres permanecían presos o en tránsito al exilio.

La Fundación PIDEE se hacía cargo mientras se resolvía la situación de sus padres, contaba en esa época con un equipo de profesionales que se encargaban de la salud física, mental, del aprendizaje y del cuidado de cada niño y niña que lo requería.

Alfonso Hinojosa nos relata: «Yo llegué porque había trabajado antes en un Jardín Infantil, vieron que tenía habilidades con los niños, me hicieron una entrevista con mi esposa e hija, para ver si estábamos aptos para hacernos cargo y mantener a los niños en un espacio lo más parecido a una familia, a veces había problemas, pero eran menores, trabajábamos con un equipo grande, algunas en la cocina, el aseo, había pediatras, psicólogos y pedagogos.

Había gente que fue detenida, entonces decidieron que yo tenía que llevar a los niños a la cárcel para que vieran a sus padres y a sus madres, entonces partía con un lote de chiquillos en la micro, llegábamos a la cárcel y yo estaba con ellos ahí durante la hora de visita, los niños estaban con sus padres, así que yo no interactuaba mucho ahí, estaba un poco al margen y aprovechaba de conversar con otra gente, hasta que terminaba la hora y yo volvía al hogar con los niños, también hacía lo mismo en la cárcel de mujeres. Yo los dejaba con su mamá, no me inmiscuía mucho en su relación.

El desapego no era muy jodido, en la salida, los niños entendían que sus padres tenían que estar ahí.

Nos encariñábamos mucho y cuando se iban era un poco doloroso, eran desapegos, eran casi como hijos de uno. Durante el día estaban las tías, el psicólogo, la pediatra. Estuvimos hasta el año 87-88' y ahí vino otra familia a hacerse cargo, Noemí con su esposo y ellos terminan hasta el 89'-90 cuando llega la democracia”.

La Fundación los alberga y les entrega atención buscando que permanezcan en un ambiente seguro, algunas veces llegan a tener alrededor de quince niños y niñas desde los dos meses hasta los quince años. Habitualmente estaban un tiempo, un par de días, una semana otros un mes, los que más duraron estuvieron aproximadamente dos años, porque los padres estaban presos.

La institución estaba protegida por organismos de Derechos Humanos Internacionales, por lo que no tenían problemas de acoso, había organizaciones suecas que apoyaban con recursos y velaban por la protección de los niños y niñas.

“Para mí, fue una de las grandes experiencias que he tenido, el haber contribuido con un poquito de amor y amistad hacia los niños y los padres estaban muy agradecidos de eso, me saludan por ahí, han venido algunos para acá, son adultos todos, me sorprende que están todos grandes” relata Alfonso.

Por su parte, Noemí Baeza y su esposo Enrique Espinoza nos describen su experiencia en la segunda etapa de la «Casa Hogar», donde asumieron el papel de encargados.

Ellos acudían regularmente a las cárceles donde estaban sus padres o madres, Noemí comenta que era impactante ver como los niños y niñas se dejaban allanar al ingreso de los penales: «Abrían los bracitos para que los allanaran», dice.

También nos cuenta que en una oportunidad fue posible tener un día de fiesta en la Cárcel Pública para compartir entre padres, hijos e hijas.

TESTIMONIO

MÍ NOMBRE ES HERNANDO DIASTRES, LLEVO ALGO MÁS DE 6 AÑOS RECLUIDO Y SE ME HA PEDIDO UN TESTIMONIO DE LA VISITA DE LOS P.P. CON SUS HIJOS Y CREO QUE EL 25 DE SEPT. DEL 89 SERÁ UNA FECHA INOLVIDABLE PARA MUCHOS P.P. COMO TAMBIÉN PARA MUCHOS HIJOS, PORQUE EL ESTAR ENCARCELADO ES UN IMPACTO MUY FUERTE QUE RESIENTE A TODA LA FAMILIA. UNO DE CUALQUIER FORMA QUIERE MARCAR SU PRESENCIA EN EL HOGAR Y ESTAR EN CADA OPORTUNIDAD MUY CERCA DE TODA LA FAMILIA, GENERALMENTE EN LAS VISITAS REGULARES CADA P.P. NO LE DEDICA TODO EL TIEMPO QUE CADA HIJO REQUIERA, ESTO SE PRODUCE EN FORMA INVOLUNTARIA LA MAYORÍA DE LAS VECES, PORQUE AL INICIO DE LA CONVERSIÓN NO FALTA LA PERSONA O FAMILIAR QUE HAY QUE SALUDAR Y SE INTERROMPE TODO DIÁLOGO. ESTA VISITA PADRE-HIJO ERA UN ANTIGUO ANHELO DE LOS P.P. PADRES. ESE LUNES 25 FUE DIFERENTE, GENERALMENTE LOS DIAS DE CÁRCEL SON FRÍOS, PERO ESE DIA FUE MULTICOLOR, HABÍA ESPERACIÓN Y NERVIOSISMO PARA ESPERAR 'LA VISITA', EN CÁRCEL PÚBLICA SOMOS APROXIMADAMENTE 200 P.P., LA MAYORÍA DE LOS PADRES FUIMOS VISITADOS, CREEMOS QUE ES IMPORTANTE DESTACAR LA PRESENCIA DE LAS TIAS DEL PIDEE, PORQUE ESTANDO ELLAS A LA ENTRADA A NUESTROS HIJOS SE LES AMINDRA EL TEMOR DE INGRESAR, TEMOR QUE SE PRODUCE POR EL PERSONAL UNIFORMADO Y POR EL ALLANAMIENTO, ES IMPORTANTE RESALTAR LO NECESARIO DE ESTE TIPO DE VISITAS PORQUE MUCHOS HIJOS NO HAN VIVIDO LA EXPERIENCIA DE SENTIR AL PAPA EN CASA CON ELLOS, CREEMOS QUE ESTE IMPACTO CON UNA MAYOR PRESENCIA Y RELACION SE ATENUA. LA VISITA EN SÍ, MAYORMENTE SE TRADUJO A MUCHO JUEGO CON SUS PAPA, QUE ES UNA FORMA DIRECTA DE RELACIONARSE Y COMPARTIR, CREEMOS QUE LAS ONCES PREPARADAS PASARON A 2º PLANO, TALVEZ FALTARON ALGUNOS JUGUETES, PERO LA EXPERIENCIA FUE BONITA, LA ALEGRIA DEL ENCUENTRO SE REFLEJO EN LOS ROSTROS DE TODOS LOS HIJOS Y TAMBIEN DE LOS PADRES, QUE DESDE AL MOMENTO DE ALEGRIA ... HACE AUMENTAR LA NOSTALGIA DEL HOGAR.

2-10-89

H. D. G.

«Ese día fue especial, cuando llegamos había globos, había música infantil y había muchos niños, estaban haciendo juegos, repartían dulces, era una fiesta infantil, comunitaria, como las que veíamos en las poblaciones, con dulces, con juegos, con cantos.

Y se acercaron y me dijeron -ya poh tía- compañera, usted también venga a jugar. Nos invitaron a varios, soy profesora básica y siempre he estado con niñas y niños, seguí mi impulso y jugué con ellos, cantamos, estuve bastante rato, ellos después iban a almorzar, también tenían once y se veía venir una larga fiesta. Yo sentí una emoción de poder sentir que en ese instante en esos momentos había un espacio pequeño de libertad, de libertad en los corazones, por estar con los niños y las niñas. Y había risas, había alegría».

Entre otras labores de asistencia física y psicológica PIDEE entregó este espacio de acogida por varios años a quienes se encontraban en situaciones especiales, que necesitaban de una mayor protección y cuidados, el alcance de la Fundación permitía hacerse cargo y así mitigar de alguna manera el dolor que estas familias atravesaban.

Una de nuestras entrevistadas, Lorena Oñate, lo resume como un lugar donde no era necesario esconderse. Un espacio de identidad.

«El PIDEE para mí fue como el espacio de seguridad, donde se me prestaban las atenciones médicas, donde me podía conectar con otros niños que eran parecidos a mí, con los que no me tenía que esconder de nada y donde jugábamos libremente y no teníamos que estar siendo mirados como bichos raros, donde teníamos espacio para hacer música, para bailar, también compartíamos con los niños que estaban en la casa hogar, donde me gustaba, me encantaban las guaguas, ir a ver a las guaguas y atenderlas y ayudar. Por favor, que una tía me diera un espacio para poder entrar a verlas...».

Bibliografía

Álvarez, Rolando; 2008. *Su revolución contra nuestra revolución*, Santiago de Chile, LOM.

Capponi M., Ricardo. *El único olvido sano es el recuerdo permanente*. [artículo] M. Sagredo Vida Médica. Archivo de Referencias Críticas. Disponible en Biblioteca Nacional Digital de Chile <http://www.bibliotecanacionaldigital.gob.cl/bnd/628/w3-article-211536.html> .

Capponi M.,Ricardo. *Chile, un duelo pendiente*

Chalk, Frank y Jomassohn, Kurt; 1990. *The History and Sociology of Genocide: Analyses and Case Studies*; New Haven; Yale University Press.

Charny, Israel; 2000. *Encyclopedia of genocide*; California; ABC-CLIO.

Dadrian, Vahankn; 2003. *The History of the Armenian Genocide: Ethnic Conflict from the Balkans to Anatolia to the Caucasus*; New York; Berghahn Books.

Danieli, Yael; 1998. *International Handbook of Multigenerational Legacies of Trauma*

Danieli, Yael; 1998. *Dinámicas familiares adaptativas*.

Emcke, Carolin; 2017. *Contra el odio*. Barcelona.

Feierstein, Daniel; 2007. *El genocidio como práctica social*, Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica.

García Linera, Álvaro; 2011. *Las tensiones creativas de la revolución*, La Paz, Vicepresidencia de Bolivia.

Lemkin, Raphael; 1944. *Axis Rule in Occupied Europe*, Washington, Carnegie Endowment for International Peace.

Policzer, Pablo; 2006. *Human Rights Violation beyond the State*, Journal of Human Rights, págs. 215-233.

Policzer, Pablo; 2014. *Los modelos del horror: Represión e información en Chile*, Chile, LOM.

Salazar, Manuel; 2012. *Las letras del horror*. Santiago de Chile, Lom.

Tilly, Charles; 2000. *Historical Analysis of Political Process*. En Handbokk of Sociological Theory, editado por Jonathan Turner. Nueva York, Plenum.

Traverso, Enzo; 2001. *El totalitarismo, historia de un debate*. Buenos Aires, Eudeba.

Weibel, Mauricio; 2012. *Asociación Ilícita, los archivos secretos de la dictadura militar*, Santiago, Ceibo.

Weibel, Mauricio, 2016. *Los niños de la rebelión*, Santiago, Aguilar.

Weibel, Mauricio; 2019. *Prácticas sociales genocidas: La transformación de la educación escolar chilena entre los años 1979 y 1990*. Revista Austral de Ciencias Sociales, (36), 251—274.

Weiner, Tim; 2008, *Legado de cenizas, la historia de la CIA*, Buenos Aires, Random House Mondadori.

FUNDACIÓN PIDEE

Holanda 3607, Of. 1 Ñuñoa, Santiago Chile
Teléfonos: +56 2 22258752 - +56 2 22748347
pidee.fundacion@gmail.com / www.pidee.cl